

Rota

Se camina
igual



Lorena

Lectulandia

Rota impone un nuevo lenguaje. Un discurso fiel y contundente que nombra de forma precisa y lacerante las vivencias humanas por las que atravesamos todos. Apoyada en la herida como parte inevitable de la vida, la autora nos invita a reflexionar acerca de cómo y de qué forma podemos transitar con los dolores que nos perforan el alma y nos marcan un nuevo destino. Con un lenguaje sencillo y con la capacidad magistral de poner en palabras las emociones, nos lleva por todos los huecos de la subjetividad humana para darnos, en cada texto, la llave que nos permita abrir esa puerta que uno mantiene cerrada.

Este libro es un viaje al interior de las emociones, con el que podemos identificarnos y hacernos carne a través de las heridas del desamor, del abandono, de las pérdidas, de la soledad y de la desolación.

Lorena Pronsky nos muestra cómo puede volverse a construir un nuevo mundo, aún con esas grietas que la vida nos impone. Este es un viaje de regreso hacia nosotros mismos, en donde nos cruzaremos con dos opciones: aferrarnos a un dolor que nos deja en pausa o asumir la realidad que nos toca vivir, entendiendo que rota puede caminar igual.

Lorena Pronsky

Rota se camina igual

ePub r1.0

diegoan 14.11.2020

Título original: *Rota se camina igual*

Lorena Pronsky, 2018

Ilustraciones: CinWololo

Editor digital: diegoan

ePub base r2.1



A vos, Papi, por dejarme la huella del amor más puro e incondicional que conocí alguna vez. Mi alma llevará tu nombre, siempre.



Escribí, escribí solo para no morirme.
Pablo Neruda

Índice de contenido

Cubierta

Rota se camina igual

Agradecimientos

Prólogo

Rota, se camina igual

No nada

Los hilos rojos también se cortan

Apagá las velas

Fotón

Mariposas de mierda

Veinticuatro horas

Decile que no la amás

La malquerida

Yo me curo sola

Me amo por atrevida

Bajate de la cruz

Saltá

Adiós

Soledad

No soy Maga

Sin barro no hay loto

El hueso es el límite

Dejen que se curen, carajo

Poné la mesa

Jaulas abiertas

Antes de que se caiga

Toda demanda es de amor

Romper haciendo lío
Se cierra el pico y se pone el pecho
Infiernos
Volar bajo, vuela cualquiera
Carta para mí
Los ojos también mienten
No te duermas
Gris
Querete
Volver a vos
Sé vos
Ni Juan ni Pedro
Seguir sin vos
Armate un basurero
El tren pasa mil veces
La mochila
Hablá
La gente que está herida ama diferente
Abrí la boca y decilo
La calesita
La lata de atún
Yo me quedo y vos te vas
Nada más
Ya no te amo, mi amor
Acá estoy
Tu nombre
Los gustos en vida
Te veo allá
Boludeces, no
Curame
Vos te caíste solo

Sin amor
Tu libertad
Curate
El perfume
Vos no querés lo que decís que querés
Con uno o con dos
Vos a mí no me querés
No tengo apuro
La bomba
Llevate todo
Volá
Andate
Mis miedos
Sin planes
El podio es mío
Dame una canción y yo me quedo
Salvate
Truco cantado
Mi voz
La mano en el corazón
Me amé en vos
Derechita
Te digo que no
Con vos, todo no
No va a volver
Tengo
El amor no
Nidos
Loca
Ahora no
¿Qué querés?

Empezar
Ya no nos une nada
En el medio
Te prefiero roto
Te miré
Todavía no abrí la puerta
Me late que es por acá
Los amigos del Campeón
Mataré a las mariposas, si hace falta
Vas a volver
Necesito volver
Golpea
Tu foto
La vida
Calidad de Vida
Tu sangre, como un legado
Te vas
Tarde
Vacío
Perdón
Lo tiene a él
Sentir
Mi primer día sin vos
Mucho más que eso
Adentro, nunca muere nadie
No voy a estar
La soledad
Elegí
La cura
La herida, nunca
La herida, nunca

Laura nunca fue al Jardín

Insisto

Mi latido

Vale todo

Balazo final

Yo tampoco te quiero más

Don

Sacame de acá

Nadie suelta gratis

La huida

Apropósito

La libertad ajena

Migrar

Lo simple

Insomnio

El privilegio de la pausa

Lujo soberbio

Un mundo chiquito

Una vez más

Antes

Incendio

El día después

En mis noches de mierda

Palabras

Mi lugar de Cautiverio

La verdad en la cara

Todavía falta

Vuelvo

Yo no te perdí

Hasta mañana, mi vida. Hasta mañana, mi amor

No me importa tu nombre

[Siempre](#)

[Pido gancho](#)

[Mientras tanto](#)

[Al rincón](#)

[Faloperos de mierda](#)

[Descalza](#)

[Llamame infantil](#)

[Yo no](#)

[No me quiero curar](#)

[Sobre la autora](#)

[Notas](#)

Agradecimientos

Este libro fue parido gracias a la mano en el hombro de muchas personas que supieron acompañarme de diferentes maneras.

Agradezco, de todo corazón, a mi amiga Celina, quien supo empujarme y confiar en mí, mucho más de lo que yo misma podía creer, usando sus alas para abrir las mías y emprender juntas este hermoso vuelo.

A Hernán Bruno, mi gran referente y la voz que supo guiarme en este camino de reconstrucción, poniendo su cuerpo y su alma a disposición.

A cada una de las personas que me brindó sus vivencias y pude hacer poema, palabras.

A ese gran pibe roto que camina igual, que me dio un toque de magia, sin siquiera sospecharlo.

A todos y a cada uno de mis seres queridos, por acompañarme en este: mi sueño infantil.

A Andrés Mego, por confiar en mi tinta y darme la libertad para hacer lo que sentí hacer.

A mi mamá, quien prometió quedarse para verlo nacer.

A mi papá, por hacerme sentir, siempre su orgullo ante mis letras.

A mis hijos: Pedro, Juan y Francisco, por darme amor y estar a mi lado en este camino de manera incondicional.

Y a mí, por pegar este salto al vacío, que me condujo hacia mí misma, de una vez y para siempre.

Prólogo

A todos se nos van cayendo pedazos. Trozos de ilusiones. Deseos no cumplidos. Sueños que solo van a suceder mientras dormimos. A todos nos atraviesan las mismas emociones, frente a distintos acontecimientos: Amar sin ser amado. Dar sin recibir. Esperar algo que no va a ocurrir. Ausencias. Vacíos. Noches oscuras del alma. Tristezas. Desengaños. Partidas de esas personas que se nos adelantaron en un Adiós, para el cual no estábamos preparados. Todo esto también es la vida. Lo es.

Hace un tiempo, caí en mi propio psicólogo pidiendo lo mismo que pedimos todos. Que no me duela. Gracias a mí, que supe elegir a quien tenía enfrente, él me clavó la mirada y me dijo: «Yo de eso, no vendo. No tengo ese kiosco». Esas palabras me salvaron los días y las noches. Me dieron la serenidad para frenar la búsqueda constante de algo que no existía. Empecé a descansar, a dejar de laburar y revoleé los remos a la mierda.

Yo comencé a sanar cuando entendí que tenía que aceptar el dolor como parte inevitable de la vida. Me lo puse debajo del brazo y no en los hombros. Llegué hasta el fondo. Lo toqué. Lo olí. Lo viví. Y aprendí que eso que a mí me dolía podía llevarlo conmigo y no dejarme llevar por eso. Nada fue mágico. Nada lo es. Todos los días me preguntan cómo hacer para sanar una herida que pica, que arde y que entorpece el paso. Y siempre pienso lo mismo. Ustedes lo van a hacer mejor que nadie. Compren su propio discurso. Usen las herramientas que tienen adentro. Pidan luz, gente que les alumbre el camino y les haga de faro en medio de la oscuridad, pero no pidan que alguien camine por ustedes. No existe ese alguien.

La vida tiene la impronta de cada uno, la que cada uno le da. No compren en kioscos donde les digan que ahí se vende lo que busca porque si hay alguien que vende de eso, en todo caso, son ustedes mismos. Nadie mejor que ustedes saben qué, cómo y cuándo. Y si no pueden, busquen a

ese tipo o a esa tipa que, como a mí, les diga: «Te va a doler, sí, pero yo te acompaño hasta que se calme un poco». Y cuando ese dolor sea tan intenso que nada lo apague, sepan que siempre tienen dos opciones: Frenar y no seguir más. O asumir que la vida es eso también y que roto se puede caminar igual.

La vida es hermosa, aunque muchas veces nos pegue inesperadamente donde no tiene que pegar. Pero es parte. Es parte. Como lo es todo. Asumirlo libera. La resistencia al dolor es la forma más certera de perpetuarlo. Acepten. Asuman. Busquen todo lo que pueda aliviarles el alma en esos momentos. Caricias, sí. Amor, sí. Paliativos, sí. Hacer lo que les gusta, sí. Cada uno se salva un poco como puede. Pero no dejen que les vendan lo que no existe. No compren fórmulas mágicas. El dolor duele. Pidan llaves, pero abran ustedes. Busquen una mano que les diga por dónde se puede salir, pero no busquen a alguien que les quiera vender un par de pies. Porque el camino lo van a tener que hacer ustedes.

Escribir fue la llave que yo encontré. Y acá estoy. Escribo para hablar sola. De mí. Conmigo. Digo lo que quiero. Me libero. Respiro. Me sano. Me conmuevo. Me enojo. Me emociono. Reparo. Discuto. Lloro. La palabra me estructura. Se me acomoda en el cuerpo. Me organiza las manos, como si bailaran una coreografía bien ensayada. Bailo con esa libertad del que baila solo. Mirando a la nada. Sintiendo la música, hasta que me convierto en la mismísima melodía. No escribo porque sé. Escribo porque lo siento.

Hay gente que dice que, cuando uno escribe, saca; y cuando uno lee, se lleva. No estoy de acuerdo. Yo recibo cuando escribo. Me llevo mucho más de lo que pongo. Descubro lo que no sabía. Amo las letras. Amo las palabras. Las necesito. Me dan más de lo que dejo. Me muestran lo que no puedo ver, en el mismo momento que me salen de los dedos. La palabra me muestra lo que la mente me confunde. Por eso, escribo como lo siento. Porque escribo con el corazón latiendo a bombazos descontrolados. Eso es lo que más me gusta. Que esté la verdad no contaminada. Sin filtro.

La verdad no sale del entramado de los pensamientos estratégicos. La verdad no rima. La verdad no dice lo que se espera que se diga. La verdad no puede estar en la formalidad. La verdad es la sangre en una hoja. La verdad es la evidencia. La verdad está en cada latido. Y a mí me late el pecho, no el bocho. Me llamo Lorena. También estoy un poco rota. Pero con el tiempo aprendí que:

Rota, se camina igual.

Rota, se camina igual

Me gusta porque no se le nota que está rota. Me contagia esa idea de que se puede ser feliz a pesar de tener un corazón despedazado.

Yo sé que así lo tiene. Le falta una pieza de esas que nunca más va a encontrar. Ella va a vivir sin una parte para siempre. Con un corazón desarmado que nunca va a armarse de nuevo. Pero la piba se para igual. Se para y no se le nota que renguea. Sigue. Sigue jugando con esas piezas que le quedan, sabiendo que nunca más va a volver a tener el rompecabezas armado arriba de la mesa. Ella sigue caminando con ese vacío incrustado en el pecho. Sigue jugando con lo que le queda. Guarda el dolor de la pieza que le falta para otro momento. Ella se sigue parando. No está sanada. No va a sanar. Lo sabe. Pero se para con esa fortaleza del que sabe que así es la vida.

Ella ya entendió todo. Sabe que perdió la batalla. Lo sabe. Pero se ríe. Y a veces disfruta. Contagia la idea de que se puede. Que, aun rota, se puede si se quiere. Ella perdió justo lo que no tenía que perder. De todas las cosas posibles, justo esa no tenía que perderla. Pero la perdió. Y le duele en el pecho y en la garganta.

Extraña. No se agarra de nada que la distraiga de la verdad de saber que no está y que no va a volver. Pero ella sigue. A veces tropieza, pero cree que tropezar mirando al cielo siempre compensa. Sigue. No tiembla. Y entonces a mí, me gusta esa sonrisa en su cara. Me hace pensar que se puede. Me gusta ver que sigue con lo que tiene. Que no busca reemplazos.

Me gusta verla porque me planta una evidencia que me cuesta asumir. Sí, la gente rota puede seguir su curso. Puede ser feliz. Ella es feliz. Las sonrisas no mienten. La mirada, tampoco. Ella es feliz. Y está hecha pelota. No es careta. No es valiente. Es simplemente una piba que, rota, camina igual.

No nada

Me voy a cortar el pelo. Voy a quemar el teléfono. Voy a tirar las sábanas por la ventana de mi pieza. Esta agenda está vencida, tiene nombres de gente que no recuerdo. Así que va al tacho de la basura. Arranqué las perchas de mi placard, una por una. Hay ropa que voy a regalar y puse en una valija.

En la heladera hay cosas que no como hace tiempo y las voy a donar. Tengo un baúl de recuerdos que son solo eso: recuerdos. Ninguno vive en mi presente. Lo acabo de dejar en la calle, junto con una bolsa que llené de pelotudeces que ocupaban lugar.

Estoy por limpiar el piso de casa de punta a punta con lavandina. Un solo trapo no alcanza. Lo hago a baldazos, pero no me pienso cambiar de ropa. Si se mancha, me viene bien, así la tiro de una puta vez.

Veó que el pasto está crecido. Tan crecido, que tengo que caminar por el costado. Hoy lo corto. En un rato, ahora, ya. Lo quiero al piso. Voy a juntar lo que sobra y me quiero sentar a olerlo. Nunca nada me gustó tanto como el olor a pasto recién cortado.

En cuanto a vos, ya está. No me llames, no vengas, no nada.

Siempre creí que, cuando se cierra una puerta, se abre el Universo entero. No me vas a encontrar porque me estoy yendo. Casi que ya me fui.

Así se destruye un mundo. Así se construye el mío.

Los hilos rojos también se cortan

Hace rato que esta historia te alcanza en tu cabeza. Si fuera por vos, viviríamos en esa nube de pedos que nada tiene que ver con la realidad.

Esperás que te diga que sí para decirme que no, y así vamos y venimos a ninguna parte. Esto de transcurrir en un paréntesis platónico, lleno de promesas que nunca van a suceder, resuelve tu incapacidad de tomar decisiones. Los dos sabemos que el final de este cuento sería el comienzo. Y a vos, el final te planta en una realidad que no soportás. Por eso, me querés en tu cabeza. Ahí no vamos a morir nunca.

Pensás que nos une el hilo rojo que nos va a salvar para toda la vida. ¡Dejate de joder, que esto no es amor! Esta paja mental te entretiene en medio del embole que palpás cada mañana, cuando apenas abrís los ojos.

El amor sucede, no se piensa. Sucede. Y vos preferís pensarme y dibujar esta historia con pinturitas de colores para despabilarte un poco.

Cortala con esos cuentos de hadas, que nadie quiere ningún palacio. No te confundas. No quiero jaulas de ningún tipo. Te quiero real. Acá. Quiero el mar, tu mano y el Cielo. No quiero decorados ni piruetas de amor. Quiero amarte y que me ames. Acá. Abajo. Al lado. Dejate de boludeces, que los hilos rojos también se cortan. ¿Cómo que no? ¿Sabés cómo se cortan? Agarro esta tijera y se terminó el cuento.

Quereme en la tierra, boludo. Yo que sé si en el cielo te voy a encontrar.

Apagá las velas

Me voy en dos patadas porque no puedo quedarme. Rompo, en este instante, la promesa de vernos antes de que me vaya.

Alguien, que no sos vos, tiene que cuidar este corazón detonado. Me quedé con la angustia latiendo en mi pecho la última tarde que hablamos. Me volviste a decir que sí, pero no. Ya sé que me querés. Y también sé que no me elegís. No cabe, en este bolso insulso que me llevo, un encuentro inútil cargado de soledad y abandono. La gente que quiere no abandona, no me vengas con boludeces. Ya está. Me planto acá.

Me querés, pero no. Y ya te escuché. ¿Qué más vas a decir que no hayas dicho? Me voy.

Me estoy dando a la fuga. Sí, lo sé. Pero alguien tiene que pensar en mí, carajo. Por eso, huyo. Hago lo que puedo, y es un montón. Créeme.

No vamos a suceder. Así lo querés. Así lo elegiste. Y así lo supe siempre. Fui yo la que quise quedarme. Vos y yo solo somos dos pronombres hermosos atados a una fantasía miserable que me desgasta las venas. Me opaca la mirada. Respiro cansada. Duermo más de la cuenta. Palpito agobiada. Algo me duele en el pecho y no puedo pensar que esto es amor. No lo es.

Me voy. Ya guardé un par de trapos y estoy cerrando el bolso junto con esta historia. Ya sé que rompí mi promesa impunemente, o te la hice romper a vos. Da igual. Pero los dos sabemos que las promesas nunca se cumplen. Disculpame si te planté con la mesa puesta y las velas encendidas. Yo sé perfectamente lo que se siente. Pero ya fue suficiente. Final. Levantá la mesa y apagá las velas porque, esta vez, no hay más vueltas.

Fotón

Fotón. Te digo que si me apurás un poco, veo la familia perfecta que todos quieren tener. Todos, menos vos.

Ese flaco, que te acomoda la vida, no te despierta una puta mariposa hace años. No sabés lo que es coger mirándolo a los ojos y temblando de amor. Ese tipo, que te organiza la rutina y te cambia la lamparita del baño, te secó. Ya no te mueve ni un pelo. Se nota. No seas boluda. Se te nota.

No sabés, ni siquiera, hace cuánto tiempo que dejaste de ser vos. Esquivás los espejos por miedo a no verte ni siquiera en el reflejo. Y tenés razón. No te vas a ver. No estás más. Hace rato que te fuiste de vos misma. Vivís con la paz de tener los cajones acomodados, a cambio de tener tu corazón anestesiado. Esa mano que le das y ese beso amargo, que apenas te roza los labios, te cuestan un huevo y un par de sonrisas. Te vas a dormir temblando, por si se le cruza meterte una mano.

Dejá de mentir. Ya está. Agarrá tus cosas y volá. Ya pasó. Abrí la jaula que podés. Sí, podés. Salí corriendo y no frenes hasta que no te choques de frente con vos misma. Anímate. Dejá la foto para el cementerio y viví tu vida de verdad. Latiendo a cada segundo. Volvé a vos. Buscá tu lugar en tu mundo, ese que hace rato postergaste por una foto del orto que no le importa a nadie. Volá sobre tu propio cielo. Escuchá otra vez la música que dejaste de escuchar. Visitá a esas amigas que dejaste de ver. Vestite otra vez como te gusta. Sacate esa ropa que no es tuya. Acordate qué querías ser hace un tiempo y se lo. Buscate, carajo. No pares hasta encontrarte.

A ese tipo, un día, lo quisiste un montón. Hoy no lo querés más. ¡No lo querés más! Te quedás porque te morís de miedo, pero no de amor. Dejá de mentir. Dejá de mentirte. Agarrate de la mano y rajá. Rompé de una puta vez con esta vida que no querés y que te opaca la mirada. Nadie dice que no va a doler. Pero tampoco nadie se anima a decirte que esto también te está doliendo. Te duele. Hace rato que esa foto te duele.

Elegí otra vez. Elegí vivir la vida que querés y que sentís. Escuchá tu corazón, que ese no se equivoca. Dale. Escuchalo. Escuchá bien. Apagá los

ruidos de tu cabeza y sentí tu latido. Agarrate de ese latido. Tocate el pecho, hacé un esfuerzo y mirate al espejo. Mirate a los ojos. Y así como estás, hecha mierda y con los mocos colgando, volá.

Volá, carajo. ¡Volá!

Mariposas de mierda

Me importa un carajo que, cuando cerré la puerta, todo lo que no había empezado ya se había terminado. Yo te extraño igual Mentira. Más que antes te extraño.

Te extraño como si te hubieras ido de viaje a la luna. Porque en el fondo sé que te fuiste nomás. Con esa angustia, te extraño. De esas que saben que no vas a volver nunca más. Nunca más.

¿Para qué avanzamos? Por favor, decime. ¿Para qué? Mira cómo estoy ahora, y vos no estás.

Lamento el paso que dimos. Ahora me duele algo que antes no me dolía.

No siempre las mariposas en la panza revolotean de felicidad. Que alguien me saque estas mariposas.

Veinticuatro horas

Ayer estuve enamorada por veinticuatro horas y no fui correspondida. Un día entero sin consuelo, en una espera agonizante de alguna señal que me calmara la angustia atravesada en la garganta. Fue terrible.

Nunca tuve ataques de pánico, pero ayer sentí que estaba de debut. Fui tomada por una cantidad de síntomas, que jamás creí latentes en algún rincón de mi cuerpo.

Tuve el síndrome de las piernas inquietas. Se movían solas. Hice una dependencia grado tres a un teléfono que no sonaba ni por equivocación. Las palpitaciones en el pecho se movieron hasta la panza y la desesperación me empujó hacia un mar de lágrimas, que no sé desde cuándo estarían habitando mis ojos.

Me replanteé mi vida en un par de horas. Fui y vine en un segundo. Me arrepentí de todo y, al mismo tiempo, no me arrepentí de nada. La ansiedad me comió el pensamiento y lo salpicó de dudas y confusiones intensas.

Preguntas sin respuestas. Dolores sin nombre.

No comí. No tenía sentido. Y después, comí. Para darle un sentido.

Me di cuenta de que lo único que podía salvarme de ese estado era cerrar los ojos y dormir. Siempre supe que al día siguiente es mejor.

Me dormí. Me desperté. Me lavé la cara y arranqué otra vez. Dejé el teléfono en casa y apagué una cabeza que quería arrastrarme a un nido de ratas que no pensaba volver a pisar.

No reniego de mi locura. Pero hay locuras y locuras. Esa, la de ayer, no la quiero. Ayer no viví mientras estuve despierta. Ayer estuve atada y yo me quiero suelta. Eso no fue vida. Por lo menos, no la mía. Veinticuatro horas así me alcanzaron para decidir que yo me planto acá.

Hay un Cielo. Hay un sol.

Hay gente que sí me quiere, y un montón. Hay mucho. Y sobre todo, me tengo a mí. Nada puede estar mal.

Decile que no la amás

Decile que no la amás. Que no soñás con morirte al lado de ella. Que en la foto de tu sueño no es que no la ves, sino que ni la imaginás.

Avívala. Explícale que tu ausencia es por desamor, y no por miedo. Que tu corazón no bombea su nombre. Hacele entender que su intuición se equivoca. Que lo que no decís es porque no lo sentís, no porque no te sale o no te animás. Rompele el sueño de hadas. Cagátele de risa en la cara. Que se entere que vos no sos Peter Pan. Que no viniste a rescatarla de este mundo.

Avísale. Contale que vos cerraste este cuento hace rato. Pedile que siga sin vos. Asegúrale que no tenés nada para darle. Que no se te canta regalarle, ni siquiera, el tiempo que te sobra. Matala con las palabras. Con el desprecio y la indiferencia. Terminale esa agonía y matala de una vez. Necesita que le escupas la verdad en los ojos y que entienda, a la fuerza, que no te importa una mierda. Dejala libre. Pedile que no te llame más. Pedíselo porque no entiende. Decíselo de una vez. Gritáselo, si ves que ella insiste.

Terminala con este tango de cuarta y decile que no sea boluda. Que ni se te cruza regalarle un domingo en tu puta vida. A ver si entendés, flaco. Necesita morirse de dolor. Merece renacer. Ayudame que a mí no me escucha. Ayúdala que sola no puede. Se va a morir solo por un rato. Yo la conozco. Se va a meter en la cama, se va a hundir ahí adentro hasta ahogarse en sus lágrimas, y después va a salir reciclada, como hizo siempre.

Terminá lo que empezaste y cagale la vida un poquito más. Ya sabés cómo es. Está confundida. Está equivocada. Te lo pido por favor. Tiene que salir de vos, carajo. Sacátela de encima. Porque ella esta acá y tu amor esta allá. Sé claro de una vez. Sin filtro. No le dejes la puerta abierta.

Dame una mano. Decíselo en la cara. Pero mirala bien a los ojos cuando se lo digas, porque solo así ella va a entender.

Sé que no te la hago fácil. Lo sé. Pero ponete en mi lugar. Yo la quiero todo lo que vos no podés. Y siento que se me muere en las manos y no sé

qué hacer.

Metete el ego en el culo. Alimentate con otra cosa y no de su amor. Porque la vaciás. La estás dejando sin nada y a vos no te importa lo que te da. Los dos sabemos que lo único que te importa es recibir. No te importa qué ni de quién.

Sé cruel. No le tengas piedad. No la tengas en pausa. Dejala vivir.

Soltala, flaco. No seas cobarde. Vos soltala, que de lo que sigue me encargo yo.

La malquerida

La malquerida no cede su lugar a cambio de nada. Y ahí la ves, poniendo el ojo donde no cabe la bala. Pero ella lo pone igual. Se desangra, se lastima, se desespera. Por un amor que no tiene vuelto ni retorno.

Amores que no van a parir. Que no existen más que de una sola mano y, cuando uno quiere a quien no puede, la vida se transforma en una calle a contramano.

Todo cuesta. Todo se complica. Todo se lo chupa el desgano del desamor. El karma de la malquerida. De la no mirada. Del abandono antes de ser tenida. El otro no la quiere y se queda igual. Se queda en la sala de espera al llamado de un turno que nunca van a llamar. Calienta una silla pensando que un día el fuego lo va a avivar. Se queda y espera. Fiel a un fantasma. Y se ata. Se amputa el alma. Se pone botones en los ojos para no tentarse y mirar para otro lado.

Una misma se provoca su propio desgarró. Sabe que no hay amor. Claro que lo sabe. Pero antes que tolerar el abismo del silencio, se queda con las caricias no dadas. Porque una cosa es no tener dónde tirarse y otra muy distinta es poder tirarse, a pesar de que no haya nada.

Yo me curo sola

Esto es increíble. Vos me decís a mí lo que yo siento por vos. Te atrevés a ponerle nombre a lo que yo no puedo ni colocarle una letra. Es como si te calmara explicarme que lo mío no es amor. Y no solo eso, sino que además querés convencerme de que es un capricho. Que ya se me va a pasar. Algo así como un dolor de panza.

No sé si reírme o llorar. Yo, con el corazón estrellado en tu mano, porque en la mía ya lo tuve pero no sabía qué más hacer, y vos dándote el lujo de hacerte el Doctor House y de diagnosticar la enfermedad que a mí me late en el pecho por vos.

Hay que ser boludo. Si no sabés qué decir, no digas nada. Así de sencillo. Los huevos arriba de la mesa, mi amor. Después mandame a mi casa con lo que me queda del corazón. Con los mocos en la cara y la pintura corrida.

Bancátela. Lo que yo me banco es peor que lo que te toca a vos. Dejá de lavar tus culpas por mi amor no correspondido, diciendo lo que te conviene a vos. Porque a mí no solo no me lo resolvés sino que, además, tengo que defenderme de un diagnóstico mal hecho.

Vos decime que no me amás y punto. Yo me curo sola dejá.

Me amo por atrevida

Me amo por atrevida.
Más de la mitad de las cosas que tengo las busqué pateando tableros.

Obviando prejuicios y omitiendo permisos.

Soy quien soy, a pesar de mi pesar. Nací así, viví así y voy a morir así.

No hay una sola cagada que no sea mía. Todas las generé yo. Sí, todas.

Cualquiera que tuvo el tupé de arruinarme un rato de vida, lo hizo bajo mi consentimiento.

Yo permití gente en mi agenda que me dolía hasta en las muelas.

No hubo colados. A todos, los invité yo.

Me tiré de cabeza en un cuento perfecto de hadas y me reventé la cara contra el piso. Todavía me duele una bocha. Pero no me tiró nadie. Fui yo.

Me fui de todos los lugares posibles, donde ya no me sentía parte del paisaje. Y me banqué estoicamente el coletazo de una soledad que me ardió dentro de las venas. Pero me fui igual.

Hice lo que sentí en el pecho, todas las veces del mundo. Casi todas terminaron mal. Pero nunca tuve la duda de saber si estaba haciendo lo correcto. Lo sentí y punto.

Me dolieron las tripas de hambre de amor y de miradas que no me miraron. Pero en todas hice mi parte. No tengo deudas conmigo. Si algo no sucedió, no fue por mí.

Tengo la cabeza de decorado. Y lo celebro.

Yo vivo honrando mi alma. Escuchando el silencio embravecido de lo que me tiembla en las manos y en el aliento de cada mañana.

No estoy perdida. Me tengo a mí. Y sé que voy a llegar hasta el fondo de la cosa. Hasta lo más hondo de donde quiero llegar.

Creo en mí. Porque hace mucho aprendí que nadie ni nada me va a poner donde yo no quiero estar. Elegir es mi triunfo. Una carta que descubrí que tengo y no la cambio por nada.

Yo sé que voy. Y eso me alcanza y me sobra. Me tengo a mí. Y sé que me voy a llevar a todos los lugares donde quiera estar. Lo sé. Lo siento. Ya lo viví.

No me empuja nadie hace rato. Me empujo yo sola desde adentro. Me banco lo que me toque, porque si me tengo que juntar, ya aprendí a curarme sola. Y parece que no se me cayó ningún anillo.

Nunca tuve en claro un carajo. Pero me basta con saber que esta es mi vida y que acá solo me mando yo.

Por eso, me amo. Por atrevida.

Bajate de la cruz

No sabés cómo empezar a curarte y te enloquecés. Estás tomada por un pasado que te hace cómplice y esclava de sus certezas.

No arrancás. No podés. Tenés la cabeza llena de preguntas sin respuestas. Revoleás trompadas al primero que se para enfrente de vos porque alguien, además de vos, tiene que ligar.

Bajate de la cruz. Ya está. Ya pasó. Hiciste lo que pudiste. Hicieron lo que pudieron.

Te volviste adicta a tu cabeza. A una manada de recuerdos miserables que no te pueden traer más que dolor.

Basta. Te veo ahí, queriendo apagar un incendio con más fuego, sin darte cuenta de que la que sigue ardiendo en trozos siempre sos vos. Solo estás vos.

Ya está. Ninguna herida se sana con más dolor. Te estás lastimando. Mirá cómo estás. Mirate. Rascándote esa cascarita una y otra vez, para ver y sentir cómo te vuelve a sangrar.

Cortala, por favor. Ya fue suficiente. No podés vivir abriendo las puertas de un pasado que te conducen a espacios vacíos y sin explicación.

Hiciste lo que pudiste. Hicieron lo que pudieron.

Despedite de una vez, carajo. Porque hay cosas que no vuelven nunca más. Y eso, que estás reclamando en teléfonos descolgados, en casas deshabitadas y abandonadas, no va a regresar nunca más. Lo sabés.

Las cosas que ya pasaron solo vuelven en tu cabeza y este tiempo que estás hamacando, condenando a muerte antes de ser vivido, tampoco vuelve más.

Hace rato no estás viviendo. Date cuenta. Hace rato te dedicás a recordar, en lugar de a vivir. Y decime quién y cómo se puede construir de ese modo. Repetís una y otra vez las huellas de un pasado doloroso que no van sanar por ser recordadas.

Tenés que entender. Hay que seguir caminando. Así, como estás.

Sí, rota y a pedazos, pero seguí.

En la marcha se va a ir corriendo el Infierno. Vas a empezar a ver un Cielo y, entonces, seguí más todavía. Seguí aun destruida. Tirá los remos de una vez y colgá los guantes de una batalla que está perdida antes de empezada. Te estás comiendo a vos.

Perdonate. Perdoná. Y seguí caminando con el corazón en la mano y la cabeza en silencio.

Se te va la vida en ayeres que nunca jamás serán presente. Posta.

¡Terminala de una vez! A veces, hay finales que nos salvan y pasados que nos matan.

Aceptá, matá y revoleá las cenizas a la mierda. Empezá a vivir de una buena vez.

Bajate de la cruz y empezá sanar, carajo. Curate.

Saltá

No. Soltar ya no alcanza.

Cuando las cosas se pusieron jodidas, soltando te quedás corto. Te quedás corta. Te toca saltar. Es hora de pegar un estirón más grande y animarte a cambiar tu historia.

Saltá de una buena vez. Saltá.

Empezá bailando tu propio tango. Jugá el juego de tu vida marcando tus propias reglas. Que se sume el que quiera, pero vos reservate el derecho de admisión.

Volvé a armar la lista de invitados de tu propia fiesta, pero invitá solo a aquellos que querés que estén. Borrá del mapa a los que hacen bulto y ocupan espacio al pedo. Reconstruí tu mundo otra vez. Nadie eligió dónde nacer pero vos podés elegir dónde vas a vivir.

Hacé de tu casa y de tu cuerpo un templo sagrado. Cuidate más que a nada en el mundo. Ya sabés que sos la única persona con la que vas a llegar hasta el final.

Saltá.

Poné los huevos arriba de la mesa y preguntate si esto que estás viviendo lo elegiste vos, o esto te eligió a vos. Si este sueño es tuyo, o alguien te lo vendió mientras dormías.

Hacé lo que te diga tu corazón. Pegá ese salto al vacío que venís postergando hace años. Lo peor que puede pasarte es que tropiecen tus patas, hasta que te pares otra vez. Otra vez donde querés.

Elegí. Elegí cómo querés vivir. Qué querés decir y con quién querés estar. Animate porque nadie volvió nunca para tener una oportunidad más. Es ahora. Jugátela.

A partir de ahora, comé amor. Purgate el corazón. Decí: «Te amo». Pedí perdón. Agradecé. Gritá lo que sentís. No esperes más. El tiempo devora y no te devuelve un carajo. El tiempo se lleva todo, incluso el tiempo.

Quemá esa mochila del pasado. Da vuelta el bolso. Quedate con aquello que te sirve. Despedite de todo lo otro y tiralo bien a la mierda. Tirá. Rompé. Construí vos el mundo que decís querer.

Dejá de fingir que soltás boludeces y pegá el salto mortal. Sacate la careta de una puta vez y anímate a ser quien sos. Le guste al que le guste. Tirá esos tacos a la mierda. Desajustate la corbata. Que, para saltar, tenés que hacerlo en cuero y en patas.

Agarrá todo lo que te dolió hasta ahora. Agarralo bien fuerte, de la mano. Y cuando pegues el salto, abrí bien los ojos. No los cierres. Así vas a verlos caer uno por uno. Abrí la mano y que se pudra. Que caiga lo que tiene que caer. Vos solamente tenés que saltar.

Saltá, carajo. ¡Saltá!

Adiós

La gente que se pone contenta cuando te va bien. La gente que te da una palmada en la espalda cuando la estás pasando mal. El que se acuesta al lado de vos y hace de su pecho un lugar en el mundo donde puedas apoyar tu tonelada de suspiros.

Ese es tu mundo. Todo lo demás es lo de menos. Todo lo demás no es verdad. Todo lo demás son boludeces.

Será momento de repartir tarjetitas que digan Adiós.

Soledad

Uno vuelve, cuando vuelve, porque no se banca el síndrome de abstinencia.

Esos que vuelven por amor son muy pocos. Los otros regresan solo para no aguantar el Infierno que les queda ardiendo en el pecho, después de que les cerraron la puerta en medio de la cara.

Son contados, con los dedos de las manos, los que se bancan estar a solas con uno mismo.

La gente dice que Fulano, o Mengano, volvió por amor. Para mí, no.

Eso que te empuja desde las tripas no se puede llamar amor.

Si fuera amor, nunca se habría roto. Nunca se habría ido. No habría ninguna puerta cerrada en medio de ninguna cara.

Eso a lo que la gente le dice amor se llama soledad.

No soy Maga

No soy Maga.

No encuentro la paz, si no la busco.

No hago lo que quiero, si no me muevo.

No construyo, si no tengo los ladrillos en la mano. No hago magia.

Miro al Cielo muy seguido, pero solo para contemplarlo en su belleza y no para que me lluevan polvitos mágicos en la cara.

Yo busco, golpeo y averiguo.

Si tengo alguna duda, no invento, pregunto. Si extraño, llamo. Si necesito, pido. Si deseo, se nota.

Es que nunca quise ser Maga.

Si algo me lastima, no quiero intentarlo otra vez. Si alguien me duele, no espero cambiarlo.

Si algo no me gusta, me levanto y me voy.

Yo no quiero cambiar nada. Ni a nadie. No hago magia.

Quiero golpearme el pecho tres veces, respirar profundo y caminar sin titubear hasta tener en la mano lo que quiero.

Quiero poder. Puedo querer. Deseo ser y tener.

Me gusta la adrenalina burbujeando en las venas, mientras huelo que estoy cerca del punto de llegada. No me importa qué pasa cuando llego. Para nada.

Me importa saber que llegué. Como pude. Cansada, sucia y despeinada.

Nunca me importó terminar en el pasto y, mucho menos, si caigo embarrada.

Prefiero saber que llegué porque pude. Y no por creerme Maga.

Sin barro no hay loto

Cuando el ladrillo que se cae es el que sostiene la pared, ya no hay nada que hacer. Solo sentarse a esperar. A mí, un día, se me cayeron uno a uno los de abajo. Los que me sostenían. Los que me nombraban.

Vi desmoronarse mi vida en segundos. Esos segundos violentos que no te dan tiempo de nada. Como cuando entra agua en tu casa y no hay baldes que te resuelvan el quilombo. No se puede. Tenés que esperar que las olas bajen solas. Lo que te pasa en el medio, te lo regalo. No es que ves destruirse tu mundo. No. No lo ves. Lo sentís y sabés lo que viene después. Muchas veces ni siquiera sabés si hay después.

A mí, se me cayeron los ladrillos. Se me inundó la casa. Como todas las catástrofes, no la vi venir. Me atacó por la espalda y me vació entera. Me quedé sin un lugar donde caerme muerta. No vi puertas, ni siquiera una puta ventana. Lo único que se salvó fui yo y, sola conmigo, tuve que salir otra vez. No se trataba de vivir o morir. No. Se trataba de cómo iba a aguantar.

Decidí romperme entera. Ir hasta el fondo. Tenía que romper lo que quedaba para poder empezar de cero. De cero. Mi meta fue ese puto y doloroso cero porque, para construir, tenía que terminar de destruir. No quería ver ni el barro que había quedado.

El tiempo pasó y las cosas que quedaban se siguieron rompiendo. Había un mar dentro de mi cuerpo, que no me dio tregua. Todo se hizo pelota. Y aprendí que todo se hace pelota cuando te quedás solo. Miraba a los costados, con la mano levantada, para que alguien viera que me estaba hundiendo yo también. Me vieron. Nos cruzamos las miradas pero nadie pudo hacer nada. Nadie quiso hacer nada. Y ese fue mi cero. No ver a mis seres queridos queriéndome. Me gritaban que tenga fuerza desde la otra orilla. Me saludaban porque se les hacía tarde. Sola. Ese fue mi cero. Me quedé sin mundo y no sabía dónde ponerme. No tenía ni mi silla, ni mi mesa ni mi nada. Lo que quedaba no fue suficiente para salir porque la soga era muy corta y yo ya estaba muy abajo.

Me perdí. Me enterré. Tragué mucha agua y también mucha tierra. Me quedé sin pared donde apoyar la espalda. Nada. Se había ido todo. Me senté a esperar. Y esperé. Dolida. Enojada. Herida. Tardé mucho tiempo en entender que tenía que dejar de esperar.

Un día, me levanté aceptando que el mundo que yo había construido no existía más. Abandoné la idea delirante de que aún algo podía salvarme y me despedí de mi pasado. De mi pared. De mi casa y de mis seres queridos. Ese día vi que el sol había secado el agua. Y me di cuenta de que lo peor ya había pasado. Sola, carajo. Sola. Ya tenía la hoja en blanco y mis lápices de colores para empezar a dibujar mi nuevo mundo. Y empecé a escribir. Empecé a sanar. Empecé a subir, de a escalones, con la certeza de que ya conocía ese maldito cero. Ya había estado en el fondo. Y pude. Y puedo. Y ahora me toca dibujar otra vez. Porque nunca es tarde para volver a elegir y cuando la casa está vacía el trabajo es más fácil.

Voy a construir mi mundo sin esperar que nadie ponga un puto ladrillo en mi pared. Esta es mi pared. Estos son mis lápices. Esta soy yo.

Hoy respiro aire, y no dolor. Los nudos se fueron desatando. Cuando logré aceptar que nadie tiene por qué ayudarte, que nadie te debe nada, que nadie tiene que quererte como vos necesitás que lo hagan, ese día dejé de batallar. Ya no había olas en mi mar. Todo se calmó. Entonces, por fin, sentí que era verdad eso de que solo en el barro podemos florecer. La flor de loto no solamente nace ahí sino que, sin ese barro, moriría.

Desde ese día, todo, pero todo, todo, es un regalo.

El hueso es el límite

Yo ya me quemé con leche más de treinta veces y eso no me alcanzó para evitar la vaca.

Repito la idea de que esta vez va a ser distinto y, hasta no darme la pared en la frente, no paro. No me interesa parar. Le doy para adelante porque siempre termino creyendo que quizás, esta vez, sí valen la pena las ganas y el intento. El dolor que viene después no me sirve como excusa para quedarme en el molde y no darme la oportunidad de lanzarme de nuevo.

Prefiero la herida, y no el cuerpo impoluto y casto de no haberlo probado todo. El hueso es el límite. Lo que viene después es la verdad, y me la banco. Me banco lo que venga, antes de pegar la vuelta sin habérmela jugado.

No me importa huir de nada que guarde en sí la ínfima posibilidad de que esta vez puede ser diferente. No dejo posibilidades tiradas en la vereda para que venga un perro y las cague. Prefiero cagarla yo, si es que así está marcada la historia, pero no irme a la cama sin sentir que al menos hice mi parte.

Las trompadas que tengo en la cara son de intentos, no de silencios. Porque hace tiempo entendí que el único dolor que no estoy dispuesta a sentir es el de la duda y el miedo.

Las dudas me las saco y el miedo salta conmigo. Todo puede pasar. Todo. Pero huir es lo único que no se me cruza por la cabeza como opción. Esa es mi paz. Ponerme la mano en el corazón, sentir qué me está marcando y marchar. Lo que viene después nunca depende solo de mí. A veces, es un bajón. Y sí. Pero apoyo la cabeza en la almohada con la certeza de que mi parte la tengo saldada.

Dejen que se curen, carajo

Uno tiene que curarse primero.

Te andan obligando a disfrutar el momento, a soltar lo que te hace mal, a dejarte fluir con las circunstancias y a entregarle todo al Universo para que suceda lo que convenga.

Uno primero tiene que curarse.

Dejen de mentirle a la gente rota. Que todos sabemos que a nadie deja de sangrarle la herida por poner las patas en el agua y acariciar el perro, mientras se les agradece la existencia a las tostadas que comemos todas las mañanas.

La gente pide magia para que no duela y después los ves, por ahí, sintiendo culpa de no tener los huevos necesarios para salir a bailar y reírse a carcajadas, mientras acaban de enterrar al amor de su vida en el medio del pecho.

Termínenla. La gente rota guarda pedazos de vida que necesita sanar. Necesitan abrazos que se acomoden como mantas, capaces de apretarles bien los cuerpos hasta que dejen de supurar. Tienen que dejar de supurar. Tienen que sanar.

Están lastimados, no son boludos. No necesitan escuchar lo que hace rato están tratando de hacer y no pueden. A veces, no se puede, viejo. No se puede. Es que la vida, por momentos, duele. Duele. Las pérdidas, los desengaños, los desencuentros, los abandonos, las decepciones, los sueños frustrados y las promesas incumplidas duelen, carajo. Todo eso duele.

Antes de meter las patas en el agua y sacarse una *selfie* acariciando el perro, tienen que sanar. Y para sanar, hay que saber frenar. Mirar lo que nos sacudió el cuerpo y el bocho y frenar.

Frenar para ver. Para entender. Para reconstruir. Y muchas veces para terminar de destruir. Córtenla con esas boludeces de que el que no se anima no es valiente, agitando esa pseudolibertad que se supone hay que poner en marcha, porque mañana puede ser que se termine el cuento.

Dejen de molestar a la gente que está haciendo su duelo, que se está encontrando con su pena, su soledad y su vacío.

Respeten. No sean mentirosos. Todos sabemos que a veces, simplemente, no se puede. No se puede. Esa gente se está sanando. Se están enfrentando a sus fantasmas y a sus tormentas porque, para poder salir a bailar con la música a todo lo que da, primero hay que saber curarse. Eso es la vida.

Asumirlo es el paso necesario para poder pararse cuando se pueda y como se pueda.

No apuren a la gente. Dejen que se curen, carajo. Y después, quizás sí. Con menos dolor. Con la herida ya sanada y con el cuerpo más liviano, que pongan las patas donde las quieran poner, que cumplan esa cuenta pendiente por hacer, que llamen a quien tengan que llamar, que perdonen a quien no pudieron perdonar y que, si se les canta el culo, le agradezcan al Universo y a las tostadas por todo lo que les dan.

Pero dejen que la gente se sane. Dejen que se curen, carajo.

Poné la mesa

Me quedé a cenar. La tenía en frente. O ella me tenía en frente a mí. Sé que parece lo mismo, pero nada que ver una cosa con la otra. Comimos casi sin mirarnos. A propósito. Cada una lo hacía a propósito. Supongo que no mirarnos era la única forma de disimular. Yo terminé de cenar primero. Ella no pudo. Corrió un poco el plato y agachó la cabeza. Se agarró el pecho y me dijo que no podía más. «No puedo más, Lorena. No puedo más». Se tapó la cara y se puso a llorar. Como una nena, lloraba. No se animó a la congoja. Ni yo, a tirar la mesa por la ventana y hacer lo que tenía que hacer.

Mientras ella contenía su llanto, yo controlaba los brazos para no abrazarla. No pude. No pude. Si yo me desarmaba, ¿quién iba a juntar a quién? Le pregunté por qué lloraba. Como si no supiera. Además, siempre supe que no iba a decirlo. Como si hubiera algo de lo que dijera que importara en ese momento.

A ella, le dolía el pecho. Y la única verdad, además de la que ya sabíamos, era que ella necesitaba un abrazo. Un abrazo que yo no pude darle. «¿Qué te pasa, mami? ¿Por qué llorás?». Ella solo movía la cabeza de un lado a otro y se limpiaba los mocos desde allá abajo. «No puedo más, Lorena». Fue lo único que pudo decir. Yo pensaba qué decir y qué no decir, por si estallaba un volcán que de ninguna manera yo estaba en condiciones de apagar. Al fin y al cabo, yo tampoco podía más. Hace rato que no puedo más.

La cuestión es que no hice nada. Si la abrazaba, se pudría todo. Y hasta ahí, llegaba mi fortaleza. Si la abrazaba, moría con ella. Y pensé en mí. ¡Egoísta de porquería! Me quedé con ese abrazo puesto dentro de mí. ¿Para qué lo quiero?, decime. ¿Para qué lo quiero puesto? Carajo. Si era para ella. Si todavía la tengo enfrente. Si todavía me sigue nombrando, al menos para decirme que no puede más. Se me mezcló la cabeza. Se me enfrió el corazón.

Las madres no lloran arriba de los platos. No se desploman en la mesa. «¡Por favor andate al baño, mamá!». Las madres no lloran como nenas. Las madres se esconden de los hijos. Las madres no se pueden ir. A ella, le corresponde quedarse. Eso es una madre. Las madres no se van.

«Yo quiero que me garantices que vas a leer mi libro terminado, mamá. Que te vas a quedar con los nenes en mi próximo viaje. Necesito que te comprometas a cuidarme la próxima vez que tenga fiebre. Que el año que viene, me llegue tu mensaje preguntándome si estoy en casa, así podés venir. Venite. Todavía voy a estar, mamá. Es lo que te corresponde».

Le corresponde quedarse. «¿A quién carajo le importa lo que me queda, si vos no te quedás conmigo? Haceme el favor. Y si vas a hablar de boludeces, prefiero no escucharte». Porque ella insiste en resolver cosas que yo no tengo interés en escuchar. Pero no le importa y sigue. «Llévate lo que quieras, Lorena. Agarrá la vajilla que te va a servir. Fijate lo que necesitás».

Le pregunto siempre, mientras me trago los mocos, si es necesario hablar de eso ahora. Me mira, se toma el café y sigue.

Ella tiene que quedarse. Las madres no se van. «Todavía no aprendí a consolarte. Te debo ese y un montón de abrazos. Tenemos varias cosas pendientes. Quiero que vuelvas a verme reír como me reía antes. Todavía no te podés ir. No aprendimos a mirarnos a los ojos para no mandarnos a la mierda. Todavía sigo perdiendo la llave todos los días un rato. No crecí del todo. No aprendí».

«Te falta, mamá. Te faltan cosas por enseñarme. Te falta mostrarme cómo se revolea la mesa cuando necesitás mandar la vergüenza a la mierda y subirme a upa otra vez. Todavía quiero sentarme a upa un poco más. No es la hora. No necesito la vajilla. Necesito que, la próxima vez, me digas que te abraze, carajo. Que me mires fijo, no solo para retarme, y me preguntes a quién mierda voy a llamar cuando vos no estés.

Todavía te falta. Un montón te falta. Las madres no se van. No te vayas. No podés irte, mamá. Dejame probar. Que si me animo y te toco, capaz no te duele más. Dale poné la mesa otra vez. Dejate de joder. Que todavía falta mucho para que ese cuerpito se retire.

Esperá. No te vayas. Te debo. Todavía te debo. Poné la mesa.

Todavía te tengo al lado, mamá».

Jaulas abiertas

Y otra vez darte los dientes contra la misma piedra. Parece mentira pero uno cree que no hay próxima vez hasta que, sin darte cuenta, te encontrás poniéndote la curita una vez más.

No es que cada vez duela menos. Al contrario. Cada herida es peor. Al golpe se le suma el recuerdo. Al recuerdo, la desilusión. Y a la desilusión, la nueva muerte de la misma fantasía que uno arrastra como un lastre durante una eternidad.

Entonces acá estarnos, otra vez bajo la misma estrella de mierda.

Encerrados en la jaula de siempre. Esa, la peor de todas. La que siempre estuvo abierta y, en vez de salir, uno decide quedarse para condenarse una vez más.

Jaulas abiertas. Uno es perverso con su angustia y la transforma en un tatuaje que se graba en el medio de la garganta, echándole la culpa al viento.

Las cadenas más crueles son las que nos ponernos nosotros mismos.

Volviéndonos culpables, no de lo que amamos pero sí de lo que decidimos volver a creer. El tropezón se paga caro. Muy caro.

Y ahí vamos, rengueando todos por la vida. Haciendo cómplice y esclavo de nuestras elecciones a este pobre corazón roto y cascoteado. Acostumbrándolo, como a ese pibe que nació en el lugar equivocado, a chocar inevitablemente de frente contra la infelicidad.

Antes de que se caiga

La vida pende de un hilo colgado del cielo. No está atado. No está a resguardo. No está anudado. Cuelga. Se sostiene del aire y de las nubes y queda expuesto a cortarse en un instante, por la fuerza inexplicable del viento.

Uno no lo sabe hasta que siente que ese hilo se está deshilachando, haciéndose más flaco y finito, o simplemente cuando ve, de reflejo, que otro hilo se cayó de donde estaba y entonces uno empieza a valorar lo único que vale. Se quiere aferrar al único tesoro que no tiene precio. Y agradece, puertas adentro, el sonido de la música, el calor del sol y el olor a café de la mañana.

La vida solo pide ser vivida y degustada. No hay objetivos ni finalidades a trazar, más que sentir lo que aparece antes de que desaparezca. Todo va a desaparecer y uno lo sabe cuando ya no lo tiene al alcance de la mano. Cuando sabe que la amenaza ya se convierte en promesa y que, en cualquier instante insospechado, el cuento se termina con un único final.

Todo muere y uno muere como todo. Por eso, vivir es la única tarea que debemos cumplir con el cuerpo y el alma. Sabiendo que todo es posibilidad en un instante. Con un pie arriba y otro abajo, transcurrimos sin saberlo. Sin tener consciencia.

Y nos quejamos del frío y de la lluvia.

Y nos permitimos tirar un día al tacho de basura, como si fuera una manzana que se pudrió en el cajón de la heladera.

Y nos permitimos no decirle a nuestra amiga «gracias por tu amor». Y nos vamos a dormir, sin tocarle el corazón a nuestro hijo.

Y dejamos un llamado colgado de una percha, que puede quebrarse en cualquier momento.

Y uno valora lo que tiene precio, hasta que se da cuenta de que lo único que vale es lo que no se paga.

No hay tiempo para perder. Solo hay tiempo para sumar. Para arriesgar. Para pedir. Para dar.

Somos instantes dependiendo de una fuerza que no manejamos. De un tornado que, a veces, se impone arriba de la mesa y uno no puede rechazar.

Es hora de vivir, antes de que se caiga ese hilo.

Esa es la única razón y causa de la vida. Vivirla. Nada más. Nada menos.

Toda demanda es de amor

Toda demanda es demanda de amor^[1].

Cada uno llama la atención como puede. Como sabe. Como aprendió.

A nadie le resulta divertido estar pataleando en el medio del piso para rescatar una puta mirada. El que grita está haciendo ruido para que no se le note el dolor. Hace un flor de estruendo para disimular que tiene una falta que no puede llenar. El otro, que a veces no sabe ni lo que quiere, te está poniendo los ojos de frente para que lo mires y le acaricies la cabeza. No es tan complicado que, de repente, estires un poco el brazo y le salves la noche. ¿No? La gente crece y va perdiendo pedazos por todos lados. A veces, necesita una mano que la ayude a juntar. Tan simple como ayudar a juntar. Como te enseñaron en el jardín. Qué importa quién desordenó la cosa. Qué importa, decime, si a ese tipo ahora no le da el cuerpo para juntar el despiole que le quedó. Dale, agachate y juntá con él.

Mirá. Acariciá. Escuchá. Abrazá. No importan los pormenores. Todos estamos atravesados por las mismas cosas. Es cuestión de tiempos verbales. Hoy le toca a alguien que no sos vos. Dale.

No importa cómo lo pida. Importa que lo está pidiendo. En el fondo, toda demanda es demanda de amor.

Vamos. No es tan complicado. No seas tan prolijito con las cositas del alma. Relajá y da.

Hay momentos en los que, con un abrazo, nos salvamos todos.

Romper haciendo lío

A veces, para cambiar la historia, hay que romper haciendo lío. No siempre cabe la posibilidad de un replanteo eterno. Uno, en el fondo, sabe la verdad de la milanesa. Pensar cómo y cuándo te arrastra a un camino que no tiene puerta de salida. La eterna racionalización del quilombo te lo enquistas aún más.

Cuando uno ya sabe qué pero no se anima al cómo, lo mejor es abrir esa puerta con una linda patada.

Uno tiene que permitirse romper. Bardear un poco. Hacer lío.

Después vendrá lo de siempre. Juntar los pedazos. Bancarte las caras de culo que te marcan que te mandaste una cagada y, sobre todo, el sentimiento de culpa que te vas a colgar porque se te cayó algo que, se supone, no lo cuidaste bien.

Todo eso de lo que estás huyendo es igual a lo que te espera a la salida del mismo quilombo que estás intentando resolver con diplomacia.

¿Cuántos días viviste el mismo día? ¿Cuántos años viviste el mismo año? ¿Cuánto tiempo más vas a seguir pensando cómo salir de donde querés salir?

Dejá de pensar lo que ya venís pensando hace rato y salite de tu cabeza. No siempre uno resuelve pensando. Muchas veces uno resuelve sintiendo. Y cuando es así, te llevás de regalo la certeza de que eso que rompiste no te servía más.

Rompé y hacé lío con vos. Andá a buscar lo que decís que querés. Jugá una ficha distinta. Que te tiemble el alma de adrenalina, y no de angustia. Rampé con eso de una vez. Que siempre es preferible vivir una revolución por un tiempo, que perder tiempo soñando en hacerla y quedarse con las ganas.

Dale, rompé. Porque de juntar, por más que tu decisión te lleve la vida, no vas a zafar igual.

Se cierra el pico y se pone el pecho

Hay dolores universales que no se matan. Ni siquiera se alivian. El día que te tocan, se cierra el pico y se pone el pecho.

No hay donde tocar la puerta para devolverlos. No hay nadie que ponga la cara para tu reclamo. Te llegan y se bancan, aunque no se soporten. Son de esas cosas que no se eligen pero te tocan en el revoleo. Es parte de lo hereditario. Estaban ahí hasta que algo o alguien los despertó.

Mirás para los costados y no hay una puta flecha que te diga por donde se sale. No elegiste entrar y, para colmo, no te dejan salir. Caen sin esperarlos. Casualidad, tu culpa o el destino. Qué importa. Te queman y punto.

Dolores inmundos. Que apestan. Cargados de ansiedad y de incertidumbre. Es ese agujero en la panza. Ese nudo en la garganta. Son de esos dolores que, se supone, forman parte del crecimiento. Pero nadie te preguntó si justo ahora querías crecer.

Dolores que te buscan y te encuentran porque no hay lugar para esconderte de lo inevitable.

Dolor que arde. Dolor que mata. Dolor que duele, carajo. Duele.

Se cierra el pico y se pone el pecho.

Infiernos

Todos tenemos un Infierno. Un hueco incrustado en el medio del pecho. Ese territorio oscuro donde viven nuestras miserias. Nuestros deseos no deseados. Nuestras heridas que aún supuran.

Todos llevamos ese Infierno. Pero la diferencia entre vos y yo es que yo no quiero intoxicarte con mis demonios porque sé que vos peleás con los tuyos. En cambio, a vos, compartirlo con el primero que se te para enfrente te alivia la congoja, te afloja esa mierda que tenés adentro y hace más tolerante tu batalla.

Jugás sucio. Salpicás al otro. Te reconfortás sacudiendo tu dolor en huecos ajenos. Tenés la necesidad de lamerte las heridas con una lengua que no es la tuya. No le avisás al tipo de al lado que tiene que comerse una angustia que no es propia.

En tu Infierno vale cagarse en los demás. Vale todo. Los demás pagan los platos que no rompieron. Las cicatrices que no provocaron. Y las ausencias que no te dejaron.

No te importa. Nada te importa con tal de apagar el incendio que te está quemando. Que caiga quien tenga que caer. Que se rompa el que se tenga que romper. En tu Infierno, el que no se quema no te sirve. No entra. Los elegís bien elegidos. Pensás que contagiando o repartiendo tu dolor, la vas a pasar mejor.

Cada uno tiene un Infierno. Todos peleamos con distintos demonios. Pero también tenemos un Cielo y, en el mío, se aprende a bancarse las llamas sin joder a nadie. En mi Cielo las heridas se sanan solitas. Se cuidan los dolores ajenos y el incendio que viene de al lado se apaga pidiendo un abrazo, buscando un pecho donde apoyar la cabeza o agarrando una mano que abrace mi propia caricia.

Te recomiendo que ames. Que pruebes al revés.

Hay veces que del Infierno se sale alimentando tu propio Cielo.

Volar bajo, vuela cualquiera

Ahí tenías lo que querías. Arriba de la mesa. Servido y en bandeja. Mejor de lo que alguna vez lo soñaste.

Lo querías. Lo fuiste a buscar, a capa y espada, y lo tuviste de cara por un buen rato. El rato suficiente para hacerlo pelota y destruir lo que vos mismo saliste a comprar. Tan hermoso era que no lo aguantaste. No sabías ni cómo se agarraba. No pudiste cuidarlo por tu propia torpeza. Por tu incapacidad de vivir algo distinto. La vida te tiró otro mazo de cartas diferentes. Impecables. Te llenaste de mil excusas y te retiraste antes de jugar.

No te animaste a más. No te animaste a ser feliz. No pudiste abrazar algo distinto. No supiste cómo hacerlo y te resultó más cómodo estrellarlo contra una pared.

Lástima y dolor. De a ratos, me da hasta pena. Impotencia. Pero es tan cierto como dicen por ahí. Para volar, no solo hace falta tener un buen par de alas. También hace falta tener un Cielo. Y para tenerlo, hay que tener los huevos suficientes como para mirar bien arriba.

Volar bajo, vuela cualquiera.

Carta para mí

Ariba de la mesa dejé una carta. Es para mí. No la abras. Adentro dice cosas mías. Las escribí porque no podía hablarme a mí misma en voz alta y retener lo que me estaba diciendo. Así que, si la ves, te pido que no la toques. Ahora, cuando llego, la guardo en mi mesita de luz.

Me estoy despidiendo. Es una carta de despedida pero nada tiene que ver con vos. Tiene que ver conmigo. Todo tiene que ver conmigo.

Me estoy dejando.

Nunca pensé que, con una carta de despedida, me iba a poner tan contenta. Sí, me dejé de una buena vez. Después, sí querés, te la leo pero no la toques porque es mía.

No sabés lo feliz que estoy. Me fui. Así, de una. Nunca dejé a nadie sin culpa como a mí. Un poco lagrimeé. Pero no por dejarme, no. Fue por recorrer todos los despelotes que fui armando y que me trajeron hasta acá con esta cara de orto. ¿Viste que a veces no lo podés creer? Me pasó eso. Pero prometí no quedarme ahí. Fue solo el recorrido histórico que inevitablemente tuve que hacer para irme.

Ahora siento paz. Porque dejé, junto conmigo, todo lo que no quiero. Todo lo que también abandono al dejarme a mí.

La carta es larga y clarita. Porque además puse todo lo que se viene. Ahora. Ya.

Desde que cerré el sobre, peso diez kilos menos. Anoté todo lo que no quiero olvidarme. Armar un mundo es un quilombo. Pero tan hermoso. Ya vas a ver. Todo, todo anotado. Sueños pendientes, metas y objetivos. Sí, volví a recordar lo que me alimenta el alma y está todo anotado. Ningún mañana. Ya estoy tachando x. Esto va para largo, te lo juro.

Anoté hasta cómo quiero verme al espejo. Porque hace pedazo de rato que no veo lo que quiero. Todo. Un mundo. Me permití replantearme todo otra vez. Cuestionarlo todo. Fue como si hubiera nacido de nuevo y

alguien me hubiera puesto un lápiz en la mano. Bueno, igual. Agarré el lápiz y empecé de nuevo.

Trazos de colores, fotos hechas por mí. Hasta me dividí en áreas para no olvidarme de ninguna. Hice de mí misma un hermoso cuadro sinóptico. No dejé nada afuera. O sí. Eso que me hacía mal se fue conmigo y cuando cerré el sobre, adiós.

Estoy muy ansiosa. Palpito urgencia de ver lo que quiero ver. Parece mentira pero cuando uno arranca, arranca. Posta. Es que la paciencia tiene un límite. Y yo vi el mío. Basta, nena. Hasta acá llegamos. ¿Cuánto más vas a perderte? Se ve que fue mi límite posta porque, cuando terminé de preguntarme eso, manoteé el mejor papel de cartas, afilé la punta, me clavé una dosis de buena música, palo santo y me ahogué en esas hojas.

Tan feliz estoy. Ya empecé.

Salud, dinero, amor y le metí otros asteriscos bien personales.

Está completa.

No la toques. Necesito llegar y abrirla yo. Si querés, te la leo. Si me hacés de testigo, me viene bien. Ya me tengo de cómplice a mí. Haceme la gauchada y oíme. Después la meto en el cajón. No, pará. ¿Qué cajón ni qué mierda? Esta va pegada en la puerta de la heladera. Ningún cajón. Esta va conmigo a diario. De la mano. Terminó acá y voy. En diez llego.

Poné la pava.

Los ojos también mienten

Antes de irme, quería dejarte dicho algo. Si me quedé de más, fue porque aposté a tus ojos. Yo vi cómo me mirabas y eso me alcanzó para frenar mi vuelo y esperarte. Creí en tu mirada más que en tu boca. Por eso, frené.

Después, las cosas pasaron y nada pasó. Nada cambió. Terminaste siendo parte de un eslabón más de mi cadena de fracasos, de esos que nunca empezaron.

Pensé que con vos, sí. Pero me equivoqué otra vez. Tu mirada no fue honesta. La mía tampoco lo fue.

Me bastaron un par de días para develar el misterio y volver a abrir las alas.

Sí. Uno ve lo que desea que suceda. Los ojos también mienten.

No te duermas

Tengo la certeza de que, a veces, me querés un montón y, a veces, no me querés un carajo. La certeza, te dije. No me cabe ni la menor duda.

Vas y venís. Entrás y salís. Rompés y te vas. ¿Qué puedo decirte al respecto, si lo que vale es la intención? Y nadie puede tener la intención de querer un día y no querer al otro. Me la tengo que fumar. Cerrar el pico y esperar a que me toque la sortija en esta calesita de mierda, donde el día que la agarro se me acumulan dos millones de mariposas en el estómago.

Ese día me olvido del que me toca mañana y es tanto lo que me querés, que apuesto la vida a que esta vez tengo todas las vueltas de regalo. Me olvido. Te juro. Hasta mañana a la mañana que, como por arte de magia, todo lo que me diste ayer se hizo humo mientras dormías. Nada pasó en el medio. Nada. Te dormiste y te levantaste sin quererme como ayer.

Ya conozco tus procesos. Basta con que te duermas, para que se te apague la vela de una manera inexplicable. Pero con el tiempo aprendí a no buscar explicaciones ni a quejarme de nada. Ninguna de las dos opciones modifica esta bipolaridad de la que soy cómplice y esclava. Nadie tiene la culpa de que no puedas quererme todos los días. Nadie. A veces quisiera que no te duermas nunca. Sé que suena ridículo. Pero si no te durmieras, juraría que las cosas serían distintas y entonces, tal vez, podrías quererme todos los días.

Gris

Uno se quema en historias buscando el negro o el blanco. El sí o el no. El todo o la nada.

El gris tiene mala prensa. Las cosas son o no son, según dicen por ahí. Y uno lo repite como un loro. Desconociendo las contradicciones humanas como parte del paisaje. La ambivalencia y la incertidumbre como nuestro piso y cimiento.

Yo soy gris todo el tiempo. Desde que me levanto hasta que me acuesto. No paro. A veces, más negro que blanco y, a veces, más blanco que negro. Yo qué sé. En un instante soy las dos cosas. Y a veces, tres. Y a veces, mil. No estoy acabada ni metida en un armario. Nada termina hasta que se termina y, mientras tanto, todo puede ser posible.

Hay finales que acaban en comienzos y comienzos que se mueren antes de nacer. Yo voy mareada por los costados y los medios. Ni sí, ni no. Me encuentro conmigo en gestos y en actos que nunca, hasta entonces, supuse que podía tener.

Ahí estoy y acá voy. Llena de grises. Pintándome el cuerpo y el alma con una paleta interminable de intensidades y destellos. No sé qué voy a querer mañana. Y si me apurás un poco, no sé ni lo que quiero hoy. Y está bien así. Me gusta. Cuestionármelo todo me da la certeza de que estoy donde estoy por decisión, y no porque me empujó la correntada.

Banco el gris a capa y espada, porque no conozco un blanco sin un negro. Porque no quiero vivir sin elegir. Entiendo la duda y la confusión como parte de la vida. El misterio de no saber adonde va a parar esta historia que tengo calentita entre los dedos. Los espacios vacíos que todavía no sé con qué color voy a pintar. Si te dejo o si me quedo. Si te espero o si me voy. Así me gusta a mí. Escucharme y seguir. Permitirme el asombro y la locura de lo que me pase, mientras me pase, y darme el lujo de cortar la baraja a cada rato y cuando se me canta.

Estoy vivita y coleando. Todo puede ser verdad todavía.

Al fin y al cabo, uno no es quien dice ser. Uno, siempre, es quien termina siendo.

Querete

Parece que una siempre necesita un golpe más abajo, para garantizar que vale la pena soltar los remos.

El amor no se rema. No se insiste. No se busca. No se pide.

No se regatea. No se negocia. No se espera. No nada.

El que te arna llega solito donde quiere llegar. No hace falta que le tires una sogá.

Querete, boluda.

Volver a vos

Hay puertas de salida que son las de llegada. Basta con ver el caos arriba de la mesa para decidir qué querés hacer. Salir es una opción. Eso no quiere decir que te estás bajando. Muchas veces, significa que te estás subiendo. Subiendo del verbo elevar. Del verbo cambiar.

Hacer del despelote una oportunidad de volver a vos. Frenar para avanzar en tu dirección. En tus coordenadas. En las que vos sabés que podés caminar.

Frenar del verbo seguir. Del verbo crecer. Correr, sin dirección y arrastrada por el aire, te deja de antemano la certeza de que le vas a pifiar.

Nadie puede ganarle a la fuerza del viento en contramano, sin hacerse pelota en el camino. El agobio es la vara que te prende una luz en la frente diciéndote: ¡Basta! No sigas. No sigas. Frená y tirate en el pasto. Pedí agua. Acostate. Mirá para arriba. Respirá.

¿Es acá dónde quiero estar? ¿Esta carrera que estoy corriendo es mía? ¿Para qué? ¿Por qué? ¿Para quién?

Frená y sacate los ruidos. Despejate las dudas. Todas las dudas. Límpiase de ese estruendo permanente de mil voces diciéndote que no es por acá. Purgate. Y cuando decidas qué vas a hacer, parate. Atate los cordones, porque te vas a matar, y empezá otra vez. Donde sientas. Donde tu pecho te indique. El tuyo. Porque si vas a correr, que las piernas que te duelan sean las que gastaste corriendo tu propia carrera.

Frenar. Del verbo elevar. Frenar del verbo volver. Volver a vos. Siempre es hacia vos.

Sé vos

Para que un sueño se cumpla, uno tiene que despertarse primero. No aflojar a ese latido en el pecho que te marca el paso. Te señala el camino.

La esencia no se vende ni se regala. Sentí a ese niño que un día fuiste y todavía guardás adentro. Sentilo.

A veces, ser feliz es darse cuenta de que todo está resuelto siendo quien siempre quisimos ser.

Apagá la música. Ponele bien el oído al alma. Dale vuelta la cara a los mandatos de afuera y de adentro. Que la única misión en esta vida está saldada, si te animaste a ser vos mismo.

Si las cuentas te salieron mal, habrá que revisar qué careta te entró en la ecuación.

Agarrate de la mano y sé vos. Todo lo demás, es mentira.

Ni Juan ni Pedro

Repetir hasta llegar al fondo de la profecía autocumplida. Este tipo tampoco te puede amar. Elegir mal otra vez.

Elegir sabiendo de antemano que va a vaciarte, sin dejarte nada a cambio. Elegir, con una certeza que no te alcanza, para poner la dignidad de antemano y mandarte a mudar.

Repetir, hasta constatar que los siguientes meses te toca juntarte de a pedazos y pegarte como puedas, para salir a sobrevivir otra vez. Repetir, hasta el hartazgo, la historia de tu vida que te vuelve a poner el mismo final arriba de la mesa.

Caer en una trampa que te señalaba por todos lados que, si metías otra vez los dedos ahí, te ibas a electrocutar. Pero si hay algo que no te importa es lastimarte. Por eso, seguís. Lastimarte es parte de lo que te toca y, entonces, te lo bancás sin chistar. Acá lo que se juega es otra cosa. Acá importa si, al menos esta vez, te van a poder querer.

Tenés el diario del lunes todos los días de la semana. Lo tenés. Lo leíste. Lo conocés de memoria. Pero seguís igual.

Él tiene algo que te ata y te condena. Él te impone una tarea que asumís que te toca cumplir, y entonces seguís.

Él no te quiere. Esa es tu lucha.

Desangrarte sin escatimar en nada, hasta ser capaz de revertir la situación. Intentar que te quiera es lo que repetís. Hoy es Juan y mañana es Pedro. No importa cómo se llame. Importa que te quiera. Y ese amor, que no te tiene, es tu misión. Tu desafío. Ese trofeo que nunca va a llegar.

No importa quién. Tampoco importa cómo.

Uno repite lo que no pudo elaborar. Y es en esa repetición donde intenta poder hacerlo.

No se trata de Juan. No se trata de Pedro.

Buscás algo más. Buscás a alguien más. Repetís para recordar. Porque uno siempre busca, en el fondo de todas las cosas, que lo puedan querer como alguna vez debieron haberlo hecho Mamá y Papá.

Seguir sin vos

Desde que te fuiste, todo cambió. Tuve que entender la literalidad de esa frase para asumir que nunca más nada iba a ser como antes. Te fuiste. Cambió. Ya no estás. Pretender el delirio de que todo siguiera funcionando igual complicaba las cosas aún más. Porque sí. Porque ahora, tenía dos dolores distintos. El de tu partida y el de no poder cumplir con las expectativas de seguir sin vos, haciendo de cuenta que todavía estabas.

Te fuiste y punto. De los puntos finales que no se negocian.

A partir de ahí, construirme a mí, en un universo sin vos, fue un legado que transformé en mi misión.

Nada volvería a ser como antes. Entenderlo me empujó a aceptarlo. Y entonces, pude empezar otra vez.

Hay mundos que cambian en un chasquido y, de repente y sin quererlo, yo estaba asistiendo a esa función.

Me acosté, me paré, me caí, me mentí, me dormí, me perdí.

Te esperé, te rogué, te soñé, te imaginé. Me enojé. Me enterré con vos.

Hice todos los deberes que tenía que hacer. Siempre me gustó eso de la satisfacción del deber cumplido y yo tenía todos los asteriscos tachados. Todos menos el más importante: seguir sin vos.

Pero empecé de nuevo. Gateando. Como podía. Como me salía.

Respetando mi dolor y asumiendo tu ausencia. No estabas más acá. Y punto. De los puntos finales. Sin embargo, y sin contradicción, un día tomé mi decisión: seguir sin vos.

Porque entre todos los caminos posibles, elegí y elijo seguir carreteando. Elijo darme la oportunidad de volver a darme la mano, perdonarme por todo lo que no pude hacer y apostar a lo que todavía puedo. Porque, aun sin vos, me tengo a mí y elijo salir adelante. Porque entiendo que, aunque nuestro final no fue feliz, puedo decidir quedarme con todo lo maravilloso que vivimos en el medio.

Me quedo con vos acá, vos me entendés. Acá. Y sigo. Voy a seguir por mí. Porque me lo merezco. Porque me necesito bien. Porque asumo que este pedazo, despedazado, formará también parte de lo que vendrá. De lo que seré. No quiero esconderlo ni arreglarlo. Este pedazo roto existe y acá está. Es mío. No se va. Pero no me define ni me nombra. Y sigo.

Voy a seguir sin vos. Porque seguir no significa que te estoy traicionando. Seguir significa que estoy aprendiendo a caminar en un Universo cambiado. En otro lugar. Con otros paisajes. Con otras personas. Con otras miradas.

Seguir de empezar. De darme una posibilidad de aprender a vivir de una forma distinta. Latiendo distinto. Sintiendo distinto.

Seguir sin vos. Asumir esta verdad me obliga a sacarme las cadenas. Ningún amor de verdad sabe de cadenas y sé que vos estarías de acuerdo conmigo. Me libero. Las rompo de una buena vez. Me aflojo las manos. Camino, mientras respiro hondo, hacia mi espejo. No sé por qué pero me dejo llevar por mi corazón.

Llego y me paro enfrente. Cierro los ojos y lo toco suave. Encuentro tu frente y la beso. Quizás sea un beso de despedida. No lo sé. Te sigo recorriendo suavemente. Me acerco un poco y, como si encontrara tu oído, te susurro despacio y lento. Te digo, mientras te acaricio la cara, que te amo. Te amo. Perdoname. Gracias. Mientras me limpio los mocos, voy sintiendo tu mano en mi cara. Te estoy sintiendo. Sabía que ibas a venir. Lo sabía.

Siento tu beso en mi frente. Tu respiración en mi piel. Te huelo. Sos vos. Te miro las manos lastimadas y entiendo que esas cadenas me las rompiste vos. Entiendo todo. Tu latido se confunde con el mío y tu voz inconfundible me habla. Me grita al oído: Dale. Tenés que seguir. Tenés que seguir sin mí.

Te veo sonreír. Me acariciás el pelo, mientras yo asiento con la cabeza. No dudo y me acomodo la ropa. Me limpio la cara, mientras me paro derecha. Acá no ha pasado nada y pasó de todo. Cierro los ojos y reviento en un suspiro, entregando hasta las tripas.

No voy a renunciar, carajo. Te lo prometo. Me lo prometo. Voy a seguir sin vos.

Armate un basurero

Armate un basurero. Tené un lugar privilegiado y establecido donde tengas el derecho de ir a tirar todo lo que no te sirve. Visitalo con frecuencia para pegar, en libertad, esos gritos que tenés atravesados en la garganta. Ponele un nombre y una dirección.

Elegí el basurero que más cómodo te quede. Que no se entere nadie. Es tuyo. Y entonces, cuando sientas que ya no podés más, empezá a correr. Dispará. Corré con ganas. Transpirá la camiseta. Que te quede la espalda bien mojada. No dejes de correr. Que te latan las piernas y te tiemble el alma.

Andá sumando y recordando todo el dolor. Toda esa bronca, toda esa tristeza, todo ese fastidio que tenés adentro. Acordate quién te lo generó. Cuándo fue. Qué pasó. Qué sentiste. Qué sentís. Sentilo. No dejes de sentirlo.

Dale que llegaste. Entrá de una patada y vomitá. Vomitá todo lo que te cayó mal este tiempo. Este día. Ayer, hoy y mañana.

Puteá. Gritá. Llorá. Pedí. Liberate de todo eso que tenés adentro y te impide ser vos, ahí afuera.

Tocá para vos. Date lo mejor. Y que toda esa mierda se quede en el basurero.

Elegite un basurero donde ir a dejar lo que tenés que tirar. Tirá, carajo. Que de a poco, y de a ratos, te estás curando.

El tren pasa mil veces

El tren pasa mil veces.

Eso de empujarte para que te subas porque, si no, se va es un invento pelotudo. Insano. Una presión innecesaria que te hace pensar que es la única oportunidad que tenés y que, si no te apurás, la vas a perder.

Todos tenemos oportunidades cada día. Cada minuto y cada segundo. Quizás no sean las mismas, y quizás eso también está bien así. Las oportunidades cambian y uno elige la que más le conviene y no la que le ponen enfrente.

A veces pienso que la gente no sabe qué hacer con la duda, la indecisión, la angustia y el dolor ajeno. Es como si, en el fondo, produjeran una molestia. En vez de abrazarse y pasarse un mate, te dan órdenes.

Aprovechen. Es hoy. Llamen. Díganle. Compren. Cojan. Vivan.

¡Paren un poco, viejo! Dejen que decidan. Que elijan. Que voten cómo y de qué forma quieren vivir. Dejen de darles chupetines para calmar un capricho que los otros necesitan tener. Dejen que vean, que miren, que pierdan y que ganen. Que construyan sus propias historias. Que las reconstruyan cuando lo sientan necesario.

Dejen a los otros en paz con su historia, su mundo y su planeta. El mundo está lleno de profetas con libritos que nunca han leído. Permitan las diferencias. Los espacios. Los silencios y las incapacidades ajenas. No sean compasivos con las decisiones ajenas.

Los otros pueden elegir lo que quieren y, probablemente, no sea lo mismo que lo que vos querés. Y está bien. Y está perfecto. Uno no es quién para empujar un deseo que no se tiene.

Respeten. Relajen. La gente necesita más abrazos y menos palabras.

Todos sabemos que el tren pasa tantas veces como pasan los días. Y si no es ese tren, será el que sigue. De eso se trata la vida. No es entre un tren o ninguno. Es saber que la cosa se juega entre varios trenes distintos. Y entonces, cada quien se subirá al que más le guste.

Nunca nada termina hasta que se termina. Y, mientras tanto, uno se sienta y se puede cambiar de vagón todas las veces que quiera hacerlo. Es más, te digo una cosa: El día que no pase el tren, podés ir vos solito a buscarlo y a esperarlo.

Uno siempre sabe dónde está la estación.

La mochila

Te vas a sentar en el piso y vas a dar vuelta la mochila que tenés colgada. Así, entera. No importa la mugre que se haga. Mejor que quede en el pasto, y no en tus hombros.

Ahí va, toda tirada. Empezá a revisar con los dedos lo que hay. Cosas que ni te acordás que tenías pero que guardás igual. Te ocupan lugar y no te sirven para nada.

Dale. Agarrá una bolsa y empezá. Esto se queda, esto se va.

Estás mirando tu quilombo en el piso. Miralo. Vamos. Sacudí.

¿Para qué querés eso? Para nada. Tiralo. Y eso otro ya está vencido. A la bolsa.

Mirá a esa gente que cayó en los yuyos. No sabés, ya, quiénes son. Si ni siquiera conocés el calor de sus manos cuando necesitaste un puto abrazo. ¿Y eso? ¿De qué te sirve? A la bolsa. ¡Vamos!

Tenés tu mochila tirada y abierta en el piso. Vas a limpiar. A separar. A guardar. A quemar. Te vas a quedar solamente con lo que no querés sacarte de encima. Con eso que, ocupando lugar, te alivia. Con eso que te pinta la sonrisa en la cara. Te la dibuja. Te la devuelve. Te vas a quedar con lo que te hace bien. El resto es abono y se queda en el pasto. En la bolsa. No en tus hombros. Es mierda. Es pasado pisado. No sirve. No suma. No aporta. Ocupa lugar y peso. Ya está.

Lo estás mirando. Te estás mirando. Le hacés una reverencia, porque por algo algún día estuvieron ahí, y seguís. Vas a seguir.

Terminá de acomodar las cosas. De lo que tiraste, volvé a meter lo que hoy, carajo, estás eligiendo y volvé a cerrar la mochila.

Te parás y te la colgás. Colgátela. Caminá derechita. Respirá y exhalá el suspiro de tu vida. Que ese suspiro reviente. Secate las lágrimas y seguí. Mirá al cielo y soltá las manos. Abrilas. Sonreí, boluda. Dale que ahí vas.

Después ves cómo seguís. Después. Ahora caminá. Te felicito. Estás empezando a viajar otra vez.

Hablá

Conozco gente que se muere por ahogarse con los pelos de su lengua. No me parece una muerte digna. Me parece que nadie le avisó que había una forma de evitar esa tragedia tan absurda.

Estoy segura de que, de haber sabido que hablando estaba a salvo, nunca se habría permitido atragantarse de esa forma. De alguna manera, se comió a sí misma. No es su culpa. Nadie le explicó.

Hablá, carajo. Es preferible que se te queme una historia que no tenía fondos para resistir, a que prendas ese fósforo y te lo metas en la boca. Es hablar o dejarte morir.

Podés curarte. Sí que podés.

La gente que está herida ama diferente

Dicen que la gente que no es feliz rompe mucho las pelotas. Mentira. Vi, con mis propios ojos, gente rota capaz de levantarte de una cama. Gente, cargada de tristeza, dándote el empujón necesario para que te animes a lo que ellos no están pudiendo todavía. La gente que está herida ama diferente. Te cuida diferente. Te mira diferente. Saben lo que se siente estar atravesados por la angustia y, entonces, palmean tu espalda para que no te quedes en el medio del camino.

La gente que no es feliz no sabe cómo serlo. No puede. No alcanzó a entender de qué manera. Pero esa persona es la primera que se pone la remera y deja lo que está haciendo, para golpearte la puerta cuando sabe lo que estás viviendo.

La gente que no es feliz no rompe las pelotas. El rencor rompe las pelotas. La envidia. El egoísmo. La mentira. El pelotudo que no es capaz de compartir lo que tiene, por miedo a quedarse con menos de lo que a vos te falta. ¡Ese sí que rompe las pelotas!

La gente que está herida no molesta. Esa gente aprendió a amar desde su propio vacío, usando a veces la fuerza que les queda solamente para no dejarte caer. Yo tengo gente rota que tuvo que lamerme mis propias heridas, que supo acunarme para que descansé y pudo acariciarme el alma tan solo con su presencia. Las tengo. Las vi. Lo fui. Y cada tanto, lo soy.

Es mentira que las personas rotas no suman. Hay personas lastimadas que lo arreglan todo. Y a veces, con una simple mirada, te ayudan a curar tu mundo.

Abrí la boca y decilo

La palabra como herramienta y oportunidad.

A veces, es con lo primero y lo único que se cuenta para desempolvar viejos deseos que ya no querés más. Que silencian a esos otros que vienen empujando desde bien abajo y no pueden hacerse un lugar.

Decir, como canción y bandera, lo que tenés atravesado en la garganta. Lo que te impide respirar limpito y parejo. Decir por vos. Hablar, no para que el otro se entere. Hablar para poder escucharte y entenderte vos.

La palabra en el centro de la mesa como garantía de que hiciste lo que pudiste, de que cumpliste tu parte y que, *si no sucedió*, no fue por vos. Gritar cuando lo sientas necesario. Gritar cuando la angustia te galope en el pecho y, como una enredadera, se mezcle con lo más puro que hay en vos.

La palabra, a veces, es lo único que se tiene para empezar a cambiar tu mundo. Para empezar a decir: Sí, loco, lo quiero diferente y mejor.

La palabra como tu defensa y aliado.

La palabra como tu medio de transporte y, a veces, como tu última carta. Esa que necesitás antes de decir adiós.

¿Qué querés, carajo? Abrí la boca y decilo. Después ves.

Después ves.

Pero ahora, decilo todo. Y si no sucede, te vas a ir a dormir con la tristeza de arrastrar tu deseo al cementerio de los recuerdos que nunca serán olvidados. Pero con esa palmadita en el pecho de saber que, si no sucedió, no fue por vos.

Intentalo. Que sea la certeza y no la duda la que te garantice que no se pudo. Para que después, como dicen por ahí, no vivas con esa nostalgia de añorar lo que nunca jamás sucedió.

La calesita

Tantas vueltas, tanta calesita, para terminar regalándole la sortija servida a otra. Preferiste bajarte, antes que intentar dar una vuelta más.

Se te pudrió el amor en el laberinto de tu cabeza. Era más fácil jugártela que matarte con excusas berretas para evitar sentir. Pero la cosa es así. No inventes más nada. Y hacete cargo de lo que decidís. Porque este amor no se te murió de muerte súbita. No, corazón. Se te reventó en la cabeza. Se estrelló contra vos mismo. Murió agotado en tu pecho, temblando de frío. No se murió solito. Lo mataste vos cuando, en vez de ponerte a amar, te dormiste pensando cómo hacerlo.

Y amar amar se ama amando. ¡Qué tantas vueltas!

La lata de atún

La puta costumbre de estirar el final de una historia cuando ya está terminada hace rato. Aguantar es más doloroso que terminar, pero es más fácil.

Hay que tener huevos para tirar una lata de atún antes de la fecha de vencimiento, sabiendo que no la vas a comer. Antes de tirarla, esperás que se eche a perder. Sabés que no la vas a comer porque ya te asqueaste del atún, pero no es suficiente. Antes de tirarla, la necesitás podrida. Vencida. Como garantía de que aguantaste hasta el último día para ver si la comías. Hiciste todo lo posible, antes de verla en el tacho de basura. Todo.

No, corazón. La cosa es al revés. Hay que bancarse tirarla cuando aún se puede comer.

Mi amiga me dijo, un día, que me sacara el palo del culo de una buena vez. Yo sé que la metáfora es un espanto. Pero bancame en esta que te lo explico un poco mejor. Uno se acostumbra a vivir mal. Y no solo se acostumbra. A veces, hasta le gusta. Colabora y se lo va acomodando. Al palo, claro. Repite la tragedia de su cara todas las mañanas de su vida. Se levanta para seguir siendo infeliz. Es una decisión tomada e inamovible.

Vivir con un palo en el culo duele. Sacárselo también. No cualquiera puede. No cualquiera quiere. Hay que bancarse ese dolor. Porque una vez que te acostumbraste, y lo acomodaste a tu medida, creés que es una extensión de tu cuerpo y ni lo sentís. Sí, sacártelo es mucho peor. Porque es inevitable el dolor. Sabés que te va a doler. Sabés que vas a tener que aprender a sentarte de otra manera. A caminar distinto.

Algo vas a tener que amputarte. Y amputar duele. Cortar lazos duele. Irte duele. Renunciar duele. Decir basta duele. Ver con ojos nuevos duele.

Así que basta. Agarrá esa media docena de latas de atún que tenés en la alacena y tiralas a la mierda, sin fijarte cuándo vencen. A vos, hace rato que el atún no te gusta. Te acostumbraste a comerlo porque la tarta la hacés en dos patadas. Fácil. Siempre lo fácil. Ya no importa si está rica. Solamente importa que sea fácil.

Respecto al palo, ya sabés. ¡Sacátelo, carajo! Y si te duele, bancátela.

Yo me quedo y vos te vas

Hoy a la noche pienso tirarte al mar. Voy a armar un bolso con tus mensajes, tus promesas y tus silencios y lo voy a revolear por el aire.

Guardo la imagen de tu sonrisa intacta. La que más me gusta. La que más me duele. La que más me cuesta. Pero la voy a revolear, te juro. No te quiero más acá conmigo.

Me pesa el entrecejo de tanta congoja, cada vez que te recuerdo. Porque ya no solo te recuerdo, también te pienso en tiempo presente y en tiempo futuro. Sos una plaga que no me deja respirar tranquila.

Hoy te arranco de mi piel. No te soporto más acá conmigo. Me estancás. Me estoy despidiendo hace dos noches seguidas. Tomo fuerza y coraje. Sé lo que significa tirarte. Me vas a doler unos días, quizás unos meses o algún que otro año. Pero voy a seguir dignamente.

Tiro, también, mis reproches y mis deseos. Te perdono por todo. No quiero cadenas. Las cadenas también las voy a revolear. Hoy es nuestro último encuentro. Nos voy a despedir como corresponde. Sola. Como siempre. Pero nos voy a dejar. Aunque no estés. Aunque no lo sepas. Esta cita no me la pierdo. Te vas hoy mismo. Yo me quedo.

Esta vez, yo me quedo y vos te vas.

Nada más

Nunca pude ponerme esa ropa cargada de tristeza. Sé perfectamente lo que llevaba puesto el último día que te vi la cara. Y el primero. Y los del medio también. Todo mi ropero se llama igual que vos. No creo que nada haya quedado a salvo.

Me acuerdo de todo. De todo, carajo. Puedo recitar de memoria, como un poema, cada momento nuestro. Estoy bien cagada con este asunto. No es que pretenda borrarte de mi historial de fracasos. Solo necesito aprender el recorrido que hacen los peces y sacar la cabeza de este mar de mierda.

Respirar aire nuevo y volver a ahogarme en este ataúd sin techo. Necesito respirar otra cosa por un segundo.

Nada más.

Ya no te amo, mi amor

Quién iba a decir que lo mejor que yo iba a hacer por tu amor era dejar de amarte. Me costó un huevo. Lo juro y lo sabés.

Hice mi duelo más de diez veces. Cuando ya lo creía terminado, ahí estaba amándote de nuevo. Con la misma intensidad. Todo ese tiempo invertido había sido al pedo y, una vez más, estabas doliéndome. Como siempre. Pero nunca aflojé. No te iba a soltar la mano. Vos sin mí, no querías. Yo con vos, me moría.

Me dejé de lado. Me puse a un costado. No podía abandonarte. No quería. Aunque se me explotara el alma cada vez que sentía pronunciar tu nombre. Porque para ser sinceros, cuando uno ama bien y de verdad, se enamora hasta del nombre. Y yo amaba el tuyo. Amaba escucharme cuando te nombraba porque era mi forma de tenerte. De sentirte. Pero decidí resignarte. Entero. Hasta ese nombre que te envolvía y lo decía todo.

Así fui silenciando y apagando esa llama que me daba vida. Lo hice más por vos, que por mí. Yo hubiera querido amarte toda la vida. Pero lo fui matando. Lo fui secando y te dejé de amar un poco cada día. Sí, te dejé de amar para que no me pierdas. Para que cuentes conmigo sin mi ilusión ni mi espera a cuestas. Sin mis lágrimas a escondidas. Sin la melancolía de ese amor no correspondido que te alteraba los planes.

Hice todo, tal como vos me pedías. Y así te dejé de amar. De a poco y como pude. Muriendo y renaciendo a cada rato. Me vacié en el dolor. Te arranqué de mis entrañas, a gritos silenciosos.

Que la vida me perdone por ponerme atrás. Pero acá estoy yo, a tu lado, como vos querías.

Ya no te amo, mi amor. Te lo juro. Te dejé de amar solo para poder estar con vos toda mi vida.

Acá estoy

Hambre. Tengo hambre y sed.

Ganas. Tengo ganas y fuerza para caminar, sacándome las últimas gotas de lluvia de la cara.

Camino. Buscando lo que me queda. Lo que todavía no fui.

Lo que no me animé a ser todavía.

Voy con una sonrisa, estampada en la cara, porque sé que pude. Si pude, sé que puedo. Y sigo por lo que me falta. Por lo que me espera. Por lo que todavía no conozco ni me conoce.

Voy corriendo las ramas de los árboles, con la marcha en las patas de quién sabe adónde va. Yo sé. No hay duda. Yo voy. Ya pasó. Lo otro ya pasó. Sé que es parte del mundo que quise tener. No me pesa lo que pasó porque por algo fue. Por algo me fui o me fue. No cargo culpas. No llevo colgada ya ni una sola mochila.

Tengo las manos que me bailan al costado del cuerpo. Sé que es temprano para tarde. Y voy. Y sigo yendo porque esta vez todo es posible. Porque sé que acabo de nacer otra vez. Tengo el mapa en blanco. Estoy recién nacida.

Camino con el cuerpo erguido y tarareando una canción sin letra. Solo la melodía. Hace rato perdí el miedo. No me pienso esconder. No quiero nada que me enjaule en otro manicomio. Sé que las jaulas tienen llave. Ya aprendí todo. Me empujan las ganas, el hambre y la sed. No voy sin destino, no. Sé exactamente la cara que quiero ver, ni bien me mire al espejo.

Necesito que me golpeen la espalda y me alienten para que siga. Necesito ver en el camino a todos los que van al mismo destino que yo. Me espera un espejo diferente. Una mirada. Una vida. Una oportunidad más. Nada se termina hasta que se termina. Y a mí no se me terminó nada. Todavía palpito locura. Ambivalencia. Me aman. Amo. Quiero. Decido. Elijo. La puta madre, elijo. Me costó pero aprendí, carajo.

Sigo caminando. Veo que somos un montón golpeándonos la espalda. Mirándonos a los ojos. Este es otro mundo. Llegué hace poco y me encanta. Me trajo el dolor. Me parió el dolor y el desconsuelo. Ya fui parida. Ya pasó. Me agradezco. A mí misma. A los golpes. A las fisuras. A las noches en vela. A todo.

Empiezo otra vez. Recién estoy sintiendo el sol en la cara. El viento en el pelo. Siento olores y ruidos fuera de mi cuerpo. Hay otro mundo. Ya llegué.

Preparada para recibir a alguien que me dé la bienvenida. Acá estoy.

Tu nombre

Tengo la certeza de que, cuando uno se enamora de verdad, se enamora hasta del nombre. Es por eso que tan solo pronunciarlo, incluso murmurarle, como si fueras mi secreto inconfesable, le devuelve la idea a mi cuerpo de que te estoy amando bajo tu presencia, a pesar de que estés ausente.

Yo te nombro y todo vuelve a suceder como magia. Te digo y te traigo a mi lado. Porque en esa palabra, están todas las letras que quiero decir cada vez que te necesito.

Tu nombre me abraza el alma. Me come las heridas. Me hace creer que siempre sos cierto y que puedo traerte a mi lado cuando yo quiero.

Decirlo, quizás, me alcanza y me basta.

Los gustos en vida

De vez en cuando, me atormenta pensar si realmente me di los gustos en vida. La gente lo repite como loro.

Uno mira hacia adentro, recorre su historial y, casi apenado, con la culpa torturando la mitad de los recuerdos, sabe que no. Que nunca pudo darle la consciencia a la finitud de la vida, como para sacarle el jugo que se merece. Y tiembla. Porque tiene miedo de que se le acabe el juego sin haber jugado la partida. Sin haber saboreado los gustos de cada oportunidad vivida. O peor aún, de las no buscadas.

Sin embargo, hoy te vi ahí. Con un pie en el Cielo y el otro en la Tierra. Te miré mientras dormías, profundo y lejos, y me diste la respuesta, a boca cerrada, que dio vuelta mis certezas estúpidas. Infantiles. Huecas.

Yo sí me di los gustos en vida. Los gustos que repetí de vos. Yo puedo firmar, antes de irme, que me di el lujo de hacer el amor, mirando a los ojos a quien tenía enfrente.

Que me di el placer enorme de preparar la mesa, con dos candelabros y el mantel más hermoso, para comer con un amigo dos panes y un poco de fiambre, mientras teníamos los corazones cruzados.

Yo tuve la inmensa fortuna de llorar de risa y ahogarme con mi propia carcajada, para respirar un rato y seguir un poco más.

Me di el permiso de levantarme con la cabeza torcida, por no tener espacio, cada vez que invito a mis hijos a dormir conmigo y somos una especie de peluches mezclados en un par de sábanas tibias.

También le pasé la lengua a esa fantasía perversa de mirarme en un espejo mientras lloro, para ver qué cara tengo en ese momento en el que nunca puedo ser mi espectadora.

Tuve los ovarios de revolear la taza más linda de mi colección contra la pared, de impotencia y dolor, y liberarme de toda la mugre en ese instante mágico.

Dije siempre lo que siento y entonces me hice adicta a la manifestación de mis sentimientos, sin tener vergüenza de la mirada del otro que quizás,

y solo la primera vez, no me logre entender.

Tuve el honor de sentir la satisfacción de decirle a un paciente que lo quiero y esperarlo con la pava puesta, para hacer más ameno el momento que ese tipo me está regalando. Y lo valoro. Y lo respeto. Y le hago la reverencia, mientras la peleamos juntos, un poco más relajados.

Me di el gusto de dar abrazos sentidos en el medio de un supermercado, de agradecerle a una empleada por atenderme bien, de mandar a la mierda a quien me mira a los pies para hablarme a la cara.

También sé lo que es dejar todo por la certeza de un amor real, el propio, y de hacer todo lo que tengo a mano y no tanto, para no vivir una vida mentirosa con millones de guirnaldas de decorado. Me di el gusto de prestarle a ese amigo lo que necesitaba, de acariciar la cabeza de un enfermo que no tenía a nadie al borde de la cama y de pedir perdón cada vez que mi corazón me decía que era mi necesidad. Si mal no recuerdo, me di el gusto de mi vida cuando pude reventar de angustia, más de cinco veces, con los Puentes de Madison y cruzar los dedos cada vez que se venía la misma sangrienta escena, para que abriera esa maldita puerta de una buena vez.

Pude prender mi estufa hogar cuando sentía la necesidad imperiosa de meterme en mi propio cuento de hadas. Y también cuando agradecí conocerte. Y cuando me dejé conmover con un libro, un café y un silencio infinito. Y el mar. Y el sahumero. Y el olor a pasto penetrando en cada latido.

Seguiría el día entero contando todos los gustos que me di en vida. El amor que tuve y también ese que me sacaron, y me empujó a la aventura tremenda de encontrarme a mí misma, sin agachar la cabeza.

Conozco la profundidad de la paz, la nobleza, el miedo, la bronca, el duelo y también puedo permitirme volver a mi cama, abrazar a este tremendo oso de peluche que me salvó noches enteras de abrazos muertos.

También suelo cerrar los ojos, respirar profundo y apagarme en la certeza de saber, por fin, quién soy y celebrarlo en mis sueños.

Hoy pude entender todo. Todo. Y fue entonces cuando te prometí, mientras me lo decía a mí misma, que voy a seguir yéndome a dormir, apoyando mi cabeza en lo único que vale la pena tener, ser y dar. El amor. El único gusto en la vida que, en tu honor, decido seguir dándome. Sin dudar.

Te sigo mirando, ya casi a punto de partir, y me quedo tranquila sabiendo que vos tuviste la sabiduría inmensa para probar, de todos los

gustos, los mejores que había para elegir.

Tardé en comprender. Por suerte, solo se trató de eso.

Te veo allá

No vamos a suceder. No vas a poder. No vas a querer. No vas a querer poder.

Lo nuestro es hermoso, lo sé. Pero no acá. Tenemos el cielo.

Lo descubrimos juntos. Un cielo azul que nos ilumina y nos encuentra en dos almas, sin peso ni forma. Cielo hermoso. Amor hermoso que no es de acá. Y yo necesito acá. Ahora. Al lado. Acá.

Me tengo que ir, mi amor. Te dejo. Nos dejo. Siento mucho abandonar mi cuento hermoso. Nuestro cuento hermoso. Azul. Todo azul. Pero me tengo que ir. No vas a suceder. Lo sé. Y entonces me tengo que ir para que el azul del cielo no se nos vuelva gris, para que mi cuento de hadas no se transforme en un cuento de terror, para que este amor no se pudra ni se muera.

Te dejo, mi amor. Nos voy a dejar ahora que puedo. Más tarde no sé si podría y, como vos decís, todo es atemporal. ¡Cuánta razón tenés! Todo es atemporal pero no en este mundo. No en nuestros cuerpos. No en esta vida que es la que tenemos en frente.

Perdoname pero a mí, ahora y acá, se me hace tarde. Me voy. Ya sabes dónde encontrarme. Ya sabes cómo encontrarme. Al fin y al cabo, una vez dijiste que tenías el mapa de mis ojos constelados. Vas a saber llegar. Lo sé. Vas a saber llegar.

Te veo allá. Acá no vas a poder. Te veo allá, mi amor.

Boludeces, no

Dejo asentado, por este y todos los medios, que nunca jamás volveré a remar una relación.

El afecto no se rema. El afecto mantiene el barco en posición. Remar exige un esfuerzo y yo ni en pedo me esfuerzo para que me quieras.

Querermé debería ser un placer para vos y un halago para mí. Si eso no pasa, estamos jodidos de antemano. Imaginate que nunca creí, ni siquiera, en la historieta esa de remontar un barrilete. Para mí, los barriletes siempre volaron gracias a la fuerza del viento y no a estar corriendo como una tarada, con un hilo en la mano. Exactamente lo mismo pienso del amor.

Sin viento, no hay corrida que alcance y baste. Boludeces, no.

Curame

Solamente un abrazo mataría, por goleada, esto que tengo acá. Adentro del pecho. Te extraño. Y nada que no venga de vos me va a apagar esta sed inmunda. Te extraño y no hay reemplazo que pueda darme una mano.

Querer olvidarte me recuerda a vos todo el tiempo. Es la puta ironía del dolor. Pensar cómo se me pasaría me lo acentúa más y peor. Estás donde voy. Me seguís dentro de la cabeza y en cada latido que bombea mi corazón. Sin embargo, no estás. Y yo necesito ese abrazo. No cualquier abrazo. El tuyo. Pienso en ir a buscarlo y traérmelo puesto por un rato. Es como el adicto que necesita un poco más. Pero me quedo porque sé que mañana va a ser peor.

¡Mentira! No voy porque sé que no tenés lo que yo te pido. Me vas a dar lo que te queda y eso no me calma. No me sana. No me salva. Yo sé lo que das, cuando das, y ese registro me quema. Porque sé perfectamente que eso que me traigo son sobras. Migajas. Esa puta palmada en la espalda y una mirada agobiada.

Perdoname pero no sé dónde se golpea cuando la única puerta que va donde yo quiero es la que estoy tocando. No sé cómo me salgo de acá. No sé dónde ponerme. No sé cómo silenciar esta ansiedad inútil del que espera algo que no va a llegar.

Yo sé que no vas a volver. Lo sé. Pero vos, que tuviste la suerte de quedar afuera, decime cómo carajo se sale de acá.

Curame.

1 A 1

Vos te caíste solo

Yo no te perdí. Vos te caíste solo.

Uno pierde lo que no guarda y yo a vos, te guardaba bien guardado. Pero un día dejé de sostener y de hacer fuerza. Abrí la mano y te soltaste. Asumo que no me dolió como pensaba. Era tanta la fuerza que estaba haciendo, que tu caída fue un alivio. Tenía las manos gastadas y el cuerpo agobiado de aguantar semejante peso.

Así no son las cosas. O no las que yo quiero. Por eso, cuando te caíste, no me sorprendí. Nunca estuviste. Te dejabas tener. Pedazo de diferencia. Decirlo así suena un espanto porque era una manera de mendigar tu amor. Pero no me di cuenta.

Perder la dignidad por amor es lo más normal en mi mundo. Estaba acostumbrada a ponerme de los dos lados de la balanza pretendiendo equilibrar el agujero. Pero un día te cansás. Me cansé. Yo qué sé. Dejé de correr. De hacer fuerza. De regar una planta artificial. Pelotuda. Suspiré tan profundo que, sin querer, se me abrieron las manos y ahí se terminó todo. Lo agarrado se cayó a la mierda. Y eso fue todo lo que pasó.

No demos más vueltas, que ya las dimos todas. Yo no te perdí.

Vos te caíste solo.

Sin amor

Si es con amor, siempre es mejor.

Te das cuenta cuando ves triunfar a los que fracasan. Esos que se cargaron al hombro metas que arrastraron de por vida, pateadas por el pensamiento y no por el corazón.

Se ve en los ojos de quienes se acostaron en camas que los amanecieron vacíos. En los que se despertaron con ausencias, en medio de sábanas sin olor.

Tenés amistades que duran un amor de verano y, cuando se termina el envión estacional, no sabés qué fue lo que te unió.

Sin amor, las cosas no duran. Se las consume el tiempo. Se las lleva el viento y las hace desaparecer de repente y para siempre.

Sin amor las cosas no llegan ni siquiera a ser fracasos. Ni cuentan como historias inconclusas. Algo que nunca se prendió no carga con la pena de haberse terminado.

Sin amor, se pueden hacer muchas cosas. Pero en ninguna, te vas con la medalla colgada en el cuello.

Sin amor, volvés a tu cama con un alma vacía que pone una triste realidad arriba de la almohada. Porque sí. Porque de todo lo que hiciste sin poner el pecho, no te quedaste con nada. Siempre, en esos casos, gana la banca.

Sin amor, las cosas decantan. Se revientan en un instante y quedás con un deseo asesinado antes de nacer.

Cualquier cosa que hagas sin amor es la reverencia a un final triste de truco cantado. Siempre vas a perder. Porque no sirve. No te suma. No te aporta. Te quita. Te gasta.

Si vas a elegir algo, que te empuje el amor. Todo lo demás no cuenta ni como recuerdo. Porque uno recuerda lo que te deja una marca. Y algo sin amor no te marca. Te resbala.

Tu libertad

Y no perdonás. Y te volvéis rencoroso. Y te envenenás porque las cosas no salen como querés.

Tirás mochilas de culpas a los demás, por tus propias cruces. Cruces que ni siquiera fueron heredadas. No. Cruces elegidas por vos, una a una. Por vos. Se la tirás por la espalda a esos que, paradójicamente, son tus seres queridos. Seres queridos que te bancan solo porque te quieren. Te bancan porque te quieren, a ver si entendés.

Nunca nadie pensó que tenías razón. Nunca. Se callan por amor. Es por ese amor que reclamás que te aguantan el veneno que desparramás por todos lados. Creés que, si ellos se hacen cargo de tu dolor, vas a respirar distinto. No es así. No lo es. Te vas aferrando a lo que te deben. A lo que te falta. A tu parte vacía del vaso. Pensás que así les vas a cagar un poco la vida y entonces te van a retribuir lo que te sacaron: eso que te tocaba y no te tocó.

Dejate de joder. ¿No te das cuenta de que se te pasa la vida vomitando pasado en caras ajenas? Hacete cargo, carajo. Que si de vivir se trata, vos elegís cómo querés hacerlo.

Haceme el favor. Hacételo a vos. Mirate al espejo y date cuenta de que la fórmula que usás no te sirve. Mirate la cara. Mirate a los ojos. El veneno te cambió la mirada. La sonrisa. Hasta la forma de caminar. Dicen que la esencia de una persona no cambia nunca. Mentira. Doy fe de que vos no sos vos hace rato.

Decite la verdad de una buena vez y empezá de cero. Curate de vos misma. Cortala. Te estás lastimando. Tanta guerra no te hace bien. Viví y dejá vivir a los otros en paz. Que en esa paz ajena, en definitiva, está tu libertad. Ojalá lo entiendas.

En esa paz ajena, está tu libertad.

Curate

Me voy a limpiar bien las manos porque hoy el trabajo sucio lo hago yo.

Lo primero que voy a sacarme de encima es a vos. No te quiero más al lado. Quizás me querés. O no. Qué se yo. Pero me hacés mal y se terminó.

Tengo un nudo en la garganta que voy a destruir, de una buena vez, y el primer nombre en la lista es el tuyo. Más vale que no es fácil pero, por lo menos, tomé la decisión que no es poca cosa. Así que salí. Carrete que hace rato que no veo el bosque.

Necesito respirar otra cosa que no sea dolor. Vos me dolés. Me lastima tu desamor. Porque sabiendo que no vas a darme lo que necesito, me dejás la puerta entre abierta, con una pata levantada, para mearme un territorio que solo querés pisar para seguir de largo. Me querés de puente y me matás a mí.

¿Para qué carajo me llamás, si no te bancás la parte que sigue? Ya no me importa. Mi error fue querer entender. Ahí empezó todo este desastre. Cuando te quise entender. No, querida, no. No es cuestión de entender. Es cuestión de sentir. Y yo siento que vos a mí no me querés. No te digo que yo sé. No, no. Yo lo siento y no me puedo equivocar. Imposible. Lo siento acá, en el medio del pecho. Este que está rengueando hace rato.

No quiero más. No puedo más. Te vas. Si no te limpié hace rato fue porque no me banco la abstinencia. Pero esto es peor. Sufro igual.

¿Qué mierda hago, sosteniendo una vela que está goteando cera hace rato? Me estoy quemando. Me arde. Te lo digo. Lo sabés. Lo sentís. Pero te da igual.

Somos dos personas queriendo al mismo tipo, y así no se puede.

Quiero amor. Merezco amor. Necesito amor. Correte, no te hablo a vos. Me hablo a mí. Me estoy llamando. Me estoy arrodillando ante mí. Querete, Lorena, querete. Sanate a vos misma. No es él. No es de él. No es con él. Es con vos.

Que sea tu propio amor el que te salve. El que me salve. No está afuera.
No. Córrelo tan solo para verte. Que se vaya. Date a vos lo que le das a él.
Curate, carajo. Curate.

El perfume

A cabo de explotar mi perfume contra la pared del baño. Sí, ese. El que huele a mí.

Te quedaste con todo puesto. Mis abrazos, mis besos, mis deseos y mis promesas. Todo tenías. Juro que te di todo. No tenías una sola razón para cagarla así. Arruinaste todo. Lo mío. Lo nuestro. Y lo tuyo también. Tenías un corazón en tus manos. El mío. Adentro. Lo tenías. Lo arruinaste. Lo asesinaste.

Me importa un carajo que no lo pensaste antes. Hay cosas que se aprenden en el jardín de infantes. No me vengas con boludeces a esta altura de la vida. Bancátela porque está herida, por la que los dos estamos sangrando, no la provoqué yo.

Te vas a olvidar de mi olor, te lo juro. Te lo vas a olvidar como puedas. Yo también. Me asquea la idea de sentir ese perfume en mi piel otra vez. No te merecés mi olor. Es lo más mío que tengo, y que lo recuerdes es un derecho que hace un instante dejaste de tener.

Devolvémelo y después andate. No quiero lazos de ningún color. De ningún olor. Elijo que no puedas olerme nunca más.

Te vas y me voy. Sí, claro que te perdono. Te perdono y te digo adiós. Con la paz del que sabe que lo dio todo. Yo con vos no tengo saldo. No te debo nada y, de yapa, me quedo con lo mejor. No, lo mejor no fuiste vos. Lo mejor de esta historia fue el amor que te supe dar.

Pero vos a mí no me vas a oler nunca más.

Vos no querés lo que decís que querés

Uno atenta contra lo que dice que desea.
Vos querés paz mientras te ajustás las botas para caminar en un campito lleno de dinamitas.

Te morís de ganas por mezclarte entre un par de sábanas y dos cuartitos de helado, mientras te quemás viva esperando que te salve un llamado de alguien que está en otra cama hace rato.

Rogás, de a mil suspiros rabiosos, un cacho de libertad y cada elección que hacés, te pone una cadena más entre las manos.

Decís que necesitás un poco de silencio para saber lo que querés, y subís el volumen de la radio, de la gente, de tu vida.

Odiás un laburo que ni loca dejás, por miedo a cambiar.

Necesitás menos y mejor. Y vas por más y peor.

Querés amor de quien ni siquiera te miró. Te das entera a quien solo te busca de a pedazos y de a ratos.

Necesitás aire y te encerrás en el dormitorio de tu cabeza, matándote a listados infinitos de todo lo que debés y tenés que hacer.

Repetís como un loro que la amistad sana y salva y hace dos meses no tenés un minuto para ponerte a boludear con esas, tus mejores amigas.

Llamás, para aguantar ese agujero penoso que te deja la soledad, a quien sabés que podés por no tener los huevos para llamar a quien realmente querés.

Y así vas. Con una cara de culo, que te la pasás recordando que, si la risa hace bien, mañana te la vas a dibujar en la cara. Hoy no. Mañana.

Decí lo que quieras y a quien vos quieras, pero a vos no te chamuyés.

Vos no querés lo que decís que querés.

Con uno o con dos

Irse para preservarse y no como primera decisión. A mí también me habría encantado que funcionara la historia pero, si no funcionó, entonces me voy.

Nadie entiende para qué te quedás donde ya tenés garantizado el llanto, a cambio de la no aceptación del dolor.

No todos nos quieren como uno quiere. La puta, si esto duele. Pedazo de bajón. Pero quedarte no revierte la situación. No coloca un amor donde no se lo siente. No te evita la angustia. Te la estira, te la hace de chicle y se te revienta en el alma cansada, agonizando de dolor.

Quedarte es la angustia golpeando dos veces. La primera, por la tragedia no buscada de ese desamor. La segunda, por quedarte en ese lugar cruel. Indigno de desazón.

No te podés ni ver en ese lugar pero tampoco te vas. Porque irte te obliga a asumir que no te eligió. Entonces te ponés una venda en los ojos y te colgás, a presión, una falsa esperanza en la cara que te promete aliviar el dolor. Y no.

No siempre uno puede elegir las opciones. A veces, las opciones las pone el otro. Pero siempre, y toda la vida, se puede elegir con cuál de esas opciones no elegidas te vas a quedar vos.

El otro no te quiere. Ya está. Te toca a vos decir si te quedás o te vas. Dale, elegí con cuántos dolores te vas a ir a acostar. Con uno o con dos. Esa sí es tu decisión.

Vos a mí no me querés

A veces, uno se queda esperando que el otro lo quiera. Se pone a entender razones y motivos que superan las ganas. Le busca la vuelta para comprender la duda del otro, y espera. Espera ser querido. Valorado. Tenido en cuenta. Esto no es amor. No lo es. O lo será a medias tintas. Y un amor que no es intenso rompe, en ese mismo instante, la premisa del amor.

Que alguien te quiera un poquito no existe. Que alguien te quiera no tanto, tampoco. Uno quiere o no. Y ese amor es una fuerza que empuja. Que no puede detenerse por nada del mundo. El que te quiere pero no sabe ya tiene su respuesta en la mano. El que te quiere pero necesita un tiempo para estar seguro no está hablando de amor. Cuando digo amor, no digo presencia. Hay gente que se las arregla para amar a la distancia. Hay personas que, cuando aman de verdad, hacen magia con los imposibles. Uno los siente cerca, a pesar de estar en otro lado.

Vos a mí no me querés cuando me ofrecés turno, duda y espacio. Yo no sé cómo se llama eso que te pasa, ahí adentro, conmigo. No lo sé. Pero seguro que amor no es.

No me vengas con eso de que cada uno ama distinto y da lo que puede. No repitas como un loro, si no te pertenece la historia. No es tu caso. Yo a vos te he visto amando de pie en otros lados, y bien que te sale a la perfección. Así que será cuestión de que tome noches. Seguramente peleamos con distintos demonios pero todos estamos con la cabeza llena de piojos, y a todos nos pica cuando nos acordamos. Esa es la cosa, ahí está la diferencia. Cuando nos acordamos. Recordar es pasar otra vez por el corazón, decía Galeano. Y hay gente que encontró, en el recuerdo, la forma de no soltar. Vuelve a vivir lo mismo millones de veces. Hace fuerza para no olvidar. No se permite el olvido ni intenta dejar de lamer sus propias heridas, al menos por un instante.

No quieren olvidar. El dolor los define. Les garantiza un lugar en el mundo. Se permiten la impunidad del que la pasó tan mal que no se le

puede pedir más nada. Si lo largan, se mueren de hambre. ¡No lo van a soltar! Eligen cómo quieren vivir y también cómo van a morir. Nadie los va a cambiar. Eligen seguir así. Deciden. Votan esa manera de transcurrir en el mundo.

Rotos, estamos todos. El que quiere sufrir merece el respeto de su decisión. No te metas. No intentes nada. No quieras contarles un cuento que no pueden escuchar. Si podés, querelos. Ni siquiera los comprendas. O sí. Hacé lo que quieras. Pero tené bien en claro que esa bandera que flamea no te pertenece.

Cada uno es capitán de su barco y hace lo que quiere con su viaje y su destino. Ellos están eligiendo. Como *vos* y como yo. Algunos siguen caminando con sus pedazos adentro. Y otros dejan de caminar porque tienen miedo que, con el andar, se les caigan esos pedazos.

No tengo apuro

Y entonces supe que un día iban a quererme bien.

Que cada trompada, a mi cuento de hadas y magos, era una nueva sacudida para volver a decir que no. Paso, gracias. Así no.

Que cada nuevo desengaño, a mi ilusión de príncipes que prometían no transformarse en sapos, me ubicaba otra vez en la silla en la que yo me tenía que sentar. No voy a entregar mi alma a cualquier precio ni a cualquier postor. No, señor. Hace rato que ya no todo me da igual. Rato.

Voy a esperar que me quieran bien. Que no vengan a transformarme lo simple en lo complejo. Que no intenten pintarme realidades que no existen, ni van a existir jamás. No tengo ganas de que me vendan más gato por liebre. No compro más. Me cae mal. Me descompone.

No quiero que me bajen el Cielo. Lo quiero donde está y que no se vaya nunca de ahí, así puedo mirarlo hasta que se me apaguen los ojos de cansancio. No me bajes nada. Te quiero acá, acostado a mi lado.

No tengo apuro, en serio.

Espero tranquila a que me suban, de arrebató, en el auto y me lleven a recorrer todas las plazas del mundo. Con un termo en el piso y una mantita en la guantera. De verdad, aguanto.

No tengo apuro, si sé que voy a tener mi canción más hermosa del mundo. Sí, esa que me recuerde a nosotros.

Espero, en paz, mi caminata por la orilla de cualquier mar. De cualquier parte. De cualquier mundo. No quiero mambos. No quiero historias con fechas de vencimiento. Nacimientos mal paridos. No buscados. Matados antes de nacer.

Yo quiero esperar a que me quieran bien porque ya sé lo que es curarme. Y también se cómo curarte. Yo puedo. Si te espero, es porque te deseo y no porque te necesito. Quiero que te quede en claro que no voy a llamarte otra vez. Si no supiste verme mientras me mirabas. Si no pudiste descifrar que, si justo ahí me duele, no está bueno que lo rompas.

Espero, si sé que vas a poder cuidarme. Así da gusto bancarte.

Bancarme.

Espero porque sé muy bien lo que quiero. Lo que busco. Lo que yo tengo. Lo que soy. Lo que doy. Posta. No estoy apurada. Prefiero esperar tranquila mi historia de amor.

No quiero que me prometas nada. Ni que me cuentes cómo va a ser. No me digas cuánto me vas a querer. No me digas nada. Yo solo quiero que se note. Que se te note. No tenés que darme nada. En serio. No te apures. No me apures.

Un día me van a querer como yo quiero. Lo sé.

Mientras que vos aparezcás, yo espero acá. O allá. O donde sea. Pero espero tranquila. Con esa paz que te da la certeza de saber que lo que tenés para dar alcanza.

No sé a vos. Pero a mí, no solo me alcanza. A mí, me sobra.

La bomba

Toda bomba detona tu mundo. Destruye. Revienta un orden. Un orden que te ordenaba. Que te organizaba el destino. De repente, todo se te cayó encima. Te quedaste con lo puesto y nada más. O nada menos. Depende del lado que lo mires.

Con los cimientos que quedaron, tenés la suerte de volver a elegir. Podés unir las piezas que te gustan y dejar los cadáveres de las que no te sirven en el piso. Vaciarte implica volver a decidir con qué te vas a llenar esta vez. Qué queda y qué se va. Qué tan fuertes eran tus sueños para volver a remontarlos. Cuál de ellos eran solo un discurso prestado que te tragaste como propio y lo llevaste colgando como una cruz.

La bomba destruye pero te obliga a reconstruir. No cualquiera tiene esa suerte. Algunos siguen y perduran en ese mundo prolijito que les garantiza la paz del deber cumplido. Otros revientan de golpe, con una patada en la cabeza. Esos tipos tienen suerte porque despiertan a la fuerza. Esos tipos aprenden a patadas en el culo y, en el medio del quilombo, se nombran otra vez. Se miran de repente y, con una mano atrás y otra adelante, eligen cómo van a vivir.

Yo, como vos, tuve mi bomba. El mundo se me reventó en la mano. Por suerte, me morí un poco alguna que otra noche. Por suerte. Agradezco la explosión.

Cualquiera es Buda en el Himalaya. Aprender a ser uno mismo en el caos. Eso sí que vale.

Aplausos para esos tipos. Aplausos para mí.

Llévate todo

Ay, la puta madre. Es que hay veces que no sabés si te falta el perro, te sobra el gato o si te confundiste de vida.

No encajás en ningún rompecabezas de esos que te fuiste comprando. Mirás para los costados y nada de lo que ves te resulta conocido. ¿Cuándo elegí esto, por favor? ¿Qué hago acá?

¿Qué hago allá? No cierra nada. Mi mundo no es mi mundo. O lo fue pero ya no lo quiero más. ¿Dónde pongo todo esto que un día aprendí a ordenar, ahora que se me cerraron todos los cajones posibles?

Esto no lo quiero. No entra. No lo uso. No es mío. Me ocupa espacio y me quita millones de sonrisas. Hay días que no me río más. Me doy cuenta de que mis arrugas no son sino el fastidio de toda esta mugre. No sé dónde tirarlas. Esta piel no es mía. Me molesta. Tampoco la quiero.

Necesito una gran bolsa porque voy a demoler mi casa. Necesito directamente que alguien me la tire abajo y la deje bien limpiita. Después, yo empiezo tranquila otra vez. Creo que me quedo con tres o cuatro boludeces, lo demás llevátele. Arrancar de cero es mejor. Llévate todo y ni me muestres los pedazos de las cosas. Todo, llevate. Necesito que huelga a limpio. A nuevo. Hasta este pasto me rompe las pelotas. Siento que no es mío. Este pasto no lo sembré yo. O sí. Pero no lo quiero más.

Si hay algo que no estoy, es confundida. Para nada. Sé muy bien lo que quiero y es que todo esto no lo quiero. Quizás fue el perro, el gato o la vida. No sé. Me importa un culo. Mirá la hora que es y los años que tengo. Ya no tengo ganas de ponerme a sacar las cuentas de lo que me falló en este despelote que tengo afuera y adentro. Se terminó así y acá. *Game over* para mí. Si perder es retirarme, pierdo con orgullo. Me voy de acá. De allá. De ahí y de mí. Me voy de todos los lugares por los que pasé algún día.

Voy a empezar a sacar agua de otros pozos porque estos están más secos que la mierda y me cansé de buscar donde no hay. Che, vos, llevate *la* pala y *el* rastrillo. Me voy a *la* orilla. Con *las* manos, me alcanza y me sobra. No necesito más nada. Me voy a sacar agua. Llévate las piedras y

dejame todo limpio, por favor. Cuando vuelva, no quiero ver ni las sombras de lo que quedó.

Todo. Llevate todo, te dije.

Volá

Sé lo que vas a perder cuando me pierdas. Por eso, me ves así de quieta. Inmóvil. Dejando que vayas y vengas. Que te tomes un tiempo que nadie te da.

Sé libre y seguí volando en tu *ambivalencia* de irte y quedarte. Hacerlo. No se me mueve un pelo. No me mueve una gota de miedo por la sangre. No me quita el sueño ni me acelera el pulso, si hoy tampoco llamás.

Andate. O hacé lo que quieras. Lo que puedas. Lo que más te convenga. En serio.

No sabés lo tranquila que estoy. Sé tan bien lo que quiero y lo que puedo. Sé tan bien lo que te di. Lo que soy. Lo que puse. Tanta es la certeza que me late en el pecho, que no me pienso levantar de este sillón.

Manejate. Vos a mí no me dolés más.

Ya no tengo un alma inquieta. Yo te amo. No tengo dudas. No me marea ninguna ola. No necesito tiempo ni espacios, ni charlas interminables, para pensar nada que ya tengo sentido hace rato. Me conozco amando, cuando te amo. Y entonces, no tengo más nada que remar. En eso, no me cuentes. Remá solo, si querés. Resolvete como quieras. Pero conmigo, no.

Sé lo que vas a perder, cuando me pierdas. Por eso, estoy tranquila. Con esta hermosa sensación que me da saber que lo único que te di fue todo. Andate, si querés. Volá.

Los dos sabemos, muy bien, quién carajo pierde acá.

Andate

No me gusta, para nada, la hilacha que se te cayó sin darte cuenta. Andate.

Después de lo que escuché, decidí casi involuntariamente darte la salida. Fue inesperado y doloroso, como una patada en la cabeza. De ninguna manera me lo veía venir. Si no, por lo menos, habría puesto las manos para mantenerme a una buena distancia. Pero no. Cuando te vi, ya se me había rajado el bocho.

Me dolió lo que dura lo inesperado del golpe. Me dolió, y no me avergüenza decirlo, que fueras vos el que la pateó sin medir ninguna consecuencia. O sí. Creo que sí las mediste. Las mediste y te cagaste. Porque vos sos bien rebuscado y astuto. De esas astucias que no se le animan a sus propios impulsos.

Vos no sabés lo que es la ansiedad. Lo que es el impulso. Lo que es la intuición. Vos sos de los que lloran y se tapan los ojos para que no se les vea la cara arrugada y los mocos colgando. Hasta para llorar, sos astuto. Y a mí, si hay algo que no me va es la gente como vos. Premeditada. Elaborada y pensante.

Yo quiero discutir con vos mientras unto la tostada con manteca y miel y le pego un sorbo al café con leche. No me gusta el llanto en el lugar indicado. Las discusiones diagramadas. A mí, no me vengas con punto uno, punto dos y punto tres. A mí, hablame, mezclado. Que se te mezcle el afecto en la lengua y se te traben ese montón de palabras, cargadas de miserias, que me querés decir. A mí, discutime en patas y en el parque de mi casa, mientras te paso un mate.

No me vengas con palabras técnicas ni con horarios pautados para hablar de ciertas cosas. Guardalos para donde no se te pida usar el corazón. Hablame bien, carajo. Como si me quisieras. Puteada va, mate viene. No me vengas con la vulgaridad de lo que se espera de un vínculo. Los vínculos son. Son. Suceden. Un día explotan y, al minuto, se junta lo explotado.

No me marques los límites porque yo ya crecí hace rato y, si vos creés que no los cumplo, será porque no debernos tener los mismos. Es simple. Y yo de vos, quería lo simple. No este recuento pedorro del debe y el haber de nuestra relación.

Dejá. Es irremontable. Ya te vi y no me gusta. No te quiero así. No. ¿Qué mierda es eso de punto uno, punto dos y punto tres? Te dejo los *multiple choice* para tu mundo. En el mío, no caben. Ya sabés que a mí siempre me costó eso de la respuesta correcta.

No me llames más. Por lo menos, hasta que no decidas llorar sin taparte la cara.

Mis miedos

Vine solamente a revolearte estos miedos que tengo por la cabeza. No los quiero más. No son míos. Me los pusiste vos y, si no te los llevás ya, te los dejo colgando del árbol que decora la entrada de tu casa.

Estuve años pagando una cuenta que no era mía. Llevándolos a cuestras. Esperando que un día se convirtieran en un par de cadáveres. Y no. Siguen acá. Vivitos y coleando. Cagándose en mi existencia. Me ahogan. Me enjaulan. Me matan.

Tomá. Ahí los tenés. Cuidalos vos. Hacé lo que se te cante el culo. Yo no los quiero más. Es hora de que te hagas cargo del monstruo que creaste. Me tiraste acá, en el medio del pecho, y vos te mandaste a mudar. No, señor. No me jodo más. Ya me jodiste bastante. Esta ansiedad no es mía. Este latido acelerado, tampoco. Transpiro un sudor que no reconozco. No camino derecha. No puedo. A duras penas, gateo. A mí, me come una locura infinita y miserable. Y vos, en tu nube perversa de pedos.

Basta. Final para mí. Te dejo mis miedos, en *el medio de la cara*. Comételes. Tragáteles. Y vomitalos bien lejos de mí. Yo tengo una vida en pausa que me está esperando hace un par de años.

Cambiemos los tantos, carajo, que ya fue demasiado.

Sin planes

Quiero no hacer planes con vos.
Me muero de ganas de mirar por arriba de nuestros hombros y no ver el techo. Te cambio el Cielo por el techo. El todo por la nada. Quiero la eternidad de todas las posibilidades posibles.

Te quiero sin planes. Sin estrategia. Sin promesas calentitas, recién salidas de una cama descontrolada. Me pongo colorada, solo de imaginarme que todo puede ser imaginado. Que no nos limita nada. Nadie. Nunca.

Mañana te voy a tocar el timbre y te voy a comer la boca entera de un beso. Cuando puedas abrir los ojos, te voy a preguntar, de corazón a corazón, si tenés ganas de no planear nada. Si te querés comprometer a vivir una historia de amor que dure lo que dure el amor y no la historia. Si te animás a saltar al vacío sin sogas. Sin miedo. Sin mirar dónde caemos. Sin importar cuánto duela la bajada.

Mañana te voy a mirar como nunca. Te voy a decir lo que siento, pero sin decirte nada. Quiero que me sientas sin oírme. Que me escuches en la mirada.

Yo quiero no hacer planes con vos y que nos una el amor sin mediar una puta palabra.

Acepté que podíamos dejarnos, cuando entendí que éramos un amor mutado. Transformado. Devenido en otra cosa, pero amor al fin.

A veces, el cuerpo pide algo distinto de lo que pide el alma y sentirlo me ayudó a dejarte ir. A dejarme ir junto con vos.

Uno está donde se lo extraña también. Donde se lo siente y donde se lo recuerda. Y yo, por suerte, te tengo en todos esos huecos. En la historia, en la piel y en todas las imágenes que nunca nadie va a poder matar en mi cabeza y, mucho menos, en mi corazón.

Tu cuerpo se fue a otro lado. A veces, y cada tanto, verte al menos en una foto me alcanza y me sobra para alimentar mi pecho. Yo puedo seguir

sin vos porque sé que de acá, de acá (vos me entendés), es imposible que te vayas.

Somos amor. Mutado. Transformado. Devenido en otra cosa.

Pero somos amor. Y en el amor no hay separación.

Dicen, cantando por ahí, que el cuerpo pide pero que el alma es libre. Y mi cuerpo se alimenta cuando te ve volar también. Sí. También.

Y así, te pude empezar a soltar. A soltar y a sanar. Cuando comprendí que siempre te voy a tener acá. Adentro. Y nadie puede morirse ahí. Nadie. Porque dentro de mi cuerpo, decido yo.

El podio es mío

No tengo competencia. Nadie, nunca, en este mundo te va a querer como te quiero yo.

No me tiembla la voz, si te digo que no me gana nadie. El podio es mío. Hoy y siempre. Si a vos no te sirve, es un problema tuyo. No mío.

Quedate con menos. Con lo que podés bancar en tu parada.

Es un derecho que no puedo romper. Vos decidís quién querés que te quiera. No yo.

El quilombo que se te viene mañana, cuando me veas querer como yo quiero, es todo tuyo. Te lo regalo.

Tenemos los momentos cambiados y lo respeto. Vos estás para menos y yo estoy para más.

No voy a corromper mi esencia amando menos, y peor para complacerte a vos. No, corazón. Yo me planto con mi generala. La tengo tan clara, que se me pinta la sonrisa en la cara.

Entiendo que lo fácil es encantador. Comé lo que te ponen arriba de la mesa. ¡Buen provecho! Conmigo te quedás, cuando quieras lo mejor.

Dame una canción y yo me quedo

No tengo un corazón que se banque un agujero más. Por eso, me voy antes de llegar y termino antes de empezar. Yo soy la dueña y tengo que cuidarlo. No puedo permitir que vuelva a caerse. No puedo. Perdoname.

Sé que de acá, puede salir la canción más hermosa del mundo. Pero también sé que corro el riesgo de quedarme tarareando a capela, en una pieza oscura y vacía. ¿Y qué hago yo conmigo después? Decime y lo pienso otra vez.

Decime qué hago, si de nuevo me toca parirme con dolor en medio de un Cielo que se hizo Infierno. Vos explicame, y yo espero un rato más. Pero si de todo lo que me vas a decir nada me garantiza que no voy a sangrar otra vez, entonces te abro la puerta y te vas.

Este corazón cascoteado está a mi cargo. Nadie mejor que yo sabe que ya no resiste una piedra más.

Dame una canción y yo me quedo. Si no, te abro la puerta y te vas.

Salvate

Te veo sentadita en la sala de espera, como un buen paciente esperando su turno. Ya no te importa qué puerta se va a abrir. Con tal de que se abra alguna, cualquiera te viene bien.

Vas de puerta en puerta. De turno en turno. De silla en silla, esperando que alguien te salve de una vez. Ya está. Ya fue. Salvate vos. Curtite en el pozo que te caíste y, cuando llegues al fondo, empezá a salir.

Viví lo que tengas que vivir de un tirón. Si te escondés, te persiguen las cuotas por la espalda, el resto de tu vida, hasta que puedas tomarlo de una vez.

Lo que se guarda, no se olvida. No se evita. No se mata. Dejá de escaparte de algo que llevás adentro porque, el día que te dignes a frenar, se te va a reventar encima.

Salvate mientras atravesás lo que te toca. No seas paciente.

Actívate. Encontrate con los recursos que te están galopando debajo de la remera y salí a la cancha.

Escuchá. Preguntá y pedí. Pero después, salvate vos. Nunca nadie se va a comer tu dolor. Nunca, grabáelo.

Mírate al espejo cada mañana y preguntate qué querés. Quién sos y adónde vas. Escuchate en tu silencio y bancate las respuestas. Quedate adentro. Volvé a vos.

Es cierto que el amor sana. Que el amor salva. Es verdad, lo que pasa es que se olvidaron de agregarle que ese amor que te salva es el tuyo. El amor propio. Salvate.

Truco cantado

Cuando me subí a este bondi, creí que el recorrido era distinto. El movimiento de las primeras cuadras me despistó y vos, a mi lado, me nublaste la mirada.

Se suponía que esperábamos el mismo colectivo. De hecho, vos me trajiste hasta acá. Me convenciste con dos sonrisas y tres boludeces.

Te subiste con la camiseta puesta y me arengaste a los gritos. Dijiste que no te jodía bancarte el traqueteo de las primeras cuadras. La valentía te duró dos patadas. Lo que duró mi esfuerzo para que te den ganas de quedarte. Hizo falta que te dijera que sí, para que me tiraras un no por la espalda. Pedazo de truco cantado que no vi venir. Es que uno ya está crecido para seguir jugando a estas cosas. Pero se ve que a vos te gusta seguir jugando debajo de la mesa y con las cartas guardadas.

Pocas cosas me joden en ese mundo. La duda y la gente tibia son algunas de esas. No me las banco. Mucho menos, después de haber tirado la jugada.

Acá, claramente, hubo un error de conceptos. Yo quería quererte bien caliente y vos querías que te quiera a medias astas.

Seguí tu ruta. Dejá. Yo me bajo en la próxima parada.

Mi voz

Subí las ventanillas. Levanté el volumen de la radio, hasta que el aparato dijo basta. Aceleré lo suficiente como para no tener a nadie al lado que me acompañara en ese, mi vuelo, y pegué el grito más potente de mi vida.

El resto del cuerpo empezó a reventar. El rímel me iba comiendo el labial, mientras yo me ahogaba entre pinturitas de colores, mocos y lágrimas. Era la locura. La locura misma. La mezcla erosionada del final de un aguante crónico, que me pelaba las venas hacía rato, y la felicidad de saber que tenía mi voz para vomitar. Mi voz.

Descubrí que ella tenía el poder de sacarme el miedo. Que si podía decirlo, podía hacerlo. Mi voz me liberó de mi jaula. La voz, hecha llanto. Hecha grito. Mi voz escrita, por fin dicha. Mi voz. Y en ese instante, pude entender que el silencio y la angustia tienen la misma dirección. Los dos quedan en el mismo lugar. Lo que callo me condena mucho más que lo que digo. Siempre. Me come. Me chupa. Me anula.

Mi voz me salvó. Porque a partir de ese día, mi voz pudo curar muchas de mis heridas. No me callo más, y no porque alguna vez lo haya hecho. Siempre fui bastante atrevida. Pero esta vez, apuesto a no callarme nunca. Jamás.

Moriré noches enteras de amor. De desilusiones y de horizontes tachados a cruces. Pero nunca moriré callada. Porque mientras tenga mi voz, mi grito, mi llanto y mi palabra, sé que todo, todo puede cambiar.

Las palabras mueven mi mundo. Lo mueven de acá para allá. Lo cambian. Lo iluminan. Todo puede cambiar, si lo digo. Como sea. Como pueda.

Adentro, lo que pienso. Afuera, lo que siento. Nada, nada puede estar mal.

La mano en el corazón

Desde que tengo memoria, siempre pensé que había venido al mundo fallada. Sigo teniendo la sensación, o la certeza, de que me sobran emociones. Que traje una malformación genética atípica, la cual me condena a sentir extremadamente cualquier circunstancia de la vida. Mía y de los demás.

Mucho tiempo pensé que sentir era mi cruz. Sentir. Sentir por demás y totalmente fuera de contexto. Sentir así me ataba a todos los corazones del mundo que no podía ni siquiera ordenar bajo ningún criterio. Todos daban igual. Al fin y al cabo eran todos corazones.

La gente me repetía, casi como un mantra y dándome su pésame, que el problema era mi bondad. «Lo que pasa es que vos sos muy buena, Lorena». Como si ese fuera el peaje que tenía que pagar frente al desamor o las malas intenciones de los demás. Mi «ser buena» era una forma casi elegante, pero ya trillada, de decirme que era muy boluda.

Fui creyendo entonces que mi virtud era mi defecto. Me lo cuestioné durante años. Pedía silenciosamente, y entre mocos, que no me doliera tanto. Que no me emocionara tanto. No sentir tanto, eso pedía.

En un mundo donde te repiten que ser buena no garpa, terminás creyendo que el equivocado sos vos. En definitiva, y ya como una obviedad, supe entender que era una verdad asumida.

La gente se aprovecha de la sensibilidad del otro. Utiliza la vulnerabilidad para descargar sus miserias sin piedad.

Es así. Todos saben de lo que hablo. Pero quiero decir algo importante. Muy pero muy importante:

Siempre lo supe. Siempre los vi. Siempre me di cuenta. No soy ni fui ninguna boluda. Los miraba. Los miro. Y un poco mordéndome los labios, elijo seguir siendo yo a pesar de eso.

No voy a transformarme en quien no soy para estar a la altura de las circunstancias de los demás. Llamame boluda. Inocente. Lo que sientas.

Pero todas las noches me voy a dormir con la mano en el corazón. Y me alcanza y me sobra.

Conozco las caras de los que me lastimaron alguna vez. Claro que lo sé. Pero la mano en el corazón me sana y me salva de ese dolor. Yo sé quién soy. No pienso transformarme en algo que no soy. No voy a atentar contra mi esencia. Si alguien me cagó, el problema no lo tengo yo. Lo tiene ese alguien. Y él sabrá dónde poner su mano cuando se vaya a dormir.

Yo no voy a convertirme en una estrategia en materia del amor. No voy a utilizar mi astucia en las cosas del alma. Y no por boluda. No voy a hacer un croquis de las relaciones humanas, simplemente por una razón. Porque no quiero. No quiero.

Mi mano en el corazón acompaña mi respiración. Hice lo que pude. A veces, di de más y a veces, fui la peor del grado. Pero nunca me traicioné en un solo latido.

Acá estoy. Haciéndome cargo de las consecuencias y mirándome a los ojos en cada espejo, sabiendo que siempre fui yo. Hoy entiendo que mi sensibilidad es mi llave, mi motor y mi bandera. Y sobre todo, mi gran bendición. La celebro y aplaudo.

Pude darme cuenta de que quien me rompió un poco más, no lo hizo porque yo soy buena o boluda. Lo hizo porque quiso.

No corrompan su esencia por nadie ni por nada. Sean lo que son. Si al final del día podés mirarte en el espejo sin bajar la mirada, a vos te garpa. Y suficiente. Y todo. Y ya está.

Con el tiempo, uno se vuelve más grande. Más tranquilo. Más sabio. Y comprende que los demás son simplemente los demás.

Me amé en vos

Me amé en vos. Me vi con esa carcajada de nena descontrolada, arriba de la mesa. Con ese corazón un poco roto, que parecía estar sanando. Conocí mi templanza, mi espera y mi armonía. Mi fidelidad inquebrantable y mi deseo deseando desde las entrañas. Encontré mi simpleza y mi amor desinteresado. Mi mirada cómplice y mis consejos más sinceros. Confirmé mi carencia de abrazos y me descubrí gozando de tus ojos, clavados en mis pupilas.

Viajé con mi cabeza a todos los lugares del mundo de tu mano. Me vi en la playa, en la montaña, en el frío y en el calor. Aunque con un café entre las sábanas y un poco de música de fondo, tenía todos los viajes ya viajados.

Me escuché la voz que nunca me había oído. Te hablaba con una dulzura que se me impuso sin calcularla. La ansiedad de verte me devolvió las ganas de pedirte que no te vayas. Que te quedes. Que me salves.

Me miré por dentro y descubrí que estaba amando mejor. Mejor que cuando evidentemente no amaba. Te extrañé y entonces me propuse animarme a dar ese salto al vacío, a la nada y al todo. Con vos, quería mandarme a mudar de todo lo ya establecido.

No me comió una sola duda, no tuve una sola pregunta. Solo mis propias respuestas. Acá me quiero quedar. Al lado de vos. Al lado de mí. Dormí en vos.

Un día, con el caramelo en la mano y con la ironía de recibir un regalo vacío, me dijiste que no podías seguir caminando en mi dirección. Me acuerdo que empezaste con eso de: «No sos vos, soy yo».

Con la vida y las circunstancias. Yo te escuché y nada más. Sabía lo que iba a perder cuando te fueras y sabía que estas cosas no se piden ni se negocian. Tan solo quise escucharte y dejarte ir.

Mi certeza de que los amores no se reman me evitó los llantos y cualquier tipo de lamento. Para eso, tenía el baño. Un portazo más no me iba a mover la estantería. Pero me la movió igual. Porque yo me amaba en

vos. Amaba mis propias caricias, mi libertad espontánea, mis historias nunca contadas y mi sonrisa embobada.

Ahora vos no estás y yo me quedé con todo eso mío, sin saber qué hacer. Conozco la perorata de la espera de algo que ya va a llegar. Del entonces querete vos y toda la mar en coche. Pero la cuestión es que yo te extraño a vos, tanto como me extraño a mí. Siempre sobreviví a todas las historias de amores no correspondidos dignamente. Nunca fui de quedarme atrás de una puerta en la que no había sido invitada. Después de vaciarme de todo lo que tenía que decir, me retiraba como tenía que ser. Perder nunca me tocó el orgullo ni la dignidad. Pero acá la cosa es distinta. Me cuesta, carajo. Acá sí me cuesta perder. Porque soltarte me obliga a deshacerme de toda esa otra parte que es con la que me quiero quedar y no puedo. Yo me amé en vos. Y vos no estás. ¿Qué va a ser de mi enamoramiento conmigo cuando te suelte? Me dejaste la vara más importante de mi vida. Ahora sé quién soy amando bien. Amando mejor. Pero te tengo que soltar y dejarme ir, con vos, en mi mejor versión. Me cuesta. No es fácil. Calculo que puedo con tu ausencia como pude con las demás. Lo que no me queda muy en claro es qué va a pasar conmigo cuando me vaya con vos.

Otra muerte más se avecina. Otro trozo más, lleno de hilachas por cortar. Supongo que es el momento de mi propia despedida y a veces cansa esto de sobrevivir. Cansa.

Después, con la mirada más clara y limpia, sé que voy a entenderlo. Sé que voy a curarme una vez más. Lo sé. Pero, mientras tanto, me voy cansando de sobrevivir.

Derechita

Me pongo de pie para decirte que no te espero más. Bien de pie y con la espalda derecha, me despido de vos. Frente a mí.

La verdad es que estaba loca como una cabra. Hay que tener el tupé de detener el tiempo. Sobre todo, el mío. Ya pasó. No pienso arrepentirme. No tengo derecho a colgarme una cruz más, en este cuello bastante estirado. Lo que me hice hecho está. De acá para adelante.

Me voy y me aplaudo a mí misma. Este no es un mérito que no voy a dejar pasar así como si nada. Me aplaudo. Respiro hondo y te exhalo, en la cara, un aire transformado en humo.

Te dejo las cenizas flotando de lo que quedó. Tragátelas. Si las hubiera querido tirar, ya lo habría hecho antes de venir. Me queda más fácil que te las comas.

Me voy. No me tenés más a tus pies. Quizás ahora te des cuenta de que eso que te duele, ahí en el medio del pecho, se llama corazón. Sí. A veces duele.

Me voy derecha, como te dije. Con ese merecido aplauso de saber que llegó el día.

Pude, carajo. Pude.

Te digo que no

Si me vas a elegir, te digo que no.

Me quedo con no ser el ladrillo que te falta, por si se te cae tu pared. No quiero encajar en el imaginario de lo que te conviene. No quiero cerrarte. No me interesa que me des una tilde en cada rincón que me veas en positivo, porque mañana la voy a pifiar y esa tilde va a estar mal puesta.

No te quiero arrepentido. No me quiero al lado de vos porque fui seleccionada como una camisa del ropero. No. Mañana te queda chica, o grande, y tenés que regalarme o me tenés que llevar puesta, a pesar de que te quede como el culo. Solo para hacerle honor a tu elección.

Te digo que no. No te quiero con dudas, tampoco con certezas. Quiero que te quedes conmigo a pesar de tu cabeza. Que sean las nubes en tu mirada lo que no te dejó pensar. Que sea lo inevitable de ese amor lo que no te dejó irte de mi lado.

No me quiero elegida. Me quiero al lado de vos porque, cuando te explotó la piel al lado de mí, lo que tenías en los planes se te fue a la mierda.

Elegite la camisa tranquilo. Conmigo quedate cuando te lata el corazón del cagazo que te doy. Te quiero en medio del despelote. No quiero ser parte del plan. Prefiero incomodarte el destino. No me remes. No creo en el amor forzado. No hagas fuerza ni te gastes.

Yo me quedo con el amor de verdad. Con ese que no te dio tiempo de pensarlo. Con el que te cascoteó tus verdades autoimpuestas. Ese amor no domesticado, que no se parece a nada ni a nadie. El que no necesita ser explicado. No lo quiero frío. Calculado. Matado de especulaciones. No hagas la prueba porque yo te garantizo el error. Prefiero no ir entendiendo nada. Mareada. No atada a ninguna lógica barata. Me quiero libre. Me quiero yo.

Así que ya sabés. Si me estás pensando, olvidate de que yo te lo resuelvo.

Si me vas a elegir, te digo que no.

Con vos, todo no

A veces hay que tener mucho huevo para cuestionar lo obvio. Lo que está ahí, enfrente de tu cara. Uno se acostumbra, lo toma como parte inevitable del paisaje y la verdad es que no. No todo lo obvio tiene que quedarse donde está. Lo que solamente te sirve como estanque puede ser movido.

Vos a mí me estancás, justamente porque te compré por obvio. Hay lazos que, cuando están muy apretados, no unen. Te cortan. Y vos me cortás. Me ardés.

Sos un puente. Pero para el otro lado. El que me aleja de donde quiero ir. Hay puentes que se caen cuando se quiebran. Y vos te vas a caer porque le voy a sacar el yeso a esta quebradura. Me quedo con vos de una sola mano. La que me lleva solamente donde no puedo ni quiero zafar. De la otra, me libero y te libero.

Uno siempre puede ordenar un combo y pedir que le saquen la mayonesa. Bueno. Con vos, me pasa lo mismo. Lo que no me gusta no tengo por qué quedármelo.

No sos más un puente. Sabela. Recién lo supe yo. No quiero todo. Esto te lo devuelvo.

Con vos, todo no. Todo no.

No va a volver

La felicidad deja cicatrices imposibles de sanar. Uno recuerda dónde fue feliz y quiere volver. Como no puede, recuerda. Se pega a ese recuerdo. Lo trae. Se lastima. No va a volver, pero está ahí. Al alcance de una mano que ya no puede traerlo.

Hay primaveras que duelen un invierno y uno se pregunta para qué carajo las vivió. Sin esa luz, hoy no tendría semejante oscuridad. Uno se estrella la cabeza a preguntas sin respuestas. Que para qué, si ahora no sabe cómo.

La felicidad deja una fisura tremenda que uno intenta volver a recobrar como sea. Y repite. Porque busca. Porque no se resigna. Porque sabe que existe. Sabe dónde queda. Y vuelve. Golpea la puerta pero ya no hay nadie. Entonces para qué. Ahí es donde suenan esas preguntas sin sentido, que penetran en un pecho cansado de galopar hacia atrás. De volver a donde ya no queda más que un pasado pisado pero nunca muerto. Porque aunque nos vendan humo, agitando una bandera de porquería que nos dice que nada es para siempre, es mentira.

Es mentira. Todo en esta vida es para siempre. Todo.

Todo lo que uno camina, vive, siente, promete y decide. Todo es para siempre. Porque aunque el tiempo pase y uno pase con el tiempo, no existe una poción mágica que borre las huellas del paso caminado.

Nada se muere nunca en el alma. Si no existe en el mundo de afuera, sigue existiendo en el mundo de adentro. La vida entera se compone de instantes que duran para siempre.

No va a volver y uno, muerto de hambre en medio de su soledad, se aferra a lo único que le va a quedar por toda la eternidad: el recuerdo.

Haber sido feliz, a veces, duele. Que me vengan a decir cómo carajo se olvida.

Nunca nada se olvida. En todo caso, se supera.

Tengo

Tengo un alma cargada de mil motivos para disparar.

Tengo un montón de sueños divinos que todavía no se cumplieron y que ya se están por despertar.

Tengo historias que me laten profundo y que piden a gritos que empiece a vivirlas antes de que se apaguen.

Tengo fantasías que fui alimentando hasta transformarlas en deseos y ahora me empujan a hacerlos cumplir.

Tengo un alma que tiene ganas de seguir volando, a pesar de los pesares. A pesar de los dolores. A pesar de los errores.

Tengo anotado con resaltador, en mi cuaderno, millones de viajes aún no viajados. Libros no leídos. Escritos sin escribir. Llamadas por hacer. Vuelos por volar. Estrellas por mirar.

Tengo el honor de saber que puedo amar, calando en los huesos de quien amo.

Tengo el divino derecho de no conformarme con menos de lo que soy.

Tengo la cabeza partida en dos, después de una caída al vacío, y lo agradezco. Ahora puedo mirar más allá. Oler más allá. Sentir más allá. Amar más allá.

Aún me esperan los mejores días. Las mejores tardes. Las mejores noches. Lo sé porque hace muy poco aprendí cómo quiero estar.

No sé si hay mucho más tiempo, así que mi alma está minada.

Lista para disparar.

El amor no

Uno anda poniendo el cuerpo y el alma en puertas que nunca van a abrirse. Jugando a la ruleta rusa con los propios sentimientos. Entregando un tiempo que nunca más va a regresar. Desafiando corazones que no están dispuestos a estar disponibles. Exponiendo y entregando un corazón a quien no tiene manos para recibirlo.

Hay puertas que no se van a abrir. Batallas perdidas antes de jugadas. Pero uno espera igual. Prefiere saber que hizo todo lo posible, antes de ser detonado por la certeza de lo imposible.

Cuando el otro no está. Cuando el otro no quiere. Cuando el otro no puede. Cuando esa puerta ni siquiera tiene llave, eso se vuelve imposible. Aceptar es liberarse. Es saber que uno puede ser recibido solo en una fiesta a la que fue invitado. Aceptar no es rendirse. Rendirse es bajarse en medio de la pelea. Pero cuando no hay pelea, cuando no hay con quién, aparece la peor batalla del mundo de los dolores: la batalla con uno mismo.

En esa guerra, uno se mata a palos. Se destruye. Se permite violar las reglas que no negocia con nadie. Se regala para matarse. Y no para, sigue al pie de un cañón que ni siquiera lo miró.

Hay guerras que se juegan de a uno y se sabe de antemano quién va a perder. Sin embargo, uno sigue y, cuando todo termina, vuelve a casa con la mitad de lo que se fue. No se trajo nada. Dejó todo. Se dejó a uno mismo. Se perdió en el camino. Lo dio todo, a cambio de nada.

Se mira al espejo y ve heridas que antes no tenía. Raspones y no recuerda de qué parte vino el golpe. Sangre que chorrea sin poder discernir de qué agujero está cayendo.

Uno se mata por cosas imposibles, comprando viejos relatos que garpan solo a quien los vende. Uno se empuja a sí mismo a un abismo donde no hay nadie que lo ataje.

No todo es posible. Cuando no hay amor, nada lo es. El amor es la única cosa en este mundo que no se rema. No se insiste. No se apura.

El amor sucede. Y si no sucede, uno padecerá ese desencuentro. Una cosa es que el otro no me quiera y otra muy distinta es quedarme hasta dejar de quererme yo.

Todo puede ser negociable. El amor, no. No.

Nidos

Todos tenemos un nido vacío incrustado en el medio del estómago. Todos tuvimos pájaros que abrieron sus alas para no regresar. Todos fuimos aves en nidos ajenos. Dejando huecos que duelen.

Que pesan. Que huelen a abandono.

Muchos nos hemos ido de nuestros propios nidos. Hemos extirpado nuestro propio estómago para ir a buscar afuera lo que tenemos adentro. Suplicando de rodillas el regreso ajeno para llenar ese espacio infinito, sin darnos cuenta de que, si uno mismo ocupa ese lugar, la espera se termina.

Volver a uno. Ese es el camino. Volver a uno para llenar nuestro propio nido.

Volver. Primero adentro, para poder estar afuera. Volver a mí para empezar a curarme.

Yo me curo sola. Y después sí. Después sí.

Loca

Más de una vez me dormí estando loca. No sabiendo lo que quería. No queriendo lo que sabía.

Se me complicó, más de diez veces, distinguir la realidad de la ilusión tratando de atar cabos en un mar de cosas sueltas. Yo también pensé que ese dolor en el pecho era amor y me dediqué a esperar lo que lógicamente nunca sucedió.

Loca. No entendiendo quién carajo me había llevado hasta ahí. Buscando alguna sogá que me levantara de ese pozo en el que, suponía, debía haberme caído yo sola.

Loca. De esas que se la pasan decorando jaulas, pensando que si se ve más linda, entonces es más libre y puede volar más alto. Boluda.

Loca pero jamás arrepentida. Queriendo a alguien, atrás de una puerta, que hacía rato ya estaba cerrada y clausurada. Mendigando un poco de cariño en un plato ya gastado por una lengua que rasqueteó hasta el fondo y nunca encontró nada.

Loca de mierda. Somatizando cuando callo. Reventando cuando hablo. Peleándome con la vida y vomitándole al primer boludo que se me ponga enfrente el despelote del día, para así poder respirar más relajada.

Loca de esas. Las que nunca duermen. Las que planean cómo resolver, en una noche, los quilombos que se armaron en toda una vida.

Loca de esas. Que comen más de la cuenta. Que compran más de la cuenta. Que sienten más de la cuenta. Que esperan y sufren más de la cuenta.

Loca de esas. Qué se mandan sin ver la línea entre acá y allá.

Que meten la gamba en el barro y se limpian con el pasto.

Exageradamente loca. Sí.

Amé como una loca, como bien se ama. Lloré como una loca, como bien se llora.

Loca de remate. Peleando batallas perdidas. Apostando a historias vencidas. Extrañando, como una perra enloquecida, ausencias que nunca

estuvieron presentes. Preguntándome, a cada rato, lo que todos sabemos que no tiene respuesta.

Sí. Un pedazo de loca de libro. Desquiciada. Tristemente loca. Felizmente loca.

Tremenda loca y atrevida, que descubrió la libertad en el mismo momento que la perdió.

Ambivalente. Confusa. Indefinida. Escuchando mi propia canción. Bailando como se me canta. Tarareando una letra inventada.

Así voy, como una loca. Pero de esas locas lindas que aprendieron a andar bien locas. Pero sobretodo, bien sueltas.

Loca.

P. D.: No pienso curarme.

Ahora no

Ahora no. Disculpame pero no puedo. Me estoy ocupando de mí. Necesito hacerlo.

Necesito mi silencio y mi dolor en la mano.

Dejame. No me presiones. No me digas que todo va a estar bien ni que me lave la cara.

No me digas que me arregle un poquito y me coma el mundo.

No me importa si soy fuerte. Si alguien más me necesita. Si tengo una vida por delante y un mundo que me quiere y espera.

Dejame.

Necesito sanarme.

Necesito meterme en la cama, taparme hasta el cuello y dejar que reviente lo que tenga que reventar. Tengo pus en el pecho. Está infectado y me duele.

Necesito que reviente de una vez.

Necesito que me sangre la herida para poder cicatrizar.

No quiero un té. ¿Qué carajo tiene que ver el té con todo esto que te digo? No llames a nadie. No me organices la agenda. No me tapes la boca. No me metas un chocolate de prepo porque no me entra más nada en el cuerpo.

Dejame.

Necesito vomitar el dolor y ver los pedazos en el piso. Ya sabés que a nadie le gusta que lo vean vomitar. Bueno, a mí tampoco.

Necesito que se me pase y esta pelea es conmigo.

Necesito romperme entera, de una buena vez, y después de que me junte solita, yo te llamo.

Dejame. Ahora no. Ahora no.

¿Qué querés?

Andate. Dejá de amenazarte con tu propio deseo y andate. Estás cansada de todo y te volvéis más honesta que nunca. La gente agotada dice la verdad y vos te agotaste tanto, que se te cayó la verdad encima.

Andate. Aprovechá el envión y andate.

Tenés tantas formas de cumplir *tu* promesa. Aflojá. Pará un poquito. Decí que no cuando no querés. Que le guste al que le guste y que se vaya el que no se quiera quedar.

Suspirá y dejá ir lo que te sobra. A veces, con respirar no alcanza. Vamos. ¿Qué querés? Animate a preguntarte qué querés mirándote al espejo y sin bajar la mirada. ¿Qué querés? Preguntátelo vos. Ahora. Que sea tu voz el único ruido en tu cabeza. Dale.

¿Qué querés? ¿Qué mierda querés? No pares. Aunque te dé miedo, no pares.

Llegá a tu fondo, carajo. Aprovecha el hastío, que algo te está soplando al oído. Dale, carajo, dale. Cortá con este circo barato donde se ríen todos, menos vos. Ya está. Cerrá el telón y sé real. Sé vos.

Sacate la careta que esta guerra es con vos. Mirá lo que tengas que ver. Sacátela. Arranca te esa mentira con los dientes y anímate.

Dale. ¿Qué querés? ¿Qué carajo querés? Pujá esa verdad de una vez. ¿Qué querés?

Mírate a los ojos y bancate la mirada. Son tus ojos. Es tu voz.

Gritá. No pares. Seguí. ¿Qué querés? Grítalo. Y cuando salga, cuando te salga la verdad por los ojos, mírala. Ahí la tenés en tus brazos. Ahí tenés tu lugar en el mundo. Abrazala.

Abrazate fuerte y andate de una puta vez.

Empezar

A mi casa, no vuelvo nunca más.
Se terminó de caer lo que quedaba colgando de un hilo y apareció el agujero más profundo que conocí en mi vida.

No tengo miedo de caerme. Para nada. El pozo lo tengo adentro y adentro uno no se cae. Adentro uno se ahoga. Y yo me ahogo.

Me quedé sin casa. No queda nadie. Está todo abandonado. Se fueron todos, menos yo.

Me tengo que ir. Así, con lo puesto. Tengo que salir a buscar dónde voy a vivir ahora. Yo quiero una casa nueva.

Pero antes, voy a quemar lo que queda. Que se queme. Que reviente en las llamas. Que no haya resurrección. No quiero guardar ni las cenizas. Odio las cenizas.

Que arda. No va a doler. Matar los dolores no duele. Lo que duele es vivir con ellos.

Intenté apagar este incendio con agua y no me alcanzó. Tuve el mar en la mano y no me alcanzó. No alcanzó.

Este es un Incendio que se apaga con otro incendio.

Voy a quemar lo que queda y voy a empezar con nada. Solo conmigo. Conmigo, carajo. Conmigo.

Voy a construir desde el barro. Voy a perder la memoria.

Voy a poner el cemento otra vez. Ya está.

No quiero pararme. Quiero arrancar gateando. Como si no me acordase cómo se camina. Es que casi no me acuerdo.

Empezar, no reconstruir. Empezar.

Ya no nos une nada

No vas a poder curarme. Me sangra una herida que vos dejaste de sentir, entonces ya no nos une nada.

No me alcanza con que lo entiendas. Las heridas no se entienden. Se tocan con las manos y se abrazan.

Hace rato me di cuenta de que dejaste de tocarme y me estás poniendo el hombro. Yo necesito el cuerpo. Tu hombro me molesta. Me estorba.

Necesito que me cures y un hombro no me alcanza. No me toca.

Tu mano ya no me toca.

Te palpo, como un ciego busca el palo. Te tengo, pero no te siento más.

Tu amor ya no me alivia y yo quiero calma. Esa que me dabas antes, cuando no me entendías. Entender entiende cualquiera. Vos me curabas el dolor con tu olor. Con tu mirada. Con tus caricias.

A vos, te sangraba mi herida y ya no. Ya no.

Un hombro lo encuentro en cualquier calle. En cualquier barrio. En cualquier lado.

Si no podés curarme, ya no nos une nada.

En el medio

No me jode que te hayas ido otra vez. Irte es parte de haber llegado. Es en esa intersección donde solés quedarte. Es en ese nudo donde te gusta estar.

Ahí, donde se cruzan nuevos comienzos, seguidos de nuevos finales. Bien en el medio. Para joder bien jodidamente.

Ese hueco es tu lugar en el mundo. Es la cucha donde te acostás a dormir. Cerrando un ojo, mientras te asegurás que el otro te quede abierto, por si alguien me toca la puerta. Ahí te hacés presente, ladrando como un perro embravecido.

Tu medio me rompe las pelotas de una manera extraordinaria pero lo tenés tan bien diagramado, que no puedo ni abrirte ni cerrarte la puerta. Porque en ese medio no hay nada. No hay puertas. No hay ventanas. Es una burbuja donde te acomodaste tan perversamente que pisarla es la única opción para que explotes y te vayas del todo. Pero sabés que no te voy a pisar. Por eso, te escondés ahí. Te quedás, no para quererme. Te quedás para evitar que un día me quiera el del costado. No te quedás por mí. Te quedás por vos.

En esa cucha tenés la comida servida y un par de mantas calentitas. No cualquiera resigna ese calor. Por eso, te quedás. Por eso, volvés cada vez que te vas. Para que te sobe el lomo hasta que se te pase el frío.

Te quedás porque sabés que te voy a cuidar, a pesar de todo. Porque si en algo estamos de acuerdo, es en saber que nadie lo va a hacer como yo.

Por eso, no te terminás de ir. Por eso, no me voy yo. En el fondo, estamos los dos igual.

Nos quedamos, queriendo irnos. Nos vamos, queriendo quedarnos.

Te prefiero roto

Te refiero desprolijo. Todo roto y con el cuerpo despeinado. Con el pecho abierto por los dolores que la vida te puso.

Te prefiero con el corazón desordenado, las palabras mezcladas y esas heridas que sangran todavía.

Te prefiero en el pasto. En la tierra y en el barro. En la noche oscura de tu alma, donde la soledad te arrincona sin piedad.

Te prefiero apagado. Silenciado y en el caos. Mostrame tus fantasmas y tus monstruos.

Mostrame lo que escondiste debajo de tu cama, por el miedo que te daba.

Mostrame tus batallas perdidas.

Carrete y dejame ver. Verte de verdad. Quiero la tristeza de tu sombra. Dejate ver, por favor.

No quiero trucos cantados. No me gusta lo evidente. Después de verte como yo quiero, con el alma detonada en los ojos, después sí mostrame tu luz. Esa luz que quedó de tu guerra. Pero a mí, primero, decime quién sos.

Yo quiero el fondo. No te apures. Para lo otro, habrá tiempo, mi amor.

Te miré

Te miré por todas las veces que no te había mirado. Aproveché que estabas entretenido, contándome esa historia de no sé qué cosa y te miré.

Mientras hablabas, te miré. Por las veces pasadas y por todas las que no voy a poder hacerlo, también. Sé que movías las manos, te parabas y te sentabas. Te reías. Yo te miré.

Tenía mi cuento paralelo al que vos estabas contando, y el mío era mejor. En el mío, dormías conmigo. No dije que te acostabas. Dije que dormías conmigo. Sabés perfectamente la diferencia de las cosas.

Sé que me entendés. Lo sé. Nadie me conoce más que vos. Y cuando alguien te conoce, tiene como un plus que no compite con nada ni nadie. El que te conoce se dedicó a hacerlo. Se ocupó. Te escuchó. Te sintió. Y vos, todo eso conmigo. Todo eso, mi amor.

Me permito decirte la contrariedad de que te amo en silencio porque sé que sos cómplice de esta estupidez que no podemos llevar adelante. Vivimos de lo que podría ser y no nos animamos. Encerrados en un paréntesis, que nos aísla y nos separa del mundo real. Que nos sumerge en este maldito pero perfecto cuento que no va a suceder.

Te amo tanto como lo que me dolés en el pecho, cuando sé que te tengo y no.

Es que no puedo ni nombrarte.

Es que te tengo tan callado, como vivo.

Es que te siento tan mío, como la certeza de que no lo sos.

Necesito que te calles y me abracés. Que veas que te estoy mirando.

Callate y vení. Mirame. Dormí conmigo un rato. Callate la boca, por favor, y rompé la jaula. Si vos te animás, yo también.

Me duele el pecho. Es como un latido raro. Extraño pero conocido. Solo me late así con vos. Mi corazón te huele y late distinto. Si pudiera nombrarte, dejaría de dolerme.

Quiero que te calles. Solo quiero mirarte, mientras te junto en cada gesto silencioso para acordarme después.

Después, cuando me digas que te tenés que ir a ninguna parte. Después, cuando te vas y yo me quedo confirmando lo mismo que vos confirmás conmigo.

Sí, soy yo. Sí, sos vos. Pero no. Pero no.

Todavía no abrí la puerta

Tantos viajes encima y en ninguno te quedaste para cerrarme la puerta. Sueño con el día que vengas a despedirme con esa necesidad de verme hasta que me pierdas de vista.

Me voy de nuevo y vos no estás. Las despedidas son con el cuerpo presente y el alma en la mano. Todo lo demás no te apaga la sed. A veces, pienso que me voy tantas veces solo para ver si un día puedo verte detrás de la puerta. Pero no. Me despido de vos yo sola. Me imagino que estás pensando en mí y en todo lo que me vas a extrañar, pero sé que es mentira. Si fuera cierto, estarías hoy acá, pero no estás. Nunca estás. Conozco la perorata de las palabras escritas. Ya sé todo lo que me vas a decir en un rato, porque ya me lo dijiste cada una de las veces que me fui y que tampoco estuviste. Ya aprendí de memoria ese versito.

Yo te necesito ahora y acá. Todavía no llegaste y yo sé que no vas a llegar.

Será que me voy a cada rato para llamarte la atención. Para que de tanto rajarme, se te _cruce por la cabeza que un día me voy a ir para no volver. No se te cruza. Y si se te cruza, no te alcanza para pedirme que me quede.

No te alcanza. No te alcanzo. Yo sé que lo que te falta de mí es un poco nada más. No sé qué pero te falta. Siempre conmigo te faltó dos pero para el peso. No alcanzó otra vez y te juro que me esfuerzo.

Me voy otra vez. Ya cerré las valijas y vos no llegaste.

Se me hace tarde. Voy terminando, como siempre, todo a último momento. Tengo todo listo. Cierro la última valija y, mientras apago la luz, miro el reloj.

Todavía hay tiempo de que aparezcas. Todavía no abrí la puerta.

Me late que es por acá

Un día rompí todas las reglas. Pensé que era solo ese día. Que después me acomodaría tranquila. Pero no.

Rompí una, para seguir rompiendo las que venían.

Rompiéndome a mí misma en el camino.

En cada pedazo, dejé otros pedazos. Me asusté porque pensé que no se terminaría más. Me di cuenta de que caminaba como los ciegos, pero sin un bastón y sin el perro.

Si algo no veía, era un horizonte. No lo veía porque no estaba. Todo se había ido. Lo mandé yo misma al carajo y no me quedó otra que seguir bailando con una música que yo misma había compuesto.

Como las piezas del dominó, yo moví la primera. El resto me ganó de mano.

Uno no controla nada, cuando decide dejar el control y eso fue lo que pasó. Perdí el control. Todo el control. No lo recuperé más porque no tengo ni quiero más reglas que cumplir. Y a las que vengan las seguiré rompiendo.

No quiero reglas. No quiero un orden. No quiero deber querer. Me llevé puesta mi vida y ahora la tengo encima. Decido, a cada segundo, cómo quiero vivir. Ya nadie me sopla al oído.

Quiero vivir como se me cante vivir. Quiero vivir como se me cante el culo.

Voy a vivir como me mande el corazón. Ese es mi único horizonte. Ese es mi faro. Esa es mi bandera. Mía. De nadie más. Le guste a quién le guste.

Algo me dice que voy bien. Me late que es por acá.

Los amigos del Campeón

Ahí tenés. Los amigos del Campeón. Del momento. De sus circunstancias. De la posibilidad que huelen de que puedas cubrir las necesidades que tienen.

Los amigos del Campeón te gastan, te consumen y se van. No respetan horarios, lugares ni momentos. Ellos te necesitan como el pasto al agua y punto. Su punto marca los movimientos.

Te conmueve la carencia del otro y ponés tu vida en pausa para darle lo que le falta. Si te busca a vos, es porque te debe querer. Mentira. Todo es mentira.

Los amigos del Campeón se van antes de irse. No dan aviso ni señales. Se van por la misma puerta por la que entraron. La puerta inesperada.

No dejan más huellas que las del abandono. Esas que te cuestionan qué pasó, para que un día se hagan humo, sin dejar señales de existencia.

Los amigos del Campeón son tan efímeros como el hueco que necesitaban llenar. No los une el amor. A ellos, los empuja la necesidad de rascarse lo que les pica. Nada más y nada menos. Misión cumplida y final. Dejando al Campeón, proveedor de la mano, el codo y el pecho con nada puesto y todo dado.

Vienen, te chupan y se van. Uno, como buen Campeón, los mira, se calla la boca y los deja. Sabe pero los deja. No les cuestiona nada. No les pasa factura. Ni siquiera les suelta un reproche en la cara. Deja volar a ese vampiro por otros cielos ajenos, con la certeza de que algún día va a volver.

Y vuelven.

Pero el Campeón aprende. Y como aprende, respira profundo, sonrío de costado y se dice a sí mismo que no.

Andá a rascarte a otro lado. Dos veces, no. Por algo, soy el Campeón.

Mataré a las mariposas, si hace falta

Ayer no dormí.

La gente me dice que tengo que seguir sin vos porque no me servís para nada. Yo los escucho. A veces asiento con la cabeza para no gastarme con las palabras que ya repetí. El resto del tiempo, cuando estoy con ganas, discuto y defendiendo el derecho a mi dolor.

Si te pudiera olvidar, te olvidaría.

Si pudiera elegir lo que me hace bien, elegiría.

Si pudiera hacerme valer o crearme que valgo, lo haría.

El insomnio me arrastró hasta la cocina. Apoyé todos los estados de ánimo que tenía arriba de la mesada. Agarré una manzana. Le metí un mordiscón. Caminé por el *living*, agarrándome la cabeza, un par de metros. Fui y vine diez veces. Me senté en el sillón. Abrí y cerré dos o tres libros. Prendí una vela y me arrodillé para escucharme mejor.

Se me reventó la cabeza y la garganta. Ya está. Ya me tenía en las manos. Lloré, lloviendo. Los pensamientos me iban tirando opciones, salidas y encrucijadas. Una batería de recuerdos me explotaba en el cuerpo. ¿Cómo te olvido? Tengo que seguir y vos me frenás. No vos. Vos estás durmiendo y no tenés idea de este calvario. Mantengo conversaciones con vos, bajo tu ausencia, y te digo todo lo que me pasa. Me escucho. Me conecto con el latido de mi pecho agobiado. Harta. Te hablé como media hora. Te expliqué mi vida entera. Mis dolores más profundos. Mis heridas no sanadas. Te pedí que te quedés.

Quedate. Yo no puedo dejarte. Si te dejas, me dejas otra vez. Si te dejas, me dejas otra vez. La puta, es que venía por ahí. No quería dejarme y, por eso, no te dejaba. No quería olvidarme de mí y, por eso, no te olvidaba. Estuve muchos años queriendo como el carajo. Donde yo no era yo. Donde había olvidado y maltratado mi propia esencia. Por eso, tengo miedo. Si te dejas, me aterra no volverme a ver. Así. Alegre. Con ganas y fuerzas. Con metas y proyectos. Con un abanico de vida en la palma de la

mano. De repente mi mundo, con el tuyo al lado, era más fácil y hermoso. Era más parecido a mi mundo.

Si cierro esta historia, ¿qué va a pasar con la mía? ¿Volver atrás? ¿Si te dejo, me dejo? Qué locura. Yo no me caigo más, carajo. Yo no me dejo una mierda. Me costó una revolución volver a pararme y poner, ladrillo por ladrillo, esta nueva pared. Sin vos, hice lo que hice. Logré lo que logré. Me perdí y me encontré. Sin vos, me volví a poner la sonrisa en la cara y pude sobrevivir a los balazos de la soledad, golpeándome la puerta cada noche. Yo sin vos, pude. Si no te suelto, es porque no quiero. Porque tengo miedo sin razones que lo sostengan. Porque si no me permitía ese bendito insomnio, cargado de respuestas, hoy me despertaba creyendo otra vez lo mismo. Yo, sin vos, puedo porque pude. Porque apareciste cuando ya había podido. Porque aprendí, desde el pozo, a pararme sin conocer tu mirada que me alentara a subir. Si no te olvido, es porque no quiero. Porque todavía tengo falsos resabios de pensar que necesito de alguien que me alce en los brazos. Pero la puta. Si yo me hice upa a mí misma todo este tiempo. Yo no cerraba porque no quería largar el dulce mientras le estaba pasando la lengua. Otra vez, estaba a punto de repetir la historia y comerme ese dulce devenido en veneno, después de la madrugada. Cuando vos te vas y yo me quedo sin nada.

Yo puedo dejarte, si quiero. Quizás ya esté queriendo. Porque si hay algo que le debo al insomnio, a la manzana, a las velas y al alarido del llanto, es la certeza de saber que sin vos, yo puedo. Que si te suelto, no me suelto. Yo puedo, si quiero. Puedo. Porque aunque te pierda a vos y a esas millones de mariposas exaltadas, con ganas de volar, esta vez me tengo a mí.

Mataré a las mariposas si hace falta. No me interesa. Pero si de algo estoy segura, es que, esta vez, yo no me dejo un carajo.

Vas a volver

Vas a volver cuando te des el permiso de romper tus propias convicciones. Cuando te permitas cuestionarte todas tus dudas. Cuando puedas darle una nueva oportunidad a tu pedazo de moral, la que te marca lo que nunca deberías querer.

Vas a volver cuando decidas tirar a la mierda todas tus decisiones inquebrantables y esas certezas momentáneas que tomaste con tanta cautela. Con tanta falsa prudencia.

Vas a volver cuando te corra el tiempo por la espalda, avisándote que se te va la vida en elecciones mentirosas.

Vas a volver cuando empieces a soñar un amor de esos con los que se te cruzan los pies calentitos por debajo de las sábanas. No me cabe duda de que vas a volver. Por eso, es que yo me voy respirando tranquila. Te dejo todo el camino de la libertad, vacío y sin presiones, para que lo camines a tu marcha y a tu modo.

Sí. Yo me voy.

Sé que vas a volver cuando me veas con otro. Vos no te vas a arriesgar si cabe la posibilidad de que te equivoques. Entonces sé que vas a volver. Tarde. Muy tarde.

Es que no hay *mejor* garantía *para el amor cobarde* que *saber* que uno vale la pena cuando lo ves por ahí, siendo deseado por otro.

Necesito volver

Yo te entregué mi alma en el mismo instante en que te vi.
No hubo adornos ni secretos por develar. Fui yo.

Te di mi esencia en la palma de tu mano. Sin miedo y sin pensar, te amé. Así. En un instante. Como aman las perras guiadas por el instinto animal. Las perras que saben que ahí, no se equivocan.

Te amé salvajemente. Sin medir ni calcular. Creí en un nosotros como un hecho consumado y no como una promesa posible.

Estábamos existiendo, sin ninguna duda. No fue idea mía. Por Dios. Si yo te sentí. Te sentí. Mitad rota y mitad entera, me acosté en tu mirada. Fui la verdad en tu pecho. La libertad, en mis palabras. El amor, en el centro de mi boca.

¿Cómo puede ser que hoy no estés? ¿Cómo? Explícame cómo. Recorro el principio de todas las cosas y es ahí donde quiero volver. Al primer llamado. A la primera palabra. A la primera mirada. A la primera caricia. Al sabor del primer beso.

Me guía la fantasía de que hay algo en ese principio que no supe retener. Es entonces cuando pido volver. Como si me salvara la posibilidad de que todo pudiera pasar otra vez. Como si pudiera arreglar con las manos lo que la incertidumbre me dejó latiendo en la cabeza.

Me muero. Me está estrangulando un nudo en el medio del estómago. Me estoy muriendo. Así como te lo digo.

Decime qué pasó. Volvé de una vez. Y si es un no, ayudame a olvidarte.

Cúrame un poco de toda esta mierda que ahora me está doliendo, y antes ni sabía que existía. Cúrame, carajo. Porque yo no puedo. No sé cómo. Ni siquiera sé si quiero saber cómo. Hoy lo único que quiero es volver, mi amor.

Yo solamente necesito volver.

Golpea

Pateás un duelo inminente, debajo de la puerta. Lo escondés. Lo guardás. Pero golpea. Golpea.

Ese tipo te hace mal. No te da nada más que tristeza. Por no perderlo a él, te vas perdiendo a vos. Dejaste la sonrisa y tus sueños, colgados de una percha oxidada, porque no querés sufrir su ausencia. Su ausencia. Como si estuviera presente. Hace rato dejó de quererte y vos mejor que nadie lo sabés.

Cerrás la boca, te tapas los oídos y seguís caminando con un cuchillo atravesado en la garganta. La realidad te grita la verdad en la cara y vos la escuchás. La ves. La tocás, pero te quedás. Te quedás porque no podés irte. Porque te apagaste tanto, que hoy tenés terror de que tu poca luz no te alcance para poder subsistir en el medio del abismo.

Miedo. Miedo es la palabra. Te vas enterrando debajo de tu piel. No te imaginás tu vida sin él. Después de tantos años. Después de tantos proyectos. Después del perro, el auto y la casa. Entonces te atás a los pies de la cama. De una cama que hace rato la usan solo para tocarse las espaldas. No se miran. Pero se respetan. Amor cordial. Amor cortés. Amor de mierda.

Seguís pensando que estás peleando por algo que vale tu pena, a pesar de que esa pena se coma tu alegría. Te vas deshilachando y desdibujando frente a un espejo que se pregunta dónde estás. Qué fue de vos. Qué pasó con tu cara, tu chispa y tus anhelos muertos. Muertos como vos.

Preferís no decirle basta a una historia ya terminada para no sufrir lo que hace rato venís sufriendo. Los hijos. La familia. La mirada del otro.

Golpea. La mentira golpea. Lo no resuelto golpea. Quiere respirar, terminar esta agonía y mandarse a mudar.

El nudo incrustado en la boca del estómago golpea. Las lágrimas contenidas golpean.

Golpea tu consciencia. Golpea tu certeza. Golpea el recuerdo de una carcajada que hace tiempo dejó de sonar.

Pero seguís esperando que un día las cosas cambien. Que él cambie. Que vos cambies. Que el mundo cambie. No querés sufrir el desconsuelo de una pérdida. Pedazo de ironía que el miedo no te deja ver. Ya lo perdiste. Ya te perdiste. Aceptar que se terminó es dar comienzo a una nueva posibilidad. Se terminó.

No estás evitando un duelo. El duelo lo hacés todos los días. No lo estás evitando. Lo estás agonizando. Perpetuando. Naturalizando. Frená y date cuenta.

Hoy no lo ves porque estás mirando otra cosa, pero ese golpe que no te perdona pega bastante duro.

Cuando lo que te empiece a golpear sean los años perdidos y la vida no vivida, ahí sí vas a sangrar de verdad.

Tu foto

Le pedís amor al lobo y calma al viento. Te vas descosiendo el corazón, esperando que alguien que no te puede querer te devuelva una mirada que te salve la noche.

Te entramás en historias que van de una sola mano. Te consumís esperando tu turno, como un cigarrillo que se apoya en el cenicero sin haber sido pitado.

No sos feliz. Abrís más de dos libros por día, buscando la frase que tenga la llave. La letra de esa melodía que te diga por dónde, carajo, por dónde. Te armás los mismos planes de siempre que te devuelven desolado a tu casa, confirmando que no encontraste lo que buscabas. No es por ahí. No es por ahí.

Tu foto. Agarrá tu foto. Mírala. Mírate. No dejes de mirarte. Mirá tu mirada. ¿Qué querés? ¿Quién sos? No dejes de mirarte.

¿Qué piden tus ojos? ¿Qué dicen tus ojos? No le bajes tu mirada.

Tu foto. Es por acá. Quedate acá. Mírate y sentite.

Bajá las persianas y, con una pequeña luz que te alumbré la cara, te vas a encontrar con vos. Haceme caso. Apagá todo. Quedate con vos. No te vayas. Agarra tu foto y mírate. Profundo. Hondo. Hasta el hueso. Con amor, hacelo. Tocala. Sentila. Sos vos. ¿Qué querés? ¿Qué necesitás? ¿Qué te pasa? ¿Dónde y cómo querés estar?

¿Con quién y de qué forma?

Aférrate a lo real. A lo posible. No te apures. Todavía hay luz para alumbrar ese encuentro. Todavía hay luz. Y, sobre todo, hay tiempo. Porque es este tiempo el que tenés que amarrar a tu pecho. Tenés que frenar, antes de seguir sin saber a dónde vas. Ir va cualquiera. Ir donde vos querés es tu misión. No te bajes la mirada. Esa foto es tu fondo. Mírate. ¿Qué hay en tus ojos? ¿Qué te piden? Escuchá. Escuchate.

Atrevete a ser quien sos. Dejá de hacer boludeces que te ponen, una y otra vez, en lugares que te quitan el aire, te opacan el alma y te dejan vacío. Volvé. De eso se trata. Volver para seguir, sabiendo a dónde. La mano en el

pecho. Los ojos clavados en tu mirada. La respiración profunda y ahí sí. Ahí sí. Nadie se arrepintió nunca de ir en la dirección de sus pies. Movete en la dirección de tus latidos. De esa foto.

No dejes de mirarte. Sos vos. Te estás hablando. Escuchate y anímate a vivir según tu mirada. Según tus deseos. Según tus anhelos. Date la oportunidad que les das a los demás de estar para vos. De responder a tu propia llamada.

No bajes la mirada. Todavía hay luz que te alumbre. Todavía hay tiempo.

Todavía podés empezar otra vez. Sentite, carajo. Sentite.

La vida

En el foco del dolor, uno aprende lo que no sabía que tenía. El amor que tuvo y todo el que le hizo falta nos abre la puerta de una patada en la cabeza.

Y uno se encuentra ahí, tan chiquito y vulnerable como un recién nacido, necesitando de las personas que más nos aman y que nos trajeron al mundo. Uno se hace padre y madre de sí mismo porque necesita de lo que conoce pero que hace rato, quizás, ya no existe. Y se abraza solo. Y necesita acunarse a sí mismo, mientras gotea por los ojos. Y se pasa el dedo en los ojitos antes de dormir. Y se tararea, con nostalgia, la última canción del día que aún recuerda en su memoria. En el medio del dolor, uno necesita amor. No solo eso. Uno se vuelve amor y es ahí cuando comprende todo. Pero ser nuestros padres no nos alcanza, entonces probamos siendo nuestros propios hijos. Pidiendo la comida en la boca. Buscando la mantita que nos acompañe en la noche y, por sobre todas las cosas, uno vuelve a elegir otra vez quién quiere que lo cuide.

Rotos nos volvemos selectivos. No cualquiera da igual. Sabemos lo que necesitamos. Se terminaron los reemplazos momentáneos. Hay que estar bien roto para saber volver a la fuente y recordar que un solo amor cura las heridas. El incondicional. El honesto. El de la entrega. Mamá. Papá. El nuestro.

Todo lo demás se esfuma. Se pierde. Se tira. Se devuelve. No se lo elige nunca más. Uno quiere lo cierto. La posta. La verdad. Y sabe, porque siempre lo supo, que una sola cosa salva, sana y cura.

Por eso, romperse se vuelve un privilegio de pocos. Necesario para recuperar la memoria y armarse desde adentro.

No se trata de resurgir. No es resucitar. Es tan hondo como volver al latido del nido original. Es regresar al principio de todas las cosas.

La vida.

Calidad de Vida

A veces, calidad de vida se resume en estar con gente que no te la contamine.

Podés elegir. Siempre podés elegir otra vez.

Tu sangre, como un legado

Muchos creen que la muerte no existe. Que es una mudanza. Un cambio de estado. Un pasaje hacia otro lugar mejor. Una separación. La redención. Un ciclo. El final y nada más.

Yo siento que es la internalización de tu amor, devenido en el mío. Que es tu latido en mi cuerpo. Tu sangre, como un legado. Tu mirada apagada, iluminada a través de mis ojos.

Cada vez estás más lejos de este mundo y en paralelo, cada vez te siento más cerca del mío.

No sé qué creo. Ya no importa demasiado. Solo sé que te siento adentro, inundando mi vida entera. Que tu amor se desparrama en todas mis partes rotas, como queriendo absorber mis heridas.

Quizás te vayas de esa cama. No lo sé. Pero de algo estoy segura. Vos estás conmigo. Aquí. Bien presente. Bien profundo. Cada vez que recuerdo. Cada vez que respiro. Yo nunca te voy a perder. Imposible.

Te vas

Casi resbalo.

Casi me transformo en esa parte de mí que no me gusta.

Hay cosas que me generan violencia y vos sos una de ellas. El destrato como parte inherente del desamor me da rechazo. Asco.

Si no me querés, algo más fácil que no quererme es irte. Nadie tiene las puertas con candados y, de hecho, entre vos y yo no veo ninguna puerta que nos una. Pero por algo te quedás.

Lo único que veo de vos es tu necesidad de tirar una trompada hacia lugares donde te la devuelvan. La verdad es que te confundiste de lugar. Entiendo toda tu historia, tus dolores y tus presencias ausentes. Pero conmigo no es la cosa. Yo no fui. Así, como te dicen los chicos. Yo no fui. Tan simple como complejo de entender. Para vos y para mí.

Uno, casi sin darse cuenta, se presta de muñeco para que el otro revolee una vida no resuelta. No. No voy a cargar con cruces que no son mías, ya bastante tengo con las propias.

Estuve ahí de pegarme la resbalada. De actuar como vos necesitabas. Casi siempre, frenar y abrir los ojos resulta ser la salida a todas las cosas.

Uno siempre puede retirarse de donde no lo quieren. A veces, el otro nos necesita solamente para vomitar sus pedazos no masticados. Por eso, no te suelta. No puede. Pero vos sí. Vos podés abrirte los bolsillos, hasta que se te vean las hilachas de ese pantalón descosido. Mirar con ojos de asombro, abrir bien las manos y demostrar que, si hay alguien que le sacó algo, ese no fuiste vos.

Resuelto el enigma, sonreís, abrís la puerta y te vas.

Tarde

Tarde. A veces, es la única respuesta que atraviesan los amores que no van a suceder porque llegaron tarde.

Las vueltas del destino se demoraron en hacer coincidir las calles y, entonces, uno siguió pateando en la dirección que venía de manera incuestionable. Y sigue.

Construye una vida y un mundo con la convicción y la certeza de que ese será su hueco indisoluble. Sin embargo, y sin quererlo, un día tropieza en otros ojos cargados con la resignación de que, pase lo que pase, se sienta lo que se sienta, la demora es determinante.

Dos vidas, ya armadas y devenidas en elecciones conscientes, de repente son violentadas por un otro que pone el pie y detona un alma. Nada alcanza cuando uno sabe que llegó tarde. Que, tal vez si hubiera sido antes, el final del cuento habría sido otro. Pero eso no pasó y el tiempo demorado nunca es puesto a prueba.

Uno acepta y asume que fue cuestión de tiempos que no ensamblaron. De momentos cruzados. De tiempos a destiempo. De guerras que se perdieron sin darse el derecho a ser jugadas. Entonces suelta la mano con la mirada muerta de aquel que sabe que hace lo que tiene que hacer, y no lo que quiere. Se traga los deseos, los impulsos y los latidos. No hay tregua. El tiempo es soberbio y uno agacha la cabeza, sabiendo que ese corazón ya tendrá la herida de lo frustrado sin haber sido probado.

Duele. El tiempo vencido duele.

A veces, no hay amantes que no se amen sino simplemente historias que llegaron tarde.

Vacío

Vacío. Y no estoy diciendo nada. Porque la nada no golpea. El vacío es una piedra atravesada en la garganta que te complica encontrar el hueco por donde salir a respirar.

El vacío que subyace a una soledad que no es elegida, sino recibida como una cachetada inesperada. Duele.

El vacío es el desgarró de un alma. No se soporta. Entonces, uno lo quiere llenar haciendo malabares. Y como no hay a quién amar, agarra lo que puede. No importa si ese tipo te duele. Lo otro te *duele* más.

Se trata de tapar el encuentro con uno mismo porque no te gusta lo que hay. Lo que ves. Lo que tocás. El otro es un despiste, un atajo a un cuerpo deshabitado que no encuentra dónde abrazarse a sí mismo.

No digo nada. Digo vacío. Eso que solo es capaz de llenarse con uno mismo. No es afuera. Es adentro.

Amarse desde adentro como único camino para restaurar tu alma. Que no está vacía.

Está rota.

Perdón

Si uno supiera que en el mundo de los dolores el de extrañar es el más terrible, uno miraría más. Abrazaría más. Escucharía más. Tocaría más.

Uno no lo sabe hasta que se choca con ese agujero en el pecho y tiene que salir a buscar, en el cajón de las fotos, los momentos que ahí quedaron quietos. Inalterados y eternos.

Los extraño. Me duele no recordar como olían. Perdón. Se me dificulta acordarme del sonido de esas voces, del ruido de esas risas. Se me complica.

Perdónenme pero no me acuerdo de todo. No sabía que estas cosas pasaban, si no, los habría guardado más, un poco más. Se me hace borrosa la figura de ustedes cuando caminaban. Por un momento, la recuerdo pero después se va. Se va. Y cuando dejo de retenerlos en esas imágenes, es cuando los necesito más. Los extraño. Te extraño.

En el mundo de los dolores, extrañar te liquida. Te parte al medio. No hay remedio. No lo hay. Es como que algo muere en el corazón y uno se arrepiente de no haber amado más. Pero es tarde.

El que extraña aprende a caminar rengueando. Uno camina con el alma renga. Aguantando como puede. Uno aguanta. Otra cosa no se puede.

Perdón.

Lo tiene a él

Llegó al consultorio con la misma pregunta de siempre, perforándole la piel.

¿Por qué? ¿Qué le vio? ¿Qué tiene ella que yo no tenga, carajo?

Me tomé un sorbo de café. Cerré el cuaderno. Me tiré hacia el respaldo del sillón y respiré bien hondo.

Lo tiene a él.

Sentir

Sentir como medida de todas las cosas.
Sentir en el pecho. En la piel. En las vísceras. Sentir el dolor, la tristeza, la locura y la cordura. Sentir el amor, el placer y la entrega.

Sentir al otro. Sentirse en el otro y con el otro. Sentirse a uno mismo.

Sentir el contacto y transformarlo en un encuentro.

Sentir lo que le falta y darle lo que puedo. Sentir hasta el fondo.
Hondo. Profundo.

Sentirlo que quiero. Lo que deseo. Lo que siento. Dejarme sentir.
Permitirme sentir.

Sentir, muriendo en mi ley.

Aunque duela. Aunque pique. Aunque queme. Siempre sentir. Sentir como mi llave a todas las respuestas. Como mis preguntas a todas mis dudas. Como el pasaje adonde quiero llegar. Como el motor a mi revolución.

Sentir como la única y fiel verdad. Sentir como certeza.

Sentir lo que me pasa, lo que te pasa, lo que nos pasa. Sentir como bendición, como un regalo, como magia. Sentir para crecer, para saber y para crear.

Sentir para dejarme ser. Sentir que respiro.

Sentir mi latido.

Sentir mi propia caricia.

Sentir a cambio de nada. Sentir como mi bandera y mi espada. Sentir a pesar de los pesares.

Sentir que estoy vivo.

Sentir como mí lugar en el mundo.

Sentir antes que entender. Sentir después que entendí. Sentirme a mí. Y después, sí. Después sí.

Mi primer día sin vos

Mi primer día sin vos. No me permití otra cosa que no sea pensarte. Necesité acordarme de todo lo que vivimos juntos para no extrañarte y, así, simular que te tengo.

Mucho más que eso

¿Necesidad? Por supuesto.

De que me vuelvas a mirar a los ojos.

De que me acaricies, suavemente, la cara.

De que me preguntes cómo estoy y si esta vez necesito algo. De que me abracés, fuerte, hasta juntarme los pedazos rotos. De tu risa contagiosa y tu bondad desmedida.

¿Dependencia? Claro.

De tus mensajes a toda hora.

De tu preocupación no disimulada.

De tu presencia, aunque estés ausente. De tu felicidad frente a la mía.

¿Apego? Sin duda que sí.

De tus bromas, que me comen las heridas y me olvidan las tristezas.

De tu mano tocando mi caricia.

Del latido de tu corazón, dándole un sentido al mío. De tu incondicionalidad, a prueba de balas.

De la vida que me diste una vez y nunca dejaste de hacerlo.

¿Amor? No lo sé.

Creo que mucho más que eso.

No tiene nombre. Solo se siente en el alma y se recuerda en el cuerpo.

Como el cuento de las buenas noches que solías contarme y que, todavía, me habla al oído hasta dejarme dormida.

Inevitablemente, hay historias en las que nunca habrá separación.

Adentro, nunca muere nadie

El amor que me enseñaste no tiene barreras. Ni fronteras. Ni cadenas. Ni distancia. Ni peros ni porqués.

El amor que me dejaste es tu corazón, latiendo junto con el mío. Lo es. Y no como metáfora, sin como un hecho inexplicable que solo lo sabe quien toca el pecho del otro y lo siente propio. Una experiencia que, como toda conmoción, termina doliendo un poco. Hoy, tu corazón latió dentro de mí. Latió. Entonces supe que nunca me ibas a dejar, por más que irremediabilmente te fueras en un instante de estos.

No fue una sensación. Fue real. Yo te tengo dentro de mí y, adentro, nunca muere nadie.

Que alguien me venga a decir que sí.

No voy a estar

Es que no voy a estar por un tiempo.
Discúlpame pero necesito llenarme de silencios para que salgan a la luz todas mis verdades.

De otra forma no se puede. Y tampoco quiero.

La soledad

La soledad como acto de valentía. Como posibilidad de darlo vuelta todo y revolver los tableros que caducaron, cuando caduqué yo también.

La soledad como oportunidad de pegar el pasaje a mi propia revolución. La que pone arriba de la mesa quién carajo estuve siendo mientras dormía a oscuras y a puerta cerrada.

La soledad como ese espacio de reencuentro con mi vida y quizás como el primer as en la manga para empezar a jugar ganando.

La soledad como espejo inevitable que nos llama a mirarnos a los ojos y volver a cuestionarnos todo otra vez.

La soledad no como consejera, sino como testigo de mi propio grito y de ese doloroso silencio que necesita ser puesto en palabras para empezar a respirar con la garganta despejada de tanta mierda atravesada.

La soledad no como castigo, sino como el regalo de poder sanar desde el fondo de mi fondo y dibujarme los pasos que quiero empezar a caminar.

La soledad como presente y no como destino.

La soledad, buscada y acariciada, como el espacio y la pista que necesito para agarrarme de la mano y sacarme a bailar. Porque también merezco un día, en la que sea yo la que me quiera elegir a mí. Quizás también merezca dos. O tres. O mil.

Elegí

El desamor como herida, siempre. Como un abandono que nunca caduca y cada tanto renueva la fecha de vencimiento. Muerte y resurrección de un agujero en el pecho que de *vez* en cuando parece haber sanado, y no. Y no.

Uno, con hambre, come mierda del piso y encima agradece. Come lo que hay. No se cree capaz de elegir. Vuelve la mirada atrás y adentro y recuerda que alguien lo dejó. Otra *vez*. Otra vez. El abandonado rompió el invicto mucho antes de la última vez. Entonces recae, como todo adicto, en el mismo tipo de encuentro lleno de desencuentro.

Noches oscuras del alma. Amores perros. Vacíos y flagelantes.

No se siente capaz de algo distinto y mejor. Tiene una vara que no se levanta del suelo y entonces, de ahí para arriba, todo le resulta un preciado regalo. Siempre recae. Recae en pedazos de panes verdes, arriba de un plato inmundo que acepta llevarse a la boca por hambre. Hambre de amor. Un plato que lo arrastra a conformarse con lo poco que supera a la nada.

El abandono como herida, siempre. Pero no.

Bajar al sótano. Recordar y revivir para poder elaborar. Tocar el afecto para liberarlo de donde quedó pegado. Soltarlo. Vomitarlo de a chorros. De a gritos. Desde el piso y de rodillas. Nunca más. Proclamar nunca más. Nunca más, carajo.

Un hueso no es comida.

El piso no es el plato. El dolor no es amor.

Menú libre y pedí. Abrí tu carta y pedí. Elegí y empezá otra vez.

Hoy. Mañana, A cada rato.

Descoser la herida para ver qué la generó y volver a caminar. Enfrentar. Sentir para entender. Para cambiar. Para intentar algo distinto. Para sanar. Para curar.

Elegí qué mierda querés comer y date el gusto de pedir. Elegí qué es lo que querés comer. Dale. Vamos. Decidí. Elegí qué vas a pedir esta vez.

Esto lo quiero, esto no. Llévatelo.

Elegí qué, cómo, cuándo y dónde querés comer. Porque siempre, carajo, siempre vas a pagar vos.

La cura

La cura no es ganarle a la herida. Es aprender a caminar con ese pedazo roto.
No hay batallas...

- Hay realidades

La herida, nunca

A moreos sordos. Miradas sordas. Caricias sordas. Encuentros sordos.
La herida, siempre.

Manos atadas. Vínculos abandonados. Deshechos. Muertos a pedazos.
Abrazos guardados. Silencios lacerantes. Duelos impuestos.

La herida, siempre.

El vacío atravesado como final del día, Tener, buscando compensar al
Ser. Poseerlo todo sin poder reír. No poseerlo al fin. Nada.

La herida, siempre.

Querer al que no me quiere. Insistir. Quedarme con un portazo en la
cara. Conformarme con migajas, como victoria ante la soledad. Amor de
una sola mano.

La herida, siempre.

Silencios ahogados de penas no dichas. Dolores enquistados.

Tapados. Vergüenza. Pudor. Miedo.

La herida, siempre.

Salvarme. Sobrevivir. Esperar. Suponer. Rezar. Aguantar.

Tolerar. Resignar.

La herida, siempre.

Darme. Cuidarme. Amarme. Mirarme. Acariciarme. Mi cuerpo. Mi
alma. Mi mundo. Mi templo. Yo.

La herida, nunca.

La herida, nunca

A moreos sordos. Miradas sordas. Caricias sordas. Encuentros sordos.
La herida, siempre.

Manos atadas. Vínculos abandonados. Deshechos. Muertos a pedazos.
Abrazos guardados. Silencios lacerantes. Duelos impuestos.

La herida, siempre.

El vacío atravesado como final del día, Tener, buscando compensar al
Ser. Poseerlo todo sin poder reír. No poseerlo al fin. Nada.

La herida, siempre.

Querer al que no me quiere. Insistir. Quedarme con un portazo en la
cara. Conformarme con migajas, como victoria ante la soledad. Amor de
una sola mano.

La herida, siempre.

Silencios ahogados de penas no dichas. Dolores enquistados.

Tapados. Vergüenza. Pudor. Miedo.

La herida, siempre.

Salvarme. Sobrevivir. Esperar. Suponer. Rezar. Aguantar.

Tolerar. Resignar.

La herida, siempre.

Darme. Cuidarme. Amarme. Mirarme. Acariciarme. Mi cuerpo. Mi
alma. Mi mundo. Mi templo. Yo.

La herida, nunca.

Laura nunca fue al Jardín

Tomás tiene cuatro años. Va al jardín. Tiene un compañero con el que se pelea un montón. Se llama Juan. Juan le hace mal a Tomás. Lo molesta, lo carga, le pega. No lo quiere. Entonces Tomás, a sus cuatro años, decide no ir a su casa. No juntarse. No jugar. Ni siquiera hablar con Juan. Tomás no quiere sentirse mal y se va. Se cuida. Se quiere. Entiende.

Lo mismo le pasa a Laura con Joaquín. Los dos tienen. 32 años. Pero a Laura, no le alcanza que Joaquín le haga mal para irse a jugar a otro lado. No. Laura se queda. El daño de Joaquín no es un límite para ella. Laura se queda sintiendo el dolor que él le genera cuando no la quiere. Se queda y espera, algún día, poder entender por qué Joaquín le hace mal. Se queda esperando que Joaquín cambie. Mientras tanto, ella es tan buena con él que le presta el cuerpo y el alma para que se lo destruya.

Se ve que Laura nunca fue al Jardín.

Insisto

Insisto porque apuesto a que un día la moneda caiga del lado del amor. Porque en medio de la fisura de la desolación que me provoca ver cómo nos vamos abandonando los unos a los otros, tengo la ilusión de que al menos por un rato gane la empatía y destinemos ese abrazo que nos sobra a ese tipo que le falta.

Insisto porque veo gente que teniéndolo todo en contra, arremete contra su propio destino y se anima a estrellarlo contra la pared de su vida, desafiando descaradamente a su suerte malparida.

Insisto porque creo que puedo frenar y darme la frente contra la mesa, mientras me lo cuestiono todo otra vez. Todo otra vez. Dándome el permiso de elegir de nuevo lo que se me antoje.

Insisto a pesar de que la vida me quede chica o sea yo quien no entre en ella, porque confío en que el desamor que huelo en cada vereda, y que también golpea en la puerta de mi casa, es el resultado inevitable de heridas que empujan a ser sanadas.

Insisto porque sé que mientras tenga las palabras, lo tengo todo a la altura de mi boca y de mi mano para poder construir mi mundo.

Insisto porque me sé libre de elegir hasta dónde vas a llegar conmigo. Yo decido. Siempre.

Insisto en esos días grises donde apenas hay un par de luces que se apagan, pensando que estarás ahí, en algún lado de mi espacio no habitado, esperando que yo llegue a decirte simplemente: «Hola, mi amor».

Insisto porque confío en que hay pasados dolorosos que dejan de sangrar cuando dos bocas que se juntan pueden tocarse las almas.

Insisto solamente porque creo en mí y en mi corazón. Latiéndome en todo el cuerpo, como la flecha que me marca el camino.

Insisto sabiendo que, sobretodo, tengo mi silencio, mi huida y un rincón dentro de mí.

Y a veces, ni siquiera eso.

Mi latido

Todavía tengo mi latido detrás del teléfono. No me animo a olvidarte.
No abandono la idea de pensar que no es que no quieras. Aún deseo que no sepas corrió.

Vale todo

Legás a tu casa y, a pesar de que no hay nadie, necesitás quedarte dentro del auto un poquito más. Un poco más.

Cerrás las puertas. Subís la música. Corrés un poco el asiento y te dejás caer arriba del volante. Te desplomás.

De más está decir que ya sabés lo que sigue. Sí, lo que se llora ahí adentro es impagable. Uno deja el cuerpo y el alma. Se permite la congoja y el agua que le revienta de los ojos. Los mocos no se limpian. Vale todo.

La vida entera te cuestionás en ese instante y en esa cueva. En ese encierro que te garantiza la intimidad de una tristeza que no quiere ensuciar la casa y decide reventar en otro lado.

Cerca. Pero no adentro.

Es una metáfora no elegida. Uno llora adentro pero sabe que está afuera. El encierro te da permisos que en tu casa no tenés porque la respetás. Explotar en tu casa es romper códigos, ahí estás más expuesto y no te permitís estallar como querés.

En el auto es distinto. Ahí no se toman decisiones. Ahí afuera la pelea es bien adentro. Te matás con vos. Nadie más te hace falta.

En el auto tenés la tranquilidad de que no vas a decidir nada, de que nadie te va a exigir nada. No se piden respuestas. No se hacen preguntas. Nadie te ve. Ni vos tampoco. Es un secreto que te llevás a la tumba.

Dura un rato nada más. Ya lo sabés. No te enquilomba la rutina ni te demoran los planes.

Duró lo que duró la explosión. Ya está. Ya pasó. Tranquilo.

Terminá de limpiarte los mocos. Acomodate el pelo. Pegate una respirada profunda y bajate del auto, que se terminó el *round*. Ahora metete en tu casa. Prendé la luz. Dejá las llaves por ahí, arreglate la ropa y listo.

Dale. Ya estás reparado para que, otra vez, empiece la función.

Balazo final

Hay historias sepultadas que nunca fueron muertas.

- Meter en un cajón es fácil.

Dar el balazo: final es lo complicado.

Yo tampoco te quiero más

Ayer presencié cómo el amor dejó de habitar tu mirada. No me querés más.

En un instante sentí, en tus ojos vacíos y huecos, la despedida de una historia que un día dejó de crecer y nuestro propio deseo la quebró. Se exilió, sin quererlo ni buscarlo, hacia alguna parte que ninguno de los dos sabe dónde quedó.

Te fuiste sin darte cuenta. Ya lo sé. No hace falta que me pidas perdón.
Tu adiós no me duele. Tu desamor es una herida que ya no me sangra.
Yo tampoco te quiero más.

Don

No es que llegás. Aparecés.
Tampoco es que te vas. Desaparecés.
En el medio, uno se resuelve como puede.
Admiro profundamente esa capacidad de cagarte en los demás.
Es como un don que tenés.

Sacame de acá

No me dejes dormir.

Despertame aunque me veas cansada. No me permitas perder las horas, entre un par de almohadas y sábanas huecas. Si te pido que te vayas y que me dejes seguir un ratito más, no me hagas caso.

Levantame a la fuerza. De prepo.

No me escuches cuando esté agotada. Agobiada. Desolada. Es mi voz, filtrada por la angustia, la que habla. No soy yo.

No me golpees el hombro y me digas que, entonces, cuando esté mejor te llame. Sabés que no puedo tomar decisiones así.

No necesito que me acaricies el pelo ni que me digas que me quede tranquila. Esta vez, faltame el respeto y sácame de acá. Haceme caso y no me des pelota. Que lo que te estoy pidiendo no tiene nada que *ver* con lo que necesito. No te demores en escucharme.

Abrime las ventanas y dejá que la luz me parta la mirada. Si me enojo, mirá para otro lado. Me estoy defendiendo de mi vulnerabilidad. No *es* con vos. Es conmigo. Sacame estas sábanas de encima y llevame con vos. No dejes que se me pase sola porque vos sabés que sola no estoy pudiendo.

Agarrame la mano con fuerza, solo para levantarme de una vez y no para darme tu mirada compasiva. No me abrases ni me digas que me querés. Evitemos esa parte obvia del cuento.

Lavame la cara, sacudime el polvo de encima y sacame de acá.

Llévame con vos. Agarrá la llave, meteme dos boludeces en la cartera y cerrá la puerta.

Un último favor. Escuchame bien. No me dejes volver hasta que no vuelva a ser yo misma. No me traigas hasta que no haya regresado.

Quédate conmigo hasta que vuelva a abrir las alas y pueda volar otra vez, una vez más. Te necesito a mi lado. Tan solo que no me animo a pedírtelo. Pero, por favor, abrazame el corazón.

Nada más.

Nadie suelta gratis

Las madrugadas revientan los diques de la realidad que con tanto esfuerzo construiste durante la luz del día. Otra vez volvés a amar. Hay historias terminadas que no se terminan nunca y la noche las cobija. Las hace parecer ciertas.

Posibles otra vez. El dolor de dejar lo imposible aflora una vez más. Lo más justo para quien decide salir del dolor es que no haya más dolor. Pero la verdad es que no. No hay justicia en estas cosas. El amor habla otro idioma. Y querer irse del vacío es pagar el precio de acentuarlo un poco más. Nadie suelta gratis.

Salir te pone arriba de la mesa la peor de las miserias. La verdad. La pura verdad. Y eso duele más que estar dentro de la mierda. Por eso te quedabas. Por eso te quedás. Porque la verdad, para el desamor, es un látigo en el medio de la cara. Y no aguantás. Y volvés. Y la noche hace sensible la piel de los que no son tocados. Y van pasando los minutos. Y el reloj te mira. Y el insomnio te consume. Se termina la noche. La posibilidad de ese reencuentro mentiroso que te salve la desesperación que tenés en la garganta. Y ya estás. Ahí. A un paso. Te corrés el pensamiento de la cara, como el pelo que te molesta en medio de la frente. No pensás más. Se termina la guerra. Mandaste ese mensaje del reencuentro mentiroso que vino a salvarte de otra pesadilla. Lo mandaste. No hay más dolor. Hay alivio. Otra vez estás en la mierda. Otra vez. Pero por lo menos, esta noche, respiras.

La huida

La huida como descanso. Mi permiso. Mi regalo. La necesidad imperiosa de patear todo sin dañarlo.

Por eso me voy. Porque me exilio de mí. De vos. De todos.

Porque si me quedo, reviento y más de uno debería reventar junto conmigo. Y entiendo que así no es. Que no es la manera ni el modo. Que al final del día, las patadas me dejan un dolor que antes no tenía. Y la verdad es que no estoy para seguir sumando dolores. Ni patadas. Ni revientes.

No tengo ganas de explosiones que me salpiquen con más sangre que soluciones. Sí que duele. Estoy agotada. La carencia de lo que más se necesita no solo lastima. También agobia. Pudre. Y a veces tengo miedo de que un día el hartazgo anestesie. No quiero.

Entonces sigo en la rueda de la vida. Un poco confundida y afectada por los golpes ya sumados, me veo otra vez buscando donde ya sé que no voy a encontrar. Y no encuentro. Y me golpea. Pero sigo pidiendo ahí. En esos seres que más quiero y que irónicamente son los que más me lastimaron. Nos lastimaron. A vos también. Mis heridas también son tuyas. Nuestras. No se salva nadie que abra los ojos. Nadie.

Uno se cansa y se quiere ir. De acá. De allá. De vos. De mí. De todos.

Por eso me voy. Por eso no me quedo. Por eso te entiendo.

Vos. Yo. Es lo mismo.

Irme es la cama donde mejor duermo. Mi aliada. Donde me acuerdo de mí cada vez que me pierdo y me extraño. La puta que me extraño.

La vida contamina las emociones más puras pero cuando me voy, tengo la magia de encontrarlas ahí. Intactas. Es mi forma de volver al principio de todas las cosas. No te digo irme a otro mundo, ni a otro país, ni a otro planeta. Con cerrar los ojos ya es suficiente.

La huida como descanso. Como reparo. Como techo. Mi hogar. Donde me pongo a coser las heridas que ya necesito cerrar. De a poco. No importa. De a poco.

Por eso me voy. Por eso te vas. A frenar. A calmar. A sanar.
A volver.

Apropósito

Extrañar a alguien jode.

Es esa angustia en el pecho que no se calma con nada. Es un corazón que late una ausencia espantosa.

Extrañar te recuerda que no está. Pero es la forma más viva que encuentra el pensamiento de hacerlo presente por un rato.

Por eso, para mí, uno extraña a propósito. Se propone hacerlo. Lo traés de regreso en imágenes, canciones y palabras. Lo traés de regreso, incluso, en lo que pudo haber sido y no llegó a ser.

Cuando empezás a extrañar, te das el permiso de sufrir un poco más. Sabés que va a doler. Que te vas a romper un poco más. Lo sabés, Pero ese rato que lo trajiste de vuelta con vos no te lo quita nada ni nadie.

Ese rato que estuvo con vos, en el alma y en el cuerpo otra vez, calmaron tus latidos inquietos.

Ese rato valió tu pena.

La libertad ajena

La libertad de Ser quien uno es deja afuera todo tipo de concesiones. Es la libertad más honesta y que más cara se paga.

Desprenderse de la mirada del otro, del deseo del otro, del consejo del otro, de la búsqueda del otro, genera bronca y el esfuerzo, para quien la ejerce, de poder delimitar su espacio a los codazos, para que el otro no se meta.

No cualquiera soporta que alguien no necesite de uno para nada. Ser necesitado es un mimo para un Ego que se alimenta con palmaditas en la espalda.

Ser lo que uno quiera, y de la forma que a uno se le cante, es un desgarró que el otro no perdona fácilmente.

No hay mayor incomodidad que la libertad ajena. Lo que late dentro de esa incomodidad no son celos, es envidia.

El otro no solo quiere lo que vos podés sino que además le molesta que vos puedas, y él no.

A veces, es ahí donde se encuentra la respuesta al alejamiento de muchos.

Migrar

Días. Meses. Quizás años que te ponen arriba de una mesa, ya harta de verte apoyar las pantuflas y quejarte de tu propia queja.

Será cuestión de migrar. De atreverse a un nuevo destino y a un nuevo horizonte. A un nuevo par de alas que te lleven a otro mundo posible de soñar.

Será cuestión de animarse a salir del laberinto por arriba y haciendo trampa, pero salir al fin.

Se termina el tiempo cuando el espejo te devuelve una imagen cruel y agobiada. El tiempo vencido es el límite. Ya no hay qué cosa esperar.

Migrar hacia otros puertos. Otros lugares. Otros anhelos. Otros cuerpos. Otras vidas posibles.

Un cuerpo resignado a dormir sobre sus heridas es la muerte garantizada de un alma que viene penando su propio pisar. Se puede cambiar. Y si para eso hay que migrar, desterrarse y exiliarse de la mierda que te estanca, en una vida podrida de latir, entonces pegar la vuelta y atreverse a volar en un Cielo distinto es una promesa que habrá que cumplir.

Ni siquiera quedan horas para pensar.

No hay nada más honesto que un impulso. Es momento de actuar.

Habrà que migrar o dejarse morir.

Lo simple

La belleza de lo simple. De lo que no exige tu esfuerzo. De lo que no pretende que sea encajado donde no encaja.

Eso que se te impone a todos tus sentidos. Ese aroma. Ese sabor. Ese sonido. Esa mirada.

Esa mano que supo tocar tu propia caricia. Ese llamado que no esperabas.

El beso que se te cayó de la boca porque te fue inevitable. El abrazo que te salió del alma.

Sí. La belleza de lo simple. De lo que no se rema. De lo que no se empuja. De lo que no se insiste. De lo que aparece.

Esa risa que revienta desde la panza.

Esas lágrimas que te inundan la cara, para evitar que te ahoguen el alma.

Sentir. Abrir. Vivir.

Dejar que suceda. Dejar que se vaya.

Estar permeable. Romper encastres. Patear tableros que te encierran en jaulas.

Ser quien uno es. No pretender serlo mañana.

Ponerse vivo. Abrir los ojos. Que al fin y al cabo, lo que buscás te está mirando. Solo que a veces, por estar buscando, se te pasó de largo y se te rio en la cara.

Insomnio

Era la hora y seguiste durmiendo. Nadie pudo despertar tu corazón, a un segundo de latir.

Me acuerdo que volví a casa, sin vos en brazos y con un cuerpo atravesado que nunca más se volvió a unir.

Noches de insomnio. Insomnio. Soy yo la que no quiere dormir. Caminando, incontables horas; en esta pieza en penumbras que me dejó un nido vacío antes de parir.

¿Dónde estás? Mi amor. ¿Dónde estarás? ¿Cómo sigo sin vos, y acaso con vos más presente que nunca? Huelo tu olor que no llegué a conocer. Sin embargo, lo huelo. Siento tu boca en mi cuerpo. En mi piel.

¿Dónde estás, mi amor? ¿Por qué no despertaste? ¿Por qué volví vacía, deshecha y con un dolor que no llevé antes de salir?

Que todas esas voces se callen. Silencio. Que cierren la boca y solo me digan dónde caben, en este dormitorio, mis sonrisas muertas y veladas junto con tu nombre nunca dicho en voz alta.

¿Dónde guardo estas sábanas blancas? Intactas. ¿Dónde? Dios mío. ¿Dónde?

No hay reemplazos. No hay después. Es la herida mirando al cielo, en la espera de ver tus alas que no pude ni acaso sostener.

Te fuiste sin mi mirada. Sin mis canciones y sin el sonido de mi voz. Me atormenta no saber si fui yo la que te abandoné a vos.

Me confundo y me ahogo en un insomnio, que decido cargar como tu recuerdo permanente, y en la derrota de intentar comprender lo que no puedo ni siquiera entender.

No me importa dormir. No quiero germinar. Te fuiste sin despedida. No hubo antes y nunca habrá después. ¿Dónde pongo yo tus peluches, tu mantita y tus baberos? ¿Dónde acomodo una espera de alguien que nunca va a volver?

No vas a despertar. Yo lo sé. No estoy loca. Que se callen de una vez. No quiero un té. Ni agua. Ni visitas a estas horas. Estoy bien.

Tan solo decido quedarme acá. Acunándome a mí misma. Abrazada a un muñeco que no llegaste a sostener. Preguntándome dónde y cómo mato la esperanza de escucharte decirme. «Mamá», al menos una sola vez.

El privilegio de la pausa

Saber que uno siempre cuenta con el privilegio de la pausa. Descender la intensidad de la marcha. Acomodarse en el piso. Sacarse los zapatos. Tocarse el latido del corazón y sentir qué quiero que siga ahora y qué no.

Así. Escuchando tu respiración como respuesta. Con la cabeza, inclinada mirando a ese Cielo que guarda tu vuelo.

Tranquila. Despacio. En ese silencio donde la verdad, siempre, te es revelada.

Eso. En pausa. Date el permiso hermoso de frenar.

Así. Tu cuerpo a la altura de tu alma. Que espere el que pueda esperar. Lo importante acá es que te sepas esperar vos. Eso también es curarse.

Lujo soberbio

Tuvimos el destino a nuestro favor. La suerte en la mano. Los planetas alineados y el futuro garantizado por un amor de esos, que solo te toca una vez en la rueda de la vida.

Destino, casualidad, certeza y suerte.

Y sin embargo, *vos* te diste el lujo soberbio de hacerlo pelota.

Un mundo chiquito

Salir de toda esta mierda ilesa no presupone no salir herida. Rota. Quebrada.

Mí triunfo será correrme. Mirar desde el otro lado de la ventana. Reconocerme más yo que nunca. No negociar mis valores. Ser capaz de destruir mis convicciones, apoyadas en los vestigios de lo que se supone debería ser pero no es. Poder arrepentirme de mis elecciones, con la única finalidad de no repetirlas y no para lacerarme la cabeza con un martirio que no me resuelve nada.

No pretendo no salir sangrando. Ya lo estoy haciendo y eso no me hace dudar del camino que elijo, porque entiendo que es el costo que pago por ver a cada ser humano transformado en piedra.

A veces lo único que te duele es el mundo. Y uno piensa que entonces desencaja. Y está bien. Está muy bien. Desencajar es una gran bendición frente a corazones que caminan para atrás. Involucionados, de almas infectadas y peor aún, inquebrantables de la bandera que llevan bien arriba.

Tener un mundo chiquito no lo hace menos mundo. Al contrario. Lo hace más valioso porque uno sabe que dejó la mitad de las figuritas, repetidas y huecas, en la soga de colgar la ropa sucia.

No es gratuito. Duele. Claro que duele. Pero en este mundo, da gusto vivir. Y por lo que veo, se están sumando unos cuantos.

Una vez más

Una vez más y dejame ver si sentís algo distinto. Solo una vez más...

Antes

Antes de estas grietas, supongo que me reía más seguido. A veces me cuesta encontrar las migas de pan que me lleve a mi inocencia originaria.

Cómo era yo antes de todo esto es algo que me cuesta recordar. Me cuesta.

Me senté en la cocina de casa. Nunca prendo las luces. Las siento como una invasión a mi mundo interior, Siempre tenue. Con una o dos velitas me alcanza para alumbrar los escombros de mi cabeza.

Necesito recordar. La canción dice que uno vuelve siempre a los viejos sitios donde amó la vida. Yo necesito volver ahí. Mi sonrisa quedó en alguno de esos sitios. En algún lugar al que estoy tratando de volver. Tengo una de esas sillitas de meditación. Fui a desplomarme ahí y, mientras prendía un sahumerio, empecé a viajar.

Antes de las fisuras, ¿dónde estaba? ¿Con quién? ¿Qué hacía?

Mamá. Papá. La familia completa, quizás. Mis amigas de siempre. A algunas hoy no las tengo. Se fueron. Me fui. No lo sé. Todas esas historias de amor frustrado. De corazones reventados. Unidos en un par de sábanas que me amanecían con menos de lo que había dado.

Antes que me destruyeran en mil pedazos. ¿Cómo era? ¿Cómo carajo era?

Aspiré el humo del sahumerio y, de propina, me tragué un par de lágrimas que las acepté sin chistar. Y volví. De a poco volví.

Antes de estas heridas, yo me reía de nada. Me anclaba en cosas que nunca fueron mías y tenía la paz en todo mi cuerpo. Adentro. La paz adentro.

Era la simpleza del olor del pasto. Lo imponente del Cielo, sobrevolándome todo el día de todos los días de mi vida. El libro, la taza de café y los dibujos del próximo viaje pendiente.

Era la nada que me daba el todo. La sonrisa que le daba al vecino mientras lo miraba a los ojos. Las definiciones más boludas que podía

resolver con un «piedra, papel o tijera».

El ridículo de aliado. El miedo en el bolsillo. Mi ambición puesta al servicio del amor. Más amor. Más amor. Yo era libre antes de romperme.

La libertad de no tener prejuicios. De no depender ni siquiera de mi propia mirada. Mi sonrisa quedó adentro, cosida con hilo y aguja a tanta decepción con la que me fui topando y, sin querer, fui abrazando.

Esos sitios donde amé mi vida aún existen. Permanecen intactos. No son míos. No perdí nada que no pueda volver a encontrar.

El sahumerio se va apagando y las llamas de las velas van barrileteando junto con mis recuerdos.

La mirada a mis ocho, seis, doce, cuatro años está quieta. Vuelvo ahí también. Y recuerdo que no esperaba nada más que reírme con mis amigas. Ese pantalón colgado en la vidriera.

No tenía preguntas. No me cuestionaba nada. No sabía lo que era arrepentirme. Me mandaba y punto.

Quedarme hablando toda la noche con mi hermana hasta que mamá nos venía a retar, mientras apagaba la luz, era la aventura diaria. Y los cuentos de papá. Y los domingos, de la mano con mi abuelo, robando flores de los vecinos. Y la espera de la mirada del chico que me gustaba. Pablo. Se llamaba Pablo.

Mi diario íntimo y mi pieza. El olor a la comida de mamá.

Mi sonrisa quedó ahí. En la nada. En los amores puros y honestos. En una mesa con mis amigas, sin reclamar nada.

Antes de los pedazos rotos, fui niña. Y sé que mirando adentro siempre puedo volver. Y vuelvo. Vuelvo.

No hubo sitios donde amé la vida. El único sitio era yo. Antes de todo. Antes de que te fueras. Antes de que me vaya.

De lo que quise y no pude. De lo que pude y no quise. De tu muerte y, quizás un poco, de la mía también. Antes, era yo no contaminada. Sin esperar. Sin esperar.

Mi niña habita en mí. Tiene la sonrisa que me falta. No tengo que viajar muy lejos. Adentro. Adentro todo está igual. Adentro tengo la paz.

No se trata de tener. Se trata de Ser. Ese es mi sitio. Esa es mi paz.

Ahí tengo la sonrisa que no encuentro. Ahí, ya sé que siempre puedo regresar.

Incendio

Cuando escribir ya no me funcione, para apagar este incendio descontrolado, voy a ir a tocarte la puerta.

El día después

Me paraliza el día después que te vayas. Imagino el desenlace como si estuviera pasando en este momento. Vos te vas y yo me quedo con el alma cascoteada, mirando por la hendidura de la ventana podrida y oxidada, cómo te llevás puestos los años que te di. O que nos dimos... O quizás, los que nos quitamos. Sin embargo, y aunque así fuera, todavía no siento la ganancia que vos ya estás tocando. Debe ser que para mí, toda pérdida es pérdida al fin.

Yo no llegué todavía al momento de los aplausos y las gratificaciones por haberme desligado de lo que hace rato me ligaba. Todavía transito eso de la frustración de los deseos rotos y estrellados contra la pared de mi dormitorio.

Sé que ya estás soñando nuevas cosas. Siempre hiciste de la herida una oportunidad. O una negación para pasarla mejor que yo. Tu fortaleza me da bronca. La siento como una actitud prepotente y egoísta frente a mi vulnerabilidad extrema. Se me nota en la cara. Tu ánimo de superación lo siento como desamor. Tu indiferencia al dolor en cada paso firme que das me duele más que verte partir. Y sin embargo, este hartazgo de colgar con el cadáver de una historia ya muerta hace rato que me pesa. Me quiebra los huesos. Me cambia hasta las facciones de la cara.

No se trata de vos. Yo tampoco te amo.

Se trata del abandono otra vez. Se trata de los miedos de no poder.

Se trata de mi pasado vuelto presente y, por lo visto, a pasos de ser futuro.

Se trata del después qué. Y cómo. Y con quién. Y los fantasmas y las voces, todas las voces, que se enredan en mi cabeza y no me dejan avanzar.

Todavía no sé si puedo. No se trata de querer o no querer. No sé si puedo. No sé si quiero poder. No me mata velar este muerto. No se trata de eso. Se trata del día después. Ese día en el que caiga que este muerto ya no va a renacer.

No sé si se entiende. Por mí, andate. Andate de una buena vez.

Solo necesito que cada tanto me hagas saber que todavía me querés.

En mis noches de mierda

Solamente voy a darte el espacio para recordarte en mis noches de mierda.

Te voy a dejar entrar en mis recuerdos, solo en el peor de mis momentos.

No me quedo con nada bueno de lo que tuvimos, porque no me lo merezco.

Si vas a volver a mi cabeza, que sea para recordarme por qué te fuiste.

No te quiero recordar bien. Si te toca regresar, será en mis pesadillas. No te quiero en mis días de sol y fiesta. Todo final de porquería arruina el mejor de los comienzos y mancha el tiempo que dediqué a quererte. Porque yo sí te quise. Vos no.

Las historias del corazón se distinguen por una sola razón: son irrompibles. Y yo acá veo miles de pedazos imposibles de juntar.

Todo roto. Hecho pelota. Me quedo con esto, que es la verdad. La parte linda del cuento se murió junto con lo que teníamos.

Ya cerré las heridas.

No es rencor. Es amor propio.

Palabras

Sentir la herida. Decirla, nombrarla, es empezar a sanar.
Con la palabra en la lengua, en el pecho y en la palma de la mano,
se sale del fondo. Se sale de la oscuridad.

Palabras. Palabras. Palabras. Sentir, para decirlo todo. Como sea.

Como se pueda.

Con lo que se tenga.

Hablar. Decirlo. Nombrar. La herida. Lo otro que se traga se llama
angustia.

Mi lugar de Cautiverio

Tengo un Planeta adentro del otro Planeta.

Es mío y por eso lo cuido. Lo riego y lo preservó. Habita en mi alma, a resguardo de todo lo que podría romperlo. Ese es mi cofre de seguridad. El que me salva, me contiene y me mimas.

El mundo de afuera, el otro Planeta, está silenciado. A veces afecta porque mete la cola y deja un poco de veneno. Ese rato lastima. Pica. Jode. Pero cuando vuelvo a mí, adentro, estoy a salvo otra vez.

Por suerte, no estoy sola. Hay personas que lo llenan de felicidad.

Lo adornan con sonrisas y con abrazos desmedidos.

A veces pienso en irme lejos y sonrío. Pienso que ahí está la calma que quiero. Desterrada de toda la miseria del otro Planeta, del que hace rato elegí exiliarme. Y entonces recuerdo mi cofre, chiquito, con olor a sahumerio, con velitas prendidas y la estufa hogar que me hace de frazada. Mi lugar de cautiverio, lleno de flores y manos abiertas, donde conozco las miradas de toda la gente que también habita ahí. El amor que acuna. Que sana. Que cura. Corazones rotos que se acarician entre ellos. Que se palpan. Que se sienten.

Mi lejos está muy cerca. Está acá. Adentro. Bien hondo.

La verdad en la cara

Se acomodó en la mugre. Aprendió a lamer sus propias heridas. En nombre del amor, aguantó lo inaguantable. Se perdió tanto de sí misma, que le costó años querer encontrarse.

Siempre pensó que resistir era parte del acuerdo, Se privó, con la boca tapada y un corazón despedazado, de ser mirada. Deseada. Cuidada. De a poco, terminó creyendo que ser infeliz era parte del paisaje.

Tanto se había acomodado en el desprecio, que salirse de ahí le resultaba imposible. Impensado. No podía. No quería, Qué se yo. No se animaba.

Creía en los fantasmas. Se convencía de que los amores muertos un día resucitaban. Entonces esperaba ese día que nunca llegaba. Se acomodó hasta cansarse. Hasta que empezó a dolerle la postura de su sonrisa inventada. Le dolía el cuerpo y la espera: Su propia mentira, las fotos impostadas. Ya no encontraba cómo ponerse. Dónde ubicarse. Dónde esconderse.

Estaba cansada y se le gastó la cara. Se le gastó el tiempo. Se le gastó la mirada. Estaba vaciada, No tenía más nada para dar. Lo había dado todo. Se había dado a sí misma, hasta reventar y dejar que se le explotara la verdad en la cara.

No daba más. No podía más. La opresión en el pecho, de sentir su alma despedazada, la obligó a revolear los remos. Se desacomodó como pudo y no le quedó otra que abandonar el barco.

Nadando, casi flotando, volvió a la orilla. No había nada. Y sin embargo, había todo.

Miró para atrás y no entendió cómo carajo había llegado a eso.

Cómo se regaló, a cambio de nada. Se culpó. Lo culpó.

Se enojó y se resintió solo para no angustiarse. Para que no le doliera más de lo que le había dolido. Miró el reloj. Ya era tarde. Tarde para preguntas sin respuestas. Se acostó en la arena. Respiró profundo, después de mucho tiempo. Se juntó los mocos y se secó las lágrimas.

Miró al cielo y tocó su pecho. Se animó al latido de su corazón. Se abrazó a sí misma. La puta que se extrañaba. Y en ese instante, empezó de nuevo. Más desacomodada que de costumbre. Más liviana. Más relajada. Más ella que nunca. Sonrió, de a poco, hasta mirar hacia adentro y ganar confianza. Se tenía a sí misma. No necesitaba más nada.

Se agarró de su propia mano y se fue a construir su nuevo mundo. Su nueva casa.

Todavía falta

Me tragué las heridas para poder vomitadas.
Me evité la infección, la mentira y mi tiempo. Hubo sangre pero no hubo pus.

Coserse a uno mismo duele. Sí que duele. Pero después se calma. Después afloja. Después se respira.

Se llama proceso.

- A veces tarda. Todavía tarda. Todavía me extraño. Todavía falta.

Vuelvo

Una vez leí que nunca se sabe de dónde viene el ruido. Eso me confirma que, a *veces*, vuelvo a vos solamente cuando siento que la vida me abandona. Una mierda. Ya sé. Pero supongo que es así.

- Entonces lo primero que recuerdo es tu nombre, porque de decirte tanto ya le perdí el miedo y, acaso, hasta el respeto.

Vuelvo porque, entre tanto caos, vos siempre serás mi casa.

Te guste o no.

Aunque no me esperes ni me sientas, yo aún proclamo mi derecho al regreso, al menos para saber que tengo un hueco vado donde ir a reventar.

Vuelvo porque me lleva la nada y no el todo. La tristeza y no la felicidad. La furia por el abandono y mi deseo no resuelto de no poder saber qué quiero encontrar.

Vuelvo cuando el espejo me devuelve una trompada y no sé qué puerta más golpear.

Vuelvo por dependencia. Necesidad. Comodidad, Hasta que llegue el día que olvide el camino de regreso hacia vos, arme el nido en otro lado y me dedique a ser feliz. Como antes de vos. Y quizás también, como antes de mí.

Mientras tanto, si vuelvo, mi amor, es porque no tengo adonde ir.

Yo no te perdí

Yo no te perdí. Vos te caíste solo.

Uno pierde lo que no guarda y yo a vos te guardaba bien guardado. Pero un día dejé de sostener y de hacer fuerza y, de puro cansancio nomás, abrí la mano y te soltaste.

Asumo que no me dolió como pensaba. Era tanta la fuerza que estaba haciendo que tu caída fue un alivio. Tenía las manos gastadas y el cuerpo agobiado de aguantar semejante peso. Así no son las cosas. O no las que yo quiero. Por eso cuando te caíste, no me sorprendió para nada.

Nunca estuviste. Te dejabas tener. Pedazo de diferencia. Decirlo así suena un espanto. Me siento poco digna porque agarrarte era una manera de mendigar tu amor. Pero no me di cuenta. Perder la dignidad por amor era lo más normal en un mundo que me armé para cuidarte a vos. Estaba acostumbrada a ponerme de los dos lados de la balanza pretendiendo equilibrar el agujero. Pero un día te cansás. Me cansé de aguantar. Yo qué sé. Dejé de correr. De hacer fuerza. De regar una planta artificial. Suspiré tan profundo que, sin querer, se me abrieron las manos y ahí se terminó todo. Lo agarrado se cayó a la mierda.

Eso fue todo lo que pasó. No demos más vueltas que ya las dimos todas.

Y no te perdí. Vos te caíste solo.

Hasta mañana, mi vida. Hasta mañana, mi amor

El otro día te miré irte de espaldas y me di cuenta de que ya no eras tan alto como las últimas veces que viniste a casa.

Dejaste de ser enorme, papá. Tus manos inmensas se achicaron un poco. A veces las veo más hinchadas, como de otro color. No tan fuertes ni precisas como antes. Siempre fui tu, Reina en un cuento donde nunca te postulaste como el Príncipe, porque lo único que te importaba de la historia era que yo fuera feliz, Y entonces me regalabas el trono a costa de todo, que para vos nunca fue nada.

Que estés bien, muñeca. Así me decís, hasta el día de hoy. Lo único importante es que estés bien. Y así siempre terminamos las conversaciones telefónicas, preguntándome de memoria si seguro no necesito nada.

No necesito nada, pa. Cualquier cosa te aviso. A veces, y en chispazos, te veo volverte mi hijo. Repetirte lo que te dije hace un rato, Nada más que le hace un rato, papá. No sé si no me escuchaste o si me lo dejaste pasar. Entonces me enojo y te reto como vos nunca pudiste retarme a mí.

Te recuerdo sin dudar porque nunca, nada cambió con el tiempo. Nunca. Siempre me miraste distinto, como si cada vez que me veías fuera la primera vez que lo hacías. Tu mano en mi pera. El beso en la cabeza. La sonrisa complaciente y eso de dar vuelta la historia haciéndome sentir que vos sos quien me debe la vida a mí. Y la verdad es que no sé cómo decirte que no. Que fuiste vos quien me la dio y no solo cuando nací.

Me la diste también cuando jugabas conmigo hasta la madrugada al Chinchón y a la Escoba del 15. Nunca dejándote ganar, salvo cuando había plata en el medio y nunca supe cómo la suerte cambiaba a mi favor.

Me diste la vida cuando me enseñaste que la única ambición que te movió las patas fue la de estar al lado de nosotros, cuando la vida te ofreció otro paisaje mejor. Me diste la vida en cada chiste, en cada abrazo, en cada frazada que me ponías antes de que me durmiera, susurrándome al oído: Hasta mañana, Mi Vida. Hasta mañana, Mi Amor. Te estás volviendo chiquito, Papi. Ya no sos tan enorme como ayer. No sé cuándo pasó el

tiempo. Ahora vos me preguntás a mí lo que yo te preguntaba a vos. Ahora vos me pedís cosas a mí, que hace un tiempo me resolvías vos. Te veo cansado y quieto a la vez.

Ya no disponible ni tan incondicional. Tu amor no cambió y yo lo sé. Solo que hay cosas que ya no podés, Pregunto y nunca sé la verdad. Supongo que algo, en tus cuatro paredes, te debe hacer soltar más de cuatro lágrimas por noche. Que vos también debés extrañar a tu mamá y a tu papá. Que la muerte de tus amigos te pega dos veces. Lo sé. No me animo a preguntar. Y entonces vos, cuando la cosa se pone fulera, y estás a punto de mostrarte niño y vulnerable frente a tu Reina, ya devenida en Princesa, un tanto embarrada y con la corona en el piso, repetís lo mismo de siempre. Vos no te preocupes por mí, muñeca. Lo importante es que vos estés bien. Hasta mañana, mi vida. Hasta mañana, mí amor.

No me importa tu nombre

Se me impone la tarea de soltarte para poder agarrarme de mí otra vez. El regreso repetido de tu ausencia golpea mi cama vacía, llena de recuerdos. Algunos, ya no me acuerdo si pasaron alguna vez. Te invento con pinturitas de colores. Te doy la forma que necesito que tengas para no quedarme con esta soledad de plomo, que vengo cargando hace tiempo en este cuello encorvado y lastimado.

Sé que no sos vos. No me importa ni cómo te llames. Solo me encierro en tu imposibilidad de quererme un poco más y mejor. Esa es mi batalla. Mi trofeo es recuperar tan solo algo de todo lo que otros se llevaron. Y de repente, y otra vez, vos también sos todos los otros.

No me abandones.

A veces me cuesta recopilar una sola razón que justifique este amarre obsesivo y doloroso a un refugio inexistente que deseo que me salve, mientras veo y siento cómo me hunde. Vos no existís. Ya lo sé. Es mi cabeza, llena de miedos, la que llora por las noches suplicando a nadie que no me vuelva a dejar. No me importa tu nombre. Es la herida del desamor que vuelve a temblar. A veces uno tarda una vida en aceptar que alguien no te ama. Todavía un largo tramo me queda en espera. Ya sabemos que vos no sos mi amor. Por eso no te come una culpa que no te corresponde y me dejás sola a cada rato, en esta habitación desolada, sin dar ni media explicación.

No, vos no sos mi amor. Sos simple y complejamente un eslabón más en la cadena de fracasos que arrastro desde que tengo memoria.

No sos nada en mí. Tan solo sos un nuevo intento de poder sanar todo lo que traigo atrás. Como si tu amor pudiera curarme las rajaduras del pasado.

Por eso; sé que no sos nadie. Y sin embargo, hoy sos todo lo que tengo.

Siempre

Quizás mi pasado. Tal vez mi presente.
Y un refugio que me salve, siempre. Siempre.

Pido gancho

Pido gancho y fantaseo con esconderme detrás de la bandera de la locura y la demencia, para darme el permiso de hacer lo que se me dé la puta gana y no tener que explicarle nada a nadie. Entonces todos me tendrían piedad y me regalarían *el* favor de la impunidad del inimputable.

Ser cuerdo en este mundo cruel y lleno de dedos lacerantes te convierte en carne de cañón para los hambrientos de violencia que necesitan escupir sus heridas en cuerpos ajenos, porque con el suyo no les alcanza.

Vivan y dejen vivir, Serán mis deseos para mi próximo cumpleaños. Con esos dos, regalo el tercero.

Mientras tanto

Hay abrazos que no mienten. Que te meten todo el amor del mundo en el hueco que, mientras dura, se siente indestructible.

Si uno fuera consciente de que nunca maneja los hilos del destino, disfrutaría cada «mientras tanto» como si fuera eterno.

Y así, dentro del corazón, ese mientras tanto nunca podrá morir.

Al rincón

Cuando eras chico y te mandabas una cagada, te mandaban a pensar al rincón.

La cuestión es que, en cinco minutos, te dabas cuenta de todo. Sí, señor. En ese rincón que daba la espalda a la sociedad ingrata, con la cabeza gacha y la boca cerrada, resolvías el problema sin mediar ninguna duda.

Salías del rincón fuerte, seguro y redimido.

Con un simple «Ya lo pensé, perdón», te absolvían inmediatamente de los cargos que te habían imputado y todo volvía a la normalidad con todas las cuentas saldadas.

¿Qué pasó con esos rincones mágicos? Devuélvanlos. Son patrimonio histórico de la humanidad.

Faloperos de mierda

Soy Psicóloga. Hace 16 años trabajo con problemáticas del consumo. Sí. Con pibes adictos que hacen contorsiones con alguna sustancia, para tapar un dolor que no pueden vivir.

Ayer recayó Juan. Yo recaí con él. Lo último que le pregunté fue qué consumió. Los dos sabemos que eso es lo de menos.

La herida no cierra. Me volvió a hablar de mamá, papá, la novia que lo dejó, sus frustraciones y sus fracasos. Me dijo que era más fácil si se moría. Que no aguantaba más. Que cada vez que volvía a consumir, se daba cuenta de que no podía más. ¿Con qué no podés más? Con la vida no puedo. Con la vida.

Me pidió perdón. Perdóname pero no sé si me vaya a recuperar. No quiere decepcionarme. Me dijo que no podía más. No quiero sentir más. Literal. Juan me dijo que no quería sentir más. Así.

Como te lo digo.

Cada tanto, escucho por ahí que les dicen «Faloperos de Mierda» y yo lo tengo a Juan acá al lado, con un corazón hecho pelota, diciendo que extraña a su papá que se murió hace 23 años. Que se mira en un espejo que le devuelve la imagen de un abandono imposible de sanar.

Yo me frustró, junto con su propio dolor. Porque lo siento cuando respira y se agarra la cabeza y encima me pide perdón. Si vos te caés, yo me caigo con vos. Se lo digo siempre, mientras le pongo una mano en el hombro. Me mira. Me pide sin decir que lo salve. Yo lo pierdo a Juan y me muero. Y el otro le dice «falopero de mierda». ¿Qué nos pasa, por favor?

Sola pido, como un deseo, más manos en los hombros de Juan. Con el mío, no le alcanza. Necesita amor. Compasión.

Pero no hay. No quiere sentir la sangre corriendo por la herida otra vez. Y consume. Y se olvida por un rato. Rato que no le alcanza y entonces se vuelve a drogar otra vez. Tapa un dolor con una anestesia con fecha de vencimiento. Se va pero vuelve. Y cuando vuelve, todo está peor que antes.

Porque encima de todo, recayó. Y se castiga. Y la culpa le pega en la cara. Y la soledad lo espera sin consuelo.

El martirio que vive y que le pega de coletazo a sus seres queridos, que de vez en cuando ya no lo quieren más, se le atraviesa en el medio del cuerpo, como un hachazo que decide vivir como castigo merecido.

Este pibe no puede más. Quiso olvidar un dolor y se metió en un infierno que nunca imaginó. No. No quiso ser adicto. Quería no sufrir más. Quería probar algo distinto. No arder en estas llamas que lo están ahogando sin consuelo ni piedad. Y lo acusan. Y le piden. Y lo odian. Y lo señalan. Y lo juzgan. Y lo marginan. Y lo evitan. Y yo escucho cómo hay que matarlos a todos estos «Faloperos de Mierda». Los escucho. Él también.

Entonces, morir *es* un favor que piensa en hacerse a él mismo y a todos a los que su herida contagia.

¿Qué es esto? ¿Qué pasa?

Yo quiero pedir más manos en los hombros de Juan. Se va. Yo lo sé. Por favor. Que Juan puede ser tu hijo, tu hermano; tu amigo. Dale. Pongamos las manos en los hombros de Juan.

Por favor. Se va a ir. Amor, carajo. Amor.

Descalza

Cada uno la vive como puede. A mí, el sabor de la anestesia me da náuseas. Me mareo. Me hace olvidar más de mí que del dolor en sí. Y eso no me gusta. Es un costo que no quiero pagar, ni por un segundo de mi vida.

Ya anduve olvidada por algunos años y sé que ahí no quiero regresar nunca más. Con el tiempo aprendí que comerme las heridas, al final del camino, me regala un alma restaurada. Una piel nueva. Una nueva sonrisa que valió la pena hacerse esperar.

No quiero no sentir la que me toca. Sentir es mi única herramienta para tomar el camino que tengo que tomar. Si me duele, por acá no es. Quiero estar bien de pie y bien despierta, para saber que la próxima decisión es a consciencia y no autoimpuesta. Forzada.

Necesito hacerme cargo de lo que elijo, para entender las consecuencias a las que me enfrento. No quiero no romperme. Prefiero que así sea y no quedarme, entera e impoluta, en una vida miserable que me acomoda la rutina y no me cuestiona nada.

Yo quiero elegir, a cada instante, otra vez y de nuevo. No tengo miedo. Ya aprendí que irme no es de cagón. Yo me cuido sola. Con las fisuras entendés que para irte, hay que tener las cosas bien puestas. No cualquiera abandona la jugada. Por eso, no tengo miedo. A mí no me ayudó nadie y acá vengo. Y acá voy. Sabiendo que irme o quedarme tiene que ver con un gran acto de valentía, que me lleva puesta las dudas pero también las certezas.

Sé que si me pierdo, vuelvo. Ya sé cómo regresar. Por eso no quiero anestésicos de ningún tipo.

Confío en el latido de mi pecho, como la vara que me marca si voy bien por acá. No quiero no sentir. Quiero sentirlo todo. Intenso. A fondo. Hondo.

Las medias son para los pies. Así y todo, siempre me gustó andar descalza.

Llamame infantil

Que te hagan upa.
Que te lleven a caballito.
Que te acunen mientras te cantan, hasta que se te apaguen los ojos.
Que te sanen las lastimaduras con un beso, justo ahí donde te está saliendo sangre.
Que te amanezcan con un beso en la frente.
Que te tapen con esa toalla caliente, refregada en abrazos, que te espera a la salida de ese baño.
Que te den, imperativamente, la campera en la mano por si refresca porque juran que va a refrescar.
Que te pongan en tu lugar con un simple «basta» y no te den la chance de sostener esa cara de culo por más de cinco minutos.
Que te lean. Tu cuento mil veces, simplemente porque saben que te gusta y eso es suficiente.
Que te esperen en la puerta, con la ansiedad no disimulada de estar esperándote.
Que te miren a ojos derretidos y nostálgicos, sin pretender ocultarlo.
Que te prometan que si no sana hoy, sin dudarlo, va a sanar mañana.
Que te quieran simple, sin estrategias ni especulaciones.
Que te quieran sin esforzarse. Porque sí. Porque no pueden hacer algo distinto.
Que te cuiden como se cuida a un niño, asumiendo tu fragilidad.
¿Quién se equivocó tanto cuando dejó de amar de esta manera?
¿Por qué y cuándo dejamos de esperarlo?
¿Quién contamina las almas de los que aman?
El amor no puede ser algo distinto de eso. Yo no creo estar equivocada.
Y si así fuera, y alguien me llamara infantil, entonces me daré vuelta, con una sonrisa estampada en la cara, para ver quién me habla.

Yo no

Cuando nos separamos, al día siguiente te vi metido en otras sábanas. Yo no. Yo me quedé sola.

Me respeté mis verdades y me enfrenté a mí misma con un corazón roto y abandonado, latiendo como podía.

Le vi el nombre a todos mis miedos. Los conozco uno por uno. Sé identificarlos con nombre y apellido. Conozco el olor de la angustia y pude mirar a los ojos a todos mis errores.

Mientras vos andabas trepando de rama en rama, supongo que para que se te pase más rápido, yo me estaba haciendo cargo de mí cuerpo devenido en trozos de papel.

Tardé mucho en juntarme, en darme cuenta de que yo ya no era más ese rompecabezas viejo y añejo. Esas piezas eran mías pero ya no me encajaban como antes. Algunas las dejé tiradas en el piso y otras me las puse donde se me cantó ponérmelas. En medio del camino, fui construyendo otras nuevas y me di el permiso de llamarme de otra forma.

Me consideré impune frente a mis sentimientos contradictorios y me permití sentir lo que tenía que sentir. De a ratos, te cruzaba con esa sonrisa dibujada en la cara, que decía que para vos todo estaba bien. Yo volaba como podía, mientras vos me mirabas caer. Así fue la historia del final de nuestra historia. Yo lo quise asumir. Vos preferiste no ver. Por eso hoy, si te encuentro, te puedo mirar con un cariño sincero y nostálgico. Por eso te puedo abrazar y desearte que te vaya bien. En cambio, vos seguís evitando mi cara, mis manos y veo que se te complica un poco cuando te quedás tildado, mirando mi boca.

Yo ya pasé por ahí, por eso lo sé. Lo pienso y se me estruja el pecho. No me olvido del dolor que sentí en mi piel y acaso también en mis recuerdos.

Hacer las cosas bien a veces lastima mucho. Pero yo seguí el único camino real para mí. En cambio, vos venís demorado en otros cuerpos, en otros atajos, reviviendo situaciones de cuando eras un pibe. Muy pibe.

Me cuesta reconocer al que se fue. Está bien. Cada uno la pasa como quiere. Como puede. Pero quiero recordarte que nadie en esta vida zafa del golpe cuando le toca caer. Nadie.

Vos tampoco.

No me quiero curar

Me caí de un cuento de hadas y me di la pera contra la mesa. Despertarse de una patada en la cabeza tiene sus consecuencias. Es violencia. Cuando el mundo cambia de perspectiva a la fuerza, se te impone un hachazo en el medio del estómago que no va a salir ni tan fácil, ni tan rápido, ni sin dejarte, por lo menos, un alma dividida en dos.

Nada es lo que parecía. La gente que te rodea se cambió la ropa. A veces ni siquiera te siguen rodeando. La metáfora de verle la cola al diablo no es una metáfora. Yo se la vi. Existe. Lo juro. No todo es lo que dice ser ni todo será. Jo que las promesas intentan cumplir. La mentira existe. El desamor. El desamparo: La tristeza en soledad, golpeando dos veces la misma puerta.

El abandono, la muerte, la desolación, la miseria humana, la falta de empatía, el interés afectivo, la codicia; la ambición desmedida. El mundo carajo, el mundo. Y todo eso duele. Claro que duele. Y uno se hace herida, en cada intento de sanarse, cuando no le fue posible salvarse. Pero sigue. Con el corazón a media asta, abatido por ver crueldad donde suponía inocencia y amor. Claro que sigue. A pesar de los golpes, de los cambios de perspectiva y de las miserias que uno no busca pero que siempre, y a la fuerza, nos encuentran.

El camino se complica. Los puñales duelen igual por la espalda que de frente. Da igual. Quien te lo clava no es menos impune por hacerlo mirándote a los ojos o mirándote la nuca. ¿Qué importa dónde se ubicó para lastimarte, mientras lo haya hecho?

Y uno sigue. Claro que sigue. Porque espera la revancha de la vida. Preparado para comerse el otro costado que compensa y da ganas. Y da pilas.

Entonces, la mirada de tu hijo mientras cierra los ojitos antes de dormir, sintiendo el sonido de su respiración y el dedo agarrado a tu mano te devuelve la calma perdida. Tu amiga golpeando a tu puerta, diciéndote: Dale, cambiate y salí. Tu sueño cumplido. El amor de la gente que te

quiere. La risa arriba de la mesa. Ser faro en la oscuridad del otro. Tener tu propio faro en tu propia sombra. La alegría de ese mensaje. El olor del río. Las olas del mar. El Cielo que se te impone y te recuerda que no controlás ni siquiera tus deseos. La familia que sí contiene. Las metas. Los planes. Los anhelos. El derecho al amor correspondido. Tus ilusiones infantiles.

Tuve la suerte de tenerlo todo y de haberme perdido a mí misma, para saber que ese porrazo inesperado fue la llave que me condujo hacia adentro. Hacia un nuevo mundo. El mío.

¿El otro mundo? Duele. Claro que duele. Pero de este, me toca hacerme cargo a mí. No quiero sobrevivir. Tampoco voy a corromper mi esencia. Tan solo quiero dedicarme a construir el mundo chiquito en el cual quiero vivir. Bien mío.

A veces con una mirada alcanza. Y yo ya tengo la mía en la palma de la mano.

No me quiero curar. Quiero caminar con la herida puesta. Simplemente porque no me quiero olvidar, jamás, del pedazo de golpe que me di.



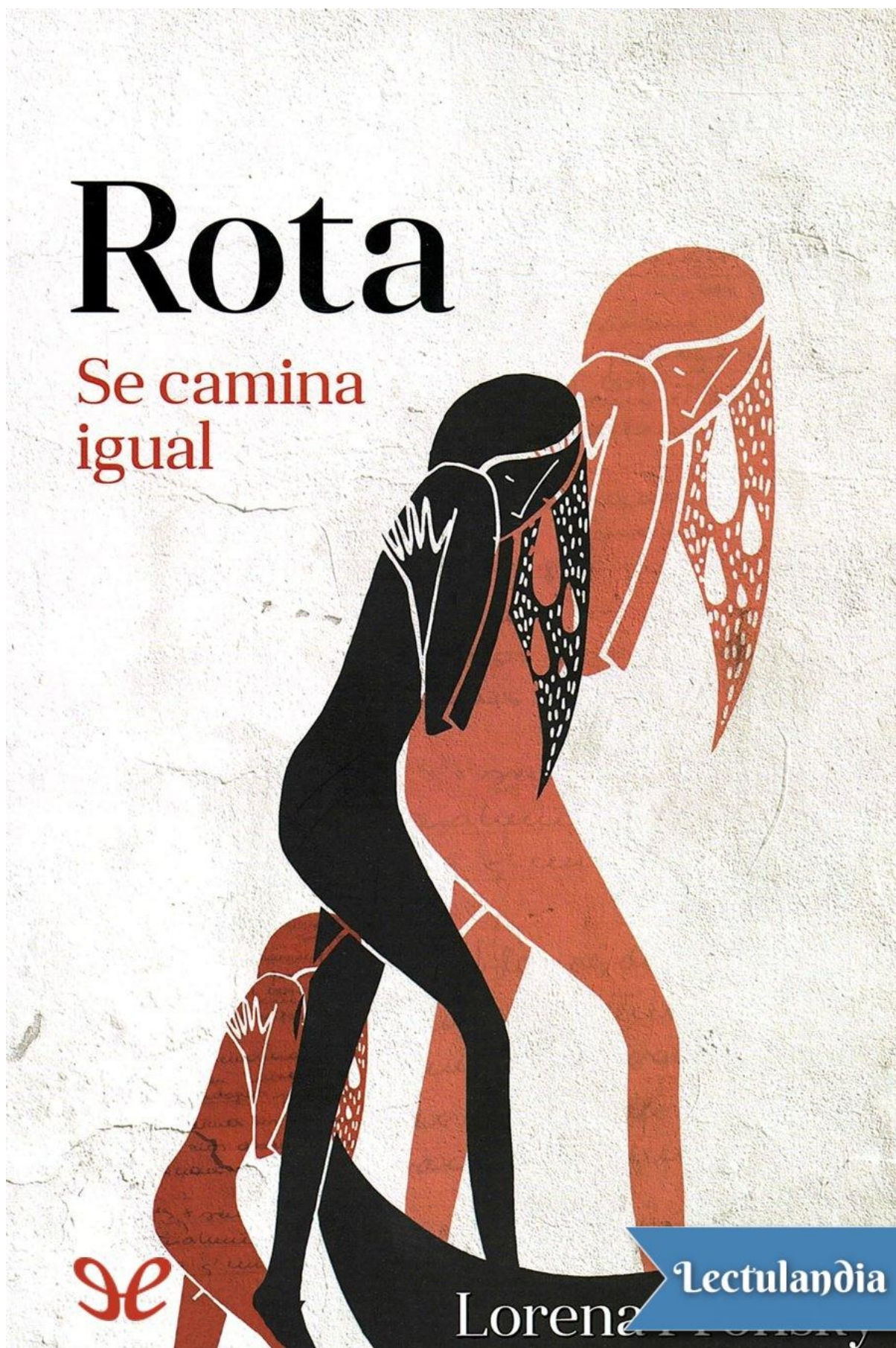
LORENA PRONSKY nació en la ciudad de La Plata en 1976. Se graduó como Licenciada en Psicología en el año 2003 en la Universidad Católica de La Plata. Inició su actividad laboral en el Centro Oncológico de Excelencia de La Plata, asistiendo a pacientes crónicos terminales y a familiares en situación de duelo. Luego se especializó en adicciones y dio sus primeros pasos en la Sedronar (Secretaría de Narcotráfico de la Nación) para luego desarrollar su función de manera interdisciplinaria con comunidades terapéuticas, abordando las problemáticas del consumo y de la coadicción.

Notas

[1] Frase perteneciente a Lacan. <<

Rota

Se camina
igual



Lorena

Lectulandia